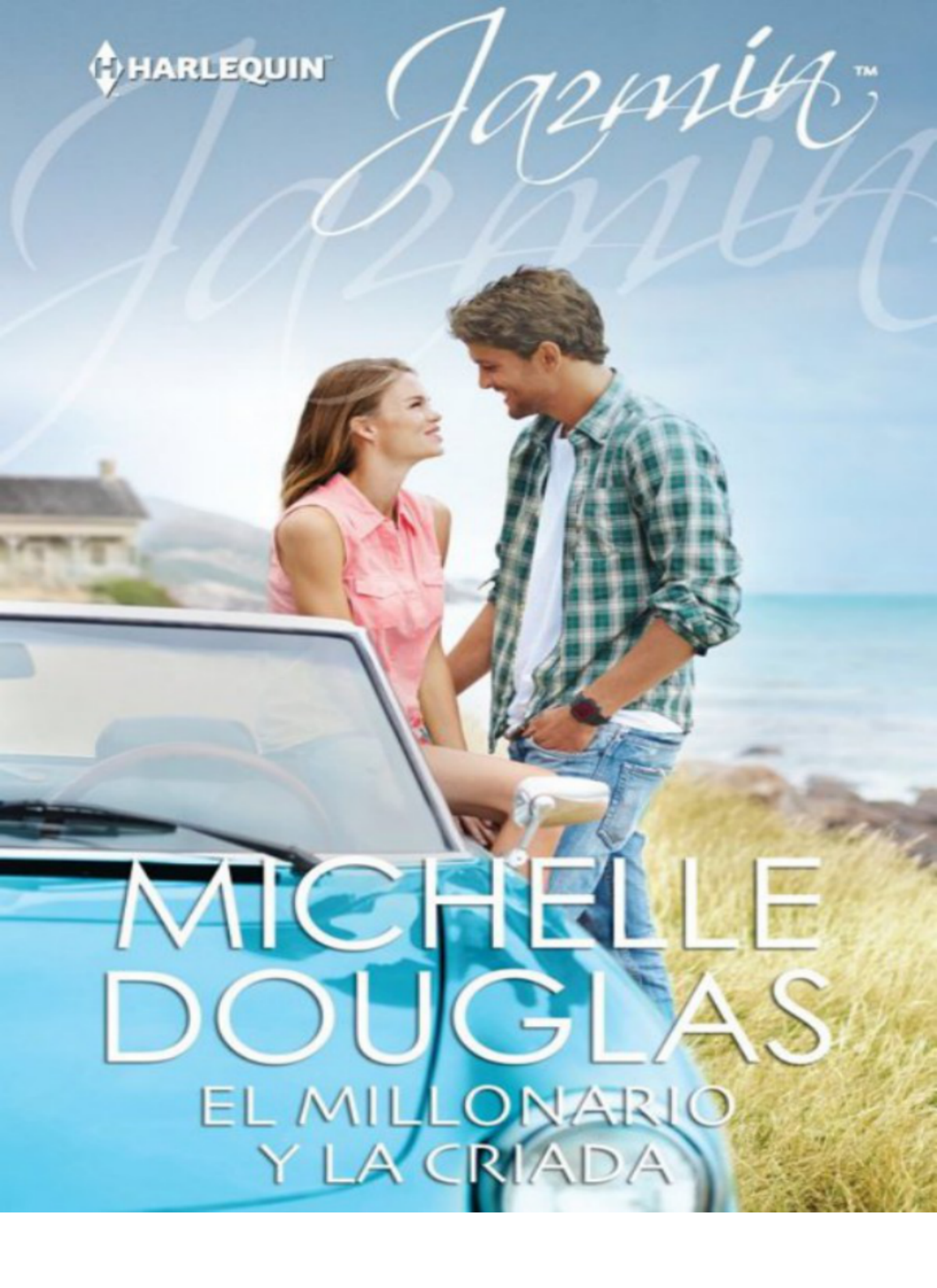

HARLEQUIN
Jazmín™
MICHELLE DOUGLAS
EL MILLONARIO Y LA CRIADA



Michelle Douglas

El millonario y la criada



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El millonario y la criada, n.º 2583 - diciembre 2015
Título original: The Millionaire and the Maid
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-7289-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

MAC se frotó los ojos con las manos antes de volver a mirar la pantalla del ordenador. Releyó la receta que estaba escribiendo y apretó los puños. «¿Qué ingrediente venía después?».

Aquella receta de mejillones al vapor era complicada, pero debía haberla hecho unas cien veces. Apretó los dientes irritado. El texto en la pantalla se tornó borroso; las palabras parecían bailar. ¿Por qué no podía recordar cuál era el ingrediente que había que añadir a continuación? ¿Era la leche de coco? Sacudió la cabeza. No, eso iba un poco después.

Se levantó maldiciendo entre dientes, y se puso a andar arriba y abajo por la habitación mientras se imaginaba a sí mismo preparando aquel plato. Se visualizó en una cocina, con todos los ingredientes frente a sí. Se imaginó hablando a la cámara que rodaba cada programa, explicando cada paso de la receta, y la importancia de ir incorporando los distintos ingredientes en el orden correcto.

Inspiró profundamente, rebuscando en su mente, pero de inmediato se desinfló. Se pasó una mano por el cabello, angustiado. Volver a cocinar, volver al trabajo… Una oleada de dolor lo invadió, ahogándolo con un anhelo tan profundo que pensó que la oscuridad lo devoraría entero.

Y sería una bendición si eso ocurriese, pero tenía trabajo que hacer.

Le dio un puntapié a un montón de ropa sucia tirada en un rincón antes de volver a la mesa y alcanzar la botella de bourbon que había junto a ella, en el suelo. El alcohol lo ayudaba a aturdir el dolor, aunque fuese por poco tiempo.

Se llevó la botella a los labios pero se detuvo. Los pesados cortinajes tapaban por completo los ventanales y las puertas cristaleras que salían a la terraza, bloqueando la luz, y aunque su cuerpo parecía hallarse en un estado constante de aturdimiento, sabía que no debían ser más de las diez de la mañana. «¿Qué más da qué hora sea?», se dijo cerrando la botella y volviendo a sentarse. «En cuanto termine esta maldita receta podré emborracharme hasta quedarme dormido».

¿Terminar la receta? Era lo que tenía que hacer, pero estaba tan cansado… En ese momento el ordenador emitió un tono de notificación. Acababa de recibir un mensaje. Entró en el programa del correo electrónico para leerlo. Era de su hermano Russ. ¡Cómo no! Hizo clic sobre el asunto para leerlo: *Hola, hermanito: No te olvides de*

que Jo llega hoy.

Mac soltó una palabrota. No necesitaba una empleada del hogar. Lo que necesitaba era paz y tranquilidad para poder terminar aquel condenado libro de cocina. Y si no fuera porque aquella mujer había salvado la vida de su hermano, la mandaría a paseo.

Jo se bajó de su todoterreno e intentó decidir qué mirar primero, si la casa a su izquierda, o la vista que se extendía hasta el horizonte a su derecha. Suerte que conducía un todoterreno y no el deportivo que soñaba con tener algún día, porque la carretera rural que llegaba allí estaba llena de baches. Y eso después de cinco horas de autopista. Se alegraba de haber llegado al fin a su destino.

Se giró hacia la derecha para admirar el paisaje. El terreno, cubierto de hierba descendía hasta convertirse en dunas salpicadas de plantas silvestres. Y más allá había una larga playa de dorada arena bañada por el suave sol de invierno.

Un suspiro escapó de sus labios. Debía haber al menos seis o siete kilómetros de playa y no se veía a un alma. Aunque había pasado ocho años trabajando en la árida región del Outback, no se había dado cuenta hasta ese momento de lo mucho que había echado de menos el mar.

Finalmente se volvió hacia la casa. Estaba hecha de madera, tenía dos platas, un amplio porche, y en el piso de arriba un balcón. Era una casa muy bonita, pero… ¿por qué estaban cerradas todas las ventanas y echadas las cortinas?, se preguntó frunciendo el ceño. ¿Y si Mac no estaba allí? No, si hubiese vuelto a la ciudad su hermano Russ se lo habría dicho. Se mordió el labio y se cruzó de brazos. Russ le había dicho que su hermano era un poco… difícil.

Subió las escaleras del porche. En la pared junto a la puerta, pegada con celo, había una nota dirigida a ella. La arrancó para leerla:

Señorita Anderson:

No me gusta que me molesten cuando estoy trabajando, así que pase sin llamar. Su habitación está en el piso inferior, pasada la cocina. No debería haber razón alguna para que suba usted al piso de arriba.

A Jo se le escapó una risita. Eso pensaba, ¿eh? ¿Y no iría a llamarla «señorita Anderson» y a hacer que lo llamara a él «señor MacCallum»? Acabó de leer la nota:

Ceno a las siete. Por favor deje la bandeja con la comida en el rellano de la escalera e iré por ella cuando haga un descanso.

Jo dobló la nota y se la metió en el bolsillo. Abrió la puerta y, para que no se cerrara, la sujetó con lo que supuso era el tope: un gallo de hierro que había en el suelo. Luego sujetó también la puerta mosquitera a la pared con su gancho, fue al todoterreno por sus maletas y entró en la casa. Si Malcolm MacCallum creía que iban a pasar los próximos dos meses comunicándose a través de notas estaba muy equivocado.

Dejó las maletas en el vestíbulo y arrugó la nariz al notar el olor a cerrado. Pasó al salón y descorrió las cortinas y abrió las ventanas de par en par para que entraran la luz y el aire.

Miró a su alrededor, admirando el elegante mobiliario, y frunció el ceño. ¿De qué le servían a alguien el éxito y el dinero cuando lo hacían olvidarse de las personas que lo querían? Mac no había visitado a su hermano Russ ni una sola vez desde que había sufrido el infarto.

Sacudió la cabeza y echó otro vistazo a su alrededor. Aquella casa necesitaba un buen limpiado. «Pero eso mañana», se dijo.

Encontró la que sería su habitación al final del pasillo, tras pasar la cocina, como le había indicado Mac en su nota. Abrió la ventana, que se asomaba a una parcela de césped descuidado. Bueno, no era una habitación con vistas al mar, pero desde allí también se oían las olas.

Suspiró y se sentó en la cama. Quizás aquello no fuese una buena idea. Probablemente era irresponsable por su parte poner su vida patas arriba de aquella manera. Quizá hasta fuese una locura. Al fin y al cabo la geología tampoco estaba tan mal y… Pero tampoco era algo a lo que quisiese dedicarse el resto de su vida.

Se había hecho geóloga para complacer a su padre. ¡Y de mucho le había servido! Además, ya no le importaba que estuviese contento con ella o no. Si había seguido con su trabajo hasta entonces había sido solo por mantener la paz entre ellos, y porque tenía miedo a los cambios. Pero el infarto de Russ le había enseñado que había cosas a las que uno debía temer más que a eso.

Tenía más miedo a arrepentirse luego, si no cambiaba nada, y a desperdiciar su vida. Por eso no podía desanimarse. Quería un futuro que la ilusionase, del que pudiese sentirse orgullosa, sentirse realizada.

En ese momento le sonó el móvil. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla para ver quién la llamaba antes de contestar.

–Hola, Russ.

–¿Ya has llegado?

–Sí.

–¿Y cómo está Mac?

Jo tragó saliva. ¿Qué se suponía que debía decirle?

–Pues… es que acabo de llegar ahora mismo y todavía no lo he

visto, pero deja que te diga que la vista es espectacular. Tu hermano ha encontrado el lugar perfecto para…

¿Para qué?, ¿para recuperarse? Había tenido tiempo más que de sobra para recuperarse. ¿Para trabajar sin distracciones? ¿Para recluirse?

–El lugar perfecto para huir del mundo –concluyó Russ con un suspiro.

Russ tenía cincuenta y dos años, estaba recuperándose del infarto que había sufrido, y dentro de unas semanas iba a someterse a una operación para que le hicieran un bypass. Si podía evitarlo, no quería generarle más estrés.

–No, el lugar perfecto para hallar la inspiración –replicó–. El paisaje es precioso; espera a verlo y entenderás lo que quiero decir. Te mandaré unas fotos por el móvil.

–¿Hace falta inspiración para escribir un libro de cocina?

La verdad era que no tenía ni idea.

–Bueno, cocinar y crear recetas es una actividad creativa, ¿no? Aquí tiene el sol, el aire, una playa inmensa para pasear, dunas de arena… Es un buen sitio para volver a encontrar el equilibrio lejos del mundanal ruido.

–¿Tú crees?

–Por supuesto. Bueno, voy a entrar en la casa y luego te llamo y te cuento, ¿de acuerdo?

–De acuerdo. No sé cómo darte las gracias por lo que estás haciendo, Jo.

–Los dos sabemos que eres tú quien me estás haciendo un favor.

Y no era del todo mentira, se dijo después de colgar. Conocía a Russ desde hacía ocho años. Se habían entendido a la perfección desde el primer día, en que ella había entrado en las oficinas de la compañía minera con su kit recién estrenado de muestras de suelo. Y con el tiempo la camaradería entre ellos se había convertido en amistad. Russ había sido su jefe y su mentor, y era uno de sus mejores amigos.

Se había sincerado con él, diciéndole que quería dejar la geología e ir a otro lugar, lejos del Outback. No quería que su abuela y su tía abuela Edith la agobiasen constantemente. Estaba cansada de intentar estar siempre a la altura de las expectativas de los demás.

Y estaba segura de que cuando encontrara un trabajo con el que disfrutase, su abuela y su tía abuela se alegrarían por ella.

Al sincerarse con Russ él se había reído, se había frotado las manos y le había contestado: «Jo, tengo el trabajo perfecto para ti». Y ese era el motivo por el que estaba allí. Iba a trabajar para su hermano como empleada del hogar.

Russ necesitaba que alguien se asegurara de que Mac comiese tres veces al día y que no acabase devorado por la el polvo y la mugre. Y

que ese alguien fuese alguien de confianza, que no fuese a vender exclusivas a la prensa, aprovechándose de que Mac se encontraba en horas bajas.

Y en cuanto a ella… Bueno, aquel trabajo le daría el tiempo que necesitaba para decidir qué quería hacer con su vida.

Se sacó la nota del bolsillo, la desdobló y sus ojos se posaron en la frase «No debería haber razón alguna para que suba usted al piso de arriba».

¡Ya lo creía que la había! Antes de que pudiese cambiar de idea se levantó, salió de la habitación, y se fue derecha hacia las escaleras.

Había cinco puertas en el primer piso. Cuatro de ellas estaban abiertas. Se asomó a la primera, que resultó ser un cuarto de baño, y luego a las otras: tres dormitorios. Las cortinas de los tres estaban echadas, así que no había más luz que la del pasillo, que ella había encendido para poder ver algo. Al llegar a la última puerta, que estaba cerrada, y a la que solo le faltaba un cartel que dijera «No molestar», llamó con los nudillos y se quedó esperando. No hubo respuesta.

Volvió a llamar, esa vez con más fuerza.

–Mac, ¿estás ahí?

No iba a llamarlo «señor MacCallum». Cada martes por la noche los últimos cinco años se había sentado con Russ a ver con él el programa de cocina de Mac en la televisión. Y durante los últimos ocho años Russ le había hablado de su hermano una infinidad de veces. Para ella siempre sería «Mac».

Al ver que seguía sin responder, se puso tensa. ¿Y si estaba enfermo o le había ocurrido algo?

–¡Márchese! –contestó de pronto una voz cavernosa al otro lado de la puerta.

Jo puso los ojos en blanco.

–No puedo irme; Russ me pidió que viniera.

–Y yo le he dejado una nota diciéndole que no subiera –le espetó Mac enfadado–. ¿Es que es incapaz de seguir las instrucciones que le dan?

Sí que era gruñón…

–Pues me temo que no, y voy a entrar.

Cuando abrió la puerta, Mac se apresuró a apagar la lamparilla del escritorio, la única luz que había en la habitación.

–¡Salga de aquí ahora mismo! Le he dicho que no quiero que me moleste nadie.

–No es correcto: una nota anónima me informaba de que hay alguien que no quiere que lo molesten –sus ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la penumbra–. Cualquiera podría haber dejado esa nota. De hecho, incluso podría haberte asesinado alguien mientras dormías y haberla escrito.

Él arrojó los brazos al aire.

–Pues como ve no estoy muerto. Y ahora haga el favor de salir de aquí.

–Creo que podemos tutearnos –le dijo ella, yendo derecha hacia las pesadas cortinas–. Y si por mí fuera me iría, pero… –las descorrió, y la luz del día inundó sin piedad la habitación.

–¿Qué diablos…? –exclamó él, poniéndose una mano delante de la cara y guiñando los ojos.

–Quería verte bien –respondió Jo, girándose hacia él.

Al ver a Mac dio un respingo y se llevó una mano al pecho.

–¿Contenta? –le espetó él.

Jo tragó saliva y sacudió la cabeza.

–No –murmuró.

A su hermano se le partiría el corazón si lo viese. Y no por las quemaduras que el accidente le había dejado en la parte izquierda de la cara y el cuello, sino por el cabello despeinado y grasiento, por los ojos enrojecidos y las ojeras, por la palidez de su rostro…

Tragó saliva y se irguió.

–Aquí huele fatal –dijo.

Había una mezcla de olor a cerrado, a calor y a sudor. Abrió las puertas de la terraza y la brisa del océano inundó la habitación. Jo inspiró profundamente y se volvió de nuevo hacia él, que estaba mirándola con el ceño fruncido.

–Le he prometido a Russ que hablaría contigo y vería cómo estabas. Le dije que lo llamaría después.

–¿Te ha mandado aquí para que me espíes?

–Me ha mandado aquí como un favor.

–¡No necesito que me haga ningún favor!

«No es a ti a quien le está haciendo el favor», le aclaró ella para sus adentros. Pero en vez de eso le dijo:

–No, sospecho que lo que en realidad necesitas es un psiquiatra.

Él se quedó mirándola boquiabierto, pero Jo se irguió y se cruzó de brazos.

–¿Es eso lo que quieres que le diga a Russ? ¿Que estás en un estado de profunda depresión, y posiblemente teniendo pensamientos suicidas?

Él apretó los labios.

–Ni estoy deprimido, ni tengo pensamientos suicidas.

–Ya –contestó ella con escepticismo–. Por eso te has pasado los últimos cuatro meses encerrado en esta casa a oscuras y negándote a ver a nadie. Sospecho que apenas duermes, y que no comes. ¿Y cuándo fue la última vez que te diste una ducha? –inquirió arrugando la nariz.

Él gruñó irritado y se frotó la cara con las manos.

–Ese no es el comportamiento que cabe esperar de un adulto –continuó ella–. Si estuvieses en mi lugar, ¿cómo interpretarías esto? ¿Y a qué conclusión crees que llegaría Russ?

Mac no dijo nada. Se quedó mirándola como si acabase de posar los ojos en ella, y eso le hizo darse cuenta de lo mal que estaba en realidad, aunque él lo negara.

Por su estatura, la mayoría de la gente daba un respingo o parpadeaba de un modo muy cómico al verla por primera vez. Aunque ella no le veía la gracia por ninguna parte. Sí, era alta; ¿y qué? Y no, no tenía una complexión frágil y delicada, pero eso no la convertía en una atracción de circo.

El caso era que Mac ni se había inmutado al verla, y parecía como si hasta ese instante ni siquiera hubiese reparado en lo alta que era.

–¡Maldita sea, Mac! –se encontró gritándole sin poder contenerse–. ¿Cómo puedes ser tan egoísta? Russell está recuperándose de un infarto y van a hacerle un bypass; necesita paz y tranquilidad y… Y cuando le diga en qué estado te he encontrado… –no pudo acabar la frase.

Mac continuaba callado, aunque la ira se había desvanecido de su rostro. Jo sacudió la cabeza, se dirigió hacia la puerta, y murmuró mientras salía:

–Al menos no he perdido el tiempo deshaciendo las maletas.

No fue hasta que la joven hubo salido de su dormitorio (¿cómo le había dicho Russ que se llamaba? ¿Jo Anderson?) cuando Mac se dio cuenta de cuáles eran sus intenciones.

Iba a marcharse. Iba a marcharse y a decirle a Russ que estaba hecho una piltrafa y que necesitaba un psiquiatra, o que lo internaran para que no se hiciera daño a sí mismo. Y los medios de comunicación se frotarían las manos si aquello llegase a sus oídos.

Pero en una cosa tenía razón: lo que menos le convenía a Russ era preocuparse por él; eso solo le generaría estrés, y con lo delicado que estaba… No, bastante culpable se sentía ya; no quería preocuparlo aún más.

–¡Espera! –llamó.

Corrió tras ella, golpeándose torpemente contra las paredes y la barandilla mientras bajaba las escaleras, como si su cuerpo se hubiese vuelto más pesado y no controlase sus movimientos. Para cuando llegó al rellano del piso de abajo le faltaba el aliento.

Llegó al vestíbulo justo cuando Jo estaba bajando los escalones del porche, con una maleta en cada mano.

–¡Espera! –la llamó.

Pero ella no se detuvo. Era alta y regia, como una amazona, y se

sintió casi culpable por encontrarse admirando la gracia y la elegancia de sus movimientos y su brillante cabello castaño.

Salió al porche y bajó los escalones para ir tras ella. El sol le quemaba la cara, haciéndolo sentirse desprotegido y vulnerable.

–Jo, espera, por favor, no te vayas.

Ella se detuvo al oír su nombre. «Vamos, di algo que haga que deje las maletas en el suelo», se urgió a sí mismo. Tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrar el dolor que el calor del sol le provocaba en las quemaduras. Aspiró una bocanada de brisa y le dijo:

–Lo siento.

Dio gracias a Dios para sus adentros cuando Jo se volvió hacia él y dejó las maletas en el suelo.

–Por favor, no le vayas con cuentos a Russ sobre lo que has visto. Necesita… necesita… No necesita otra preocupación que le genere más estrés.

Ella se quedó mirándolo, alzó la barbilla y le respondió con los ojos entornados:

–Mira, Mac, no voy a hacer la vista gorda si es lo que me estás pidiendo. Se trata de tu salud y…

–Se trata de mi vida –la cortó él–. ¿Es que yo no tengo voz ni voto?

–Te trataría como a un adulto si te hubieras comportado como tal y no te hubiera encontrado en este estado.

–No puedes juzgar un libro por la cubierta, y menos cuando apenas has hablado conmigo cinco minutos. Además, estoy teniendo un mal día, eso es todo. ¿Qué tengo que hacer para convencerte de que no estoy deprimido, ni estoy pensando en suicidarme?

Jo se cruzó de brazos y apoyó el peso en la pierna derecha, y Mac no pudo evitar fijarse en la sensual curva de su cadera.

–¿Que qué tienes que hacer para convencerme? Bueno, eso te va a costar un poco.

Su voz, a pesar del tono de reproche, era dulce como la miel, y Mac sintió un cosquilleo en el estómago. Jo se acercó para escudriñar su rostro. Solo medía unos centímetros menos que él y olía de maravilla.

De pronto recordó el espanto que habían reflejado sus ojos al descorrer las cortinas y verlo, y ladeó la cabeza para ocultar las quemaduras. Por lo menos su espanto no se había tornado en lástima, lo cual era de agradecer.

–Quédate una semana –le rogó–. Pon tú las condiciones –insistió, al ver que seguía sin responder.

–Pues… para empezar, quiero que hagas ejercicio a diario.

¿Y arriesgarse a dejarse ver en público? ¡Ni hablar!

–Y al aire libre –añadió ella–. Necesitas vitamina E, y no te vendrá mal para perder esa horrible palidez.

–Sabes que he estado enfermo, ¿no? –le espetó él irritado–, que he

estado en el hospital.

–Te dieron el alta hace meses –replicó ella–. ¿Tienes idea de hasta qué punto te has abandonado? Tenías un físico atlético, musculoso, unos hombros anchos… Y te movías con confianza, como si fueras el amo del lugar. Ahora cualquiera que te viera te echaría cincuenta años.

Mac le lanzó una mirada furibunda. Solo tenía cuarenta.

–Y un hombre de cincuenta hecho una pena –puntualizó Jo–. Si quieres que me quede, cada día tendrás que dar por lo menos un paseo hasta la playa. Ir y volver. Y si eres celoso de tu intimidad, como estás en tu propiedad, no tendrás que preocuparte de que vayas a tropezarte con algún extraño.

–La playa es pública.

Algunos de sus vecinos paseaban por ella todos los días.

–No he dicho que vayas a pasear por la playa –replicó Jo–. Solo que bajes hasta la playa y vuelvas.

Mac apretó la mandíbula, inspiró y contó hasta cinco antes de decir:

–Muy bien; ¿qué más?

–Me gustaría que separaras tu lugar de trabajo del lugar donde duermes.

Mac la miró irritado, pero claudicó.

–Está bien, lo que tú digas. ¿Y qué más?

–También quiero que dejes el alcohol. O al menos que dejes de beber a solas en tu habitación.

Había visto la botella de bourbon; ¡diablos!

–Y por último, quiero que cenes conmigo en el comedor todas las noches.

Para poder tenerlo vigilado, pensó Mac, para evaluar su nivel de cordura. Se sintió tentado de mandarla al infierno, aunque le diese igual lo que le pudiera pasar a él, lo que le pudiera pasar a su hermano sí que le preocupaba. Tenía once años y medio más que él, pero siempre habían estado muy unidos, y Russ siempre había cuidado de él.

En ese momento sonó el móvil de Jo, que lo sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros para contestar. Mac no pudo evitar quedarse mirando sus caderas de nuevo, y una ola de deseo lo sacudió.

¿Qué demonios…? ¿Por qué le atraía aquella mujer? Ni siquiera era su tipo. Se pasó una mano por el cabello y tragó saliva. Bueno, probablemente que le estuviese ocurriendo algo así era de esperar. Llevaba encerrado allí, sin apenas contacto con el mundo, durante cuatro meses. Sin duda era una reacción natural, cosa de las hormonas.

–No lo sé, Russ… –estaba diciendo Jo.

¿Russ? El nombre de su hermano lo arrancó de inmediato de sus

pensamientos.

–Sí, ya lo he visto y he hablado con él –murmuró, lanzando una mirada en su dirección.

Su tono hizo a Mac contraer el rostro.

–Trato hecho –le dijo irritado entre dientes, pero sin alzar la voz, para que Russ no lo oyera–. Concédeme una semana para «reformarme» –le pidió levantando un dedo.

–Umm… Bueno, está un poco blancucho, como si hubiese tenido la gripe o una gastroenteritis –le dijo Jo a su hermano.

Mac le tomó la mano libre y los ojos verdes de ella lo miraron sobresaltados.

–Por favor… –le suplicó Mac.

La calidez de la mano de Jo pareció inundarlo. De pronto se notaba la boca seca. Y cuando ella soltó su mano él, que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo el aliento, respiró aliviado al oírla decir:

–Pero seguro que con un poco de descanso, ejercicio moderado, comida casera y la luz del sol se pondrá bien en una semana o dos.

Mac cerró los ojos y dio gracias en silencio.

–Claro, tienes mi palabra –añadió Jo–. Si dentro de unos días no lo veo mejor, llamaré al médico. ¿Quieres hablar con él? –le preguntó.

Y antes de que Mac pudiera negar con la cabeza, le tendió el móvil. Mac tragó saliva y lo tomó.

–Hola, Russ, ¿cómo estás?

–Por lo que parece, mejor que tú. Supongo que eso explica por qué no contestaste a mis últimas dos llamadas.

Mac contrajo el rostro.

–Sí, perdona. Estaba hecho un asco.

–Ya. Bueno, pues hazle caso a Jo, ¿eh? Es una chica con la cabeza sobre los hombros y los pies en el suelo.

Mac la miró, y se fijó en los reflejos que el sol arrancaba de su cabello ondulado, en las pequeñas pecas que salpicaban sus pómulos, y en su graciosa nariz. Jo enarcó una ceja, y él carraspeó.

–Por supuesto, lo haré –se obligó a decirle a su hermano.

–Bien, porque quiero que estés recuperado para cuando vaya a verte.

¿Que iba a ir a verlo?

–Dale un abrazo a Jo de mi parte.

Russ colgó, y Mac se quedó mirando a la joven.

–¿Por qué va a venir?

–Eso tiene una respuesta muy fácil: porque te quiere. Quiere verte antes de pasar por quirófano; por si no sale de la operación.

–Eso es absurdo.

–¿Tú crees?

–Russ va a salir de esa operación –le espetó Mac con firmeza.

Y no quería que hiciera ningún esfuerzo hasta que estuviese completamente restablecido.

–Bien, pues ahora a cumplir con tu parte del trato –le contestó Jo, y tomó sus maletas y se dirigió de nuevo hacia la casa.

Capítulo 2

JO INSPIRÓ profundamente antes de servir los espaguetis con albóndigas en dos platos. Si a Mac se le ocurría meterse con lo que había cocinado le… ¿Qué?, ¿le echaría la comida encima? No podía hacer eso; aunque criticase lo que había preparado, debía mostrarse calmada y despreocupada, como hacía siempre, y fingir que sus comentarios no le afectaban en lo más mínimo.

Tomó los platos y fue al comedor. Puso uno frente a Mac y el otro en su sitio, frente a él. Mac no miró la comida, pero sí se quedó mirándola a ella de mal humor. ¿Iba a seguir enfurruñado toda la semana? Genial…

Ella se sentó y se quedó mirándolo también; no iba a dejarse intimidar. De hecho, su enfado y sus gritos eran algo con lo que había contado. No en vano lo llamaban «Mad Mac», Mac el loco.

La prensa amarilla le había echado la culpa del accidente, diciendo que nunca habría ocurrido si no fuese tan intimidante. Lo cual era una estupidez, ella sabía por Russ que su hermano no era como se mostraba en televisión.

Russ le había contado que su mal genio y su poca paciencia en pantalla no habían sido sino parte de un estudiado guion para incrementar los índices de audiencia. Y había funcionado.

Lo que la descolocaba era que se estuviese comportando como un crío, negándose a dirigirle la palabra.

–¿Qué? –le espetó él al ver que no apartaba la mirada.

Jo sacudió la cabeza, unió las manos y bajó la vista para bendecir la mesa.

–Señor, te damos las gracias por los alimentos que vamos a recibir. Amén –dijo, y cortó a la mitad una albóndiga con el tenedor.

–¿Eres una persona religiosa? –le preguntó Mac.

–No –si había pronunciado aquella breve oración, había sido para enfrentarse a su incómodo silencio–. Bueno, sí creo que hay algo por encima de nosotros; sea lo que sea. Y dar gracias antes de empezar a comer es una buena costumbre. No está de más acordarse de vez en cuando de que tenemos muchas cosas por las que dar gracias.

Mac frunció aún más el ceño.

–¿De verdad piensas que esto va a funcionar?, ¿que puedes hacer

que mi vida cambie con solo…?

Jo soltó los cubiertos y sacudió de nuevo la cabeza, con incredulidad.

–No todo gira en torno a ti, ¿sabes? –le espetó–. Puede que tenga algún motivo personal para haber venido. Te estás comportando como un idiota, ¿sabes? Si quieres que te sea sincera, me da igual si quieres autodestruirte, pero al menos podrías esperar a que a Russ lo hayan operado y se haya recuperado.

–No estás siendo muy educada.

–Tampoco tú. Y me niego a hacer ningún esfuerzo por mostrarme educada contigo mientras sigas comportándote como un niño con una rabieta. No soy tu madre; no tengo que hacerte carantoñas para que se te pase el enfado.

Él se quedó mirándola boquiabierto.

–Come algo –lo instó Jo–. Si estamos ocupados masticando, no tendremos que hacer un esfuerzo por conversar.

Sus palabras hicieron reír a Mac, y la risa transformó su rostro por completo. Las cicatrices de las quemaduras seguían ahí, sí, pero sus ojos se iluminaron, y por un momento le recordó al Mac al que tantas veces había visto en televisión.

Mac cortó un trozo de albóndiga, se lo llevó a la boca con el tenedor y masticó en silencio.

–No está mal –dictaminó, y probó también los espaguetis–. De hecho, está bastante bueno.

Ya… Seguro que solo estaba haciéndole la pelota porque tenía miedo de lo que pudiera decirle a Russ.

–O, para ser justos, debería decir que está muy bueno, teniendo en cuenta lo poco que tenía en la nevera.

Al oírle decir eso Jo casi le creyó. Era verdad que la nevera estaba casi vacía.

–Mañana iré a comprar comida. Creo que estamos a medio camino entre Forster y Taree, ¿no? ¿Alguna sugerencia de a dónde debería ir?

–No.

Jo se quedó esperando a que dijera algo más, y cuando Mac no añadió nada a esa áspera negativa, sacudió la cabeza y siguió comiendo. Había sido un día muy largo y estaba hambrienta y cansada. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que Mac había dejado de comer y estaba mirándola, detuvo su mano en el aire, con el tenedor a unos centímetros de su boca y le preguntó:

–¿Qué pasa?

–No pretendía ser grosero con esa respuesta. Es que no he estado ni en Forster ni en Taree. Pero pedía por teléfono lo que necesitaba a un supermercado de Forster.

–¿Has dicho que lo «pedías»?

Mac frunció el ceño.

–El tipo que traía los pedidos era incapaz de seguir mis instrucciones.

Ah… Lo cual traducido al lenguaje común sin duda significaba que el repartidor había invadido su privacidad, la privacidad de la que era tan celoso.

–Ya. Bueno, entonces supongo que probaré suerte en Forster –respondió ella. Cuando Mac continuó comiendo, carraspeó y le dijo–: Espero que Russ te advirtiera de que lo de cocinar no se me da muy bien.

Él dejó de comer y levantó la vista del plato.

–En realidad me dijo que no cocinabas mal del todo –contestó con franqueza–, y a juzgar por lo que has preparado, diría que es una descripción bastante acertada. ¿Te intimida cocinar para…?

–¿Para un chef de renombre mundial? –acabó Jo la frase por él–. Pues sí, un poco. Solo confío en que no esperes demasiado de mis guisos.

–Te prometo que no criticaré lo que cocines; me limitaré a mostrarme… agradecido por lo que me sirvas.

–He visto que tienes garaje –dijo Jo alargando la mano hacia el plato con los panes de ajo.

Mac también había alargado la suya para tomar uno, pero se detuvo y dejó que ella se sirviese primero. Tenía unas manos bonitas, fuertes y con unos dedos largos; se había fijado en sus manos muchas veces cuando lo había visto en televisión.

–Me preguntaba si podría aparcar dentro mi todoterreno yo también. Imagino que la brisa del mar no debe ser muy buena para la carrocería.

–Claro, no hay problema.

Mientras seguían comiendo, se dio cuenta de que Mac estaba observándola por el rabillo del ojo. Se preguntó qué pensaría de ella. Desde luego no se parecía en nada a las mujeres con las que aparecía siempre en las revistas y los periódicos. Para empezar por su altura; era más alta que la mayoría de los hombres.

–Por lo que me ha dicho Russ, te preocupas mucho por él –dijo Mac de pronto.

Ella levantó la cabeza.

–Bueno, es lo normal, ¿no?

Mac frunció el ceño.

–¿Estás enamorada de él? Es mayor para ti, ¿sabes?

Aquello la sorprendió tanto que se echó a reír.

–Estás de broma, ¿no? –le preguntó, rebañando con un trozo de pan la salsa que quedaba en su plato.

Él volvió a fruncir el ceño.

–No.

–Quiero a tu hermano, pero solo como amigo; no estoy enamorada de él. Eso sería una pesadilla –contestó ella, limpiándose las manos en la servilleta.

–¿Por qué?

–Porque no soy masoquista. Tu hermano y tú tenéis gustos parecidos en lo que a mujeres se refiere. Los dos salís con rubias bajitas y delicadas, perfectamente maquilladas, que llevan vestidos atrevidos y tacones de vértigo.

Ella no había metido ni un vestido en la maleta, ni tenía un solo par de zapatos de tacón.

El rostro de él se ensombreció, y apartó el plato.

–¿Y qué diablos sabes tú de qué clase de mujer me gusta? –se giró, ocultándole las cicatrices del rostro.

–Nada –admitió ella–. Mis suposiciones se basan en las fotos que he visto en la prensa y en lo que me ha contado Russ.

–Pues haces que suene como si fuésemos de lo más superficiales. Pero puedo asegurarte que esas mujeres que has descrito ahora mismo ni me mirarían.

–Solo si fuesen superficiales –apuntó ella–. Además, la belleza y la superficialidad no siempre van de la mano –apostilló.

Mac abrió la boca para decir algo, pero ella lo interrumpió.

–Y de todos modos, que sepas que no voy a sentir lástima por ti. Yo nunca he sido lo que la gente considera «guapa», y he aprendido a valorar otras cosas. Tú crees que ahora los demás, cuando te miren, ya no verán tu atractivo físico, pero…

–¡No lo creo; lo sé!

Estaba equivocado, completamente equivocado.

–Pues nada, bienvenido al club.

Él se quedó boquiabierto.

–No es el fin del mundo, ¿sabes? –le dijo Jo.

Mac continuó mirándola un buen rato antes de inclinarse hacia delante para preguntarle:

–¿Vas a decirme cuál es el verdadero motivo por el que has venido aquí?

Jo lo miró también, y le entraron ganas de echarse a llorar, porque quería pedirle que le enseñara a cocinar, pero él parecía tan enfadado y traumatizado por lo del accidente que sabía que le respondería con un no rotundo.

–Si he venido, es para asegurarme de que no echarás a perder todos mis esfuerzos con Russ.

Mac se echó hacia atrás en su asiento.

–¿Tus esfuerzos?

Jo sabía que lo que debería hacer era levantarse y empezar a recoger la mesa, pero Mac tenía que enterarse al menos de un par de cosas.

–¿Tienes idea de lo agotador que es hacerle la reanimación cardiopulmonar a una persona durante cinco minutos seguidos? –era lo que ella había hecho por Russ.

Mac negó lentamente con la cabeza.

–Pues lo es; es agotador. Y durante todo ese tiempo el pánico se apodera de ti, y tu mente no para de intentar llegar a algún acuerdo con Dios.

–¿Un acuerdo… con Dios?

–Sí, piensas cosas como: «Si salvas a Russ, te prometo que no volveré a hablar mal de nadie», «me portaré mejor con mi abuela y mi tía abuela», «me enfrentaré a mis peores temores»… –Jo se echó el pelo hacia atrás–. Ya sabes, la clase de promesas que son casi imposibles de cumplir –bajó la vista a su vaso de agua–. Fueron los cinco minutos más largos de mi vida.

–Pero le salvaste; hiciste algo extraordinario.

–La verdad es que aún no me lo creo.

–Y has venido para tenerme vigilado y asegurarte de que no interferiré en su recuperación, ¿no es eso?

–Algo así. Quería venir él a ver cómo estabas, pero no me parecía que fuera una buena idea. Pero, volviendo a mí, no lo has entendido bien: es Russ quien me está haciendo un favor a mí al haberte convencido para que me contratases. ¿Sabes?, cuando tuvo el infarto, el miedo que pasé hizo que me replanteara mi vida. Me obligó a reconocer que hasta ahora no he sido muy feliz, y que no me gustaba el trabajo que hacía. No quiero pasar los próximos veinte años sintiéndome así –le explicó–. Por eso, cuando Russ se enteró de que necesitabas una empleada del hogar y me preguntó si estaría interesada, le dije que sí sin pensármelo. Así tendré tiempo para pensar y trazar un nuevo rumbo.

Mac se quedó mirándola.

–O sea, que quieres darle un giro a tu vida.

Jo asintió.

–¿Y qué quieres hacer?

–No tengo ni idea.

Mac no quería dejarse conmover por su historia, pero la verdad era que lo había conmovido. Tal vez porque se la había relatado sin darse importancia por haberle salvado la vida a su hermano. O quizá porque comprendía muy bien esa sensación de insatisfacción que le había descrito.

La admiraba; él se había aislado del mundo y estaba compadeciéndose de sí mismo, mientras que ella estaba decidida a pelear y cambiar las cosas. Quizá pudiera aprender de ella y rehacer su vida…

Cortó de inmediato ese pensamiento. No, no lo merecía. Había arruinado la vida de otra persona; lo único que merecía era pasar el resto de su vida redimiendo su culpa.

–Estás equivocada, ¿sabes? –le dijo.

Ella alzó la vista y parpadeó.

–¿Respecto a qué?

–Pues a que parece que piensas que eres fea; invisible incluso.

–¿Invisible? –Jo se rio por la nariz–. Mido un metro ochenta y dos y tengo una constitución física que algunos, de forma caritativa, llaman «generosa». Si algo no soy, es invisible.

«De constitución generosa» era la forma perfecta para describirla, se dijo él, pensando en las gloriosas curvas de su cuerpo.

–Pues a mí me parece que eres una mujer llamativa –comentó. No podía creerse lo que le estaba diciendo. Solo le faltaba ponerse a babear–. ¿Y qué si eres alta? Tu figura está bien proporcionada. Además, tienes unos ojos preciosos, un pelo brillante, y un cutis por el que muchas mujeres matarían. Puede que no encajes en los cánones de belleza de las portadas de las revistas, pero eso no significa que no seas guapa. Deja de tirarte por tierra a ti misma. Te aseguro que no eres nada fea.

Ella se sonrojó, y se quedó mirándolo boquiabierta. Mac frunció el ceño y se movió incómodo en su asiento.

–Es verdad, no lo eres.

Jo, aún azorada, cerró la boca y se quedó callada un instante antes de balbucir:

–Hay… también hay otra razón por la que acepté este trabajo.

Aquella confesión y lo adorable que estaba cuando se sonrojaba, hizo que a Mac le entraran ganas de sonreír.

–¿Cuál?

Jo se humedeció los carnosos labios.

–La otra razón por la que acepté este trabajo es que… que quería pedirte que me enseñes a cocinar –contrajo el rostro–. O, bueno, para ser más exactos, que me enseñaras a hacer una pirámide de macarrones dulces.

Mac se quedó paralizado, como si todos los músculos se le hubieran puestos rígidos. Tuvo que tragar saliva tres veces porque se le había hecho un nudo en la garganta del tamaño de una pelota de golf.

–No –la palabra salió de sus labios como un graznido–. Ni hablar. No volveré a cocinar nunca.

–Pero…

–Jamás –la cortó, fijando su mirada en ella. Jo se estremeció–. Ni hablar –repitió, y se levantó de la mesa–. Y ahora, si no te importa, voy a seguir con mi libro un poco antes de irme a la cama. Mañana me llevaré mi ropa al dormitorio de enfrente, para cumplir con tu condición de que no duerma donde trabajo.

Ella pareció recobrar la compostura.

–La limpiaré mañana a primera hora –murmuró.

Eso le recordó a Mac que había dicho que al día siguiente iba a ir a comprar comida.

–En la encimera de la cocina hay una bote de lata con dinero, para que puedas comprar lo que haga falta: comida, productos de limpieza… lo que sea.

–Bien.

Mac se dio la vuelta y, aunque le temblaban las rodillas, subió al piso de arriba y no se detuvo hasta llegar a su habitación. Se sentó frente al escritorio y hundió el rostro en las manos mientras intentaba calmarse. ¿Enseñarle a cocinar? Imposible.

El corazón le martilleaba, igual que la cabeza, y los latidos resonaban con tal fuerza en sus oídos que no podía oír nada más. No supo cuánto tardó su corazón en calmarse, ni cuánto tardó su respiración en retornar a un ritmo natural. Se le hizo una eternidad.

Cuando por fin levantó la cabeza, se repitió con firmeza que no podía hacer lo que le pedía Jo. Le había salvado la vida a su hermano y estaba en deuda con ella, pero no podía enseñarle a cocinar.

Se levantó y salió al balcón, bañado por la luz de la luna. Bajo el oscuro paño estrellado del cielo, el mar estaba en calma. Recordó el modo en que había abandonado el comedor, y se pasó una mano por el cabello. Jo debía estar pensando que había perdido el juicio, tanto tiempo allí encerrado. Inspiró, y apoyó las manos en la barandilla.

Quizá no pudiera hacerle el favor que le había pedido, pero tal vez si pudiera ayudarla en la búsqueda de su nueva vocación. Cuanto antes la encontrara, antes se marcharía y lo dejaría en paz.

Una risa amarga escapó de su garganta. Jamás hallaría la paz porque no la merecía. Pero si al menos conseguía que Jo se fuese, con eso se daría por satisfecho.

Mac llevaba una hora despierto cuando oyó a Jo subir con paso firme las escaleras, recorrer el pasillo, y abrir una puerta. Sin duda iba a limpiar la habitación frente a la suya, como le había prometido. Necesitaba su «dosis» de cafeína para empezar el día, pero no se había atrevido a aventurarse fuera del dormitorio porque no se sentía preparado para ver a Jo después de su comportamiento de la noche pasada.

Podría aprovechar y bajar ahora que estaba ocupada, pensó. Si se diese prisa en bajar y subir tal vez no se la encontraría. Sin embargo, no quería que pareciese que la estaba evitando porque podría contárselo a Russ.

Apartó la ropa de la cama, se puso unos vaqueros limpios y una sudadera, y entró en el baño para echarse un poco de agua en la cara. Luego fue hasta la puerta del dormitorio, contó hasta tres, y la abrió. Jo estaba en la habitación de enfrente, barriendo el suelo de espaldas a él.

–Buenos días –la saludó.

Ella se volvió.

–Buenos días. ¿Has dormido bien?

Por sorprendente que fuera, la verdad era que sí.

–Sí, gracias –contestó, y luego recordó que debía ser cortés y le preguntó–: ¿Y tú?

–No, pero la primera noche que paso fuera de casa nunca duermo bien. Además, ayer conduje un montón de horas, y estaba agotada. Seguro que esta noche dormiré como un bebé.

Mac movió los hombros para desentumecerlos.

–¿Cuántas horas tenías de trayecto hasta aquí?

–Cinco.

¿Cinco horas? Mac se sintió avergonzado de sí mismo. Había conducido cinco horas y al llegar se había encontrado con un cretino que la había tratado de un modo de lo más grosero.

–Mac, tenemos que hablar de cuáles serán mis tareas –le dijo Jo–. Quiero decir que todavía no sé si quieres que te prepare el desayuno cada mañana, por ejemplo. ¿Y qué hay del almuerzo?

–El almuerzo me lo prepararé yo. Y en cuanto al desayuno… bueno, por eso tampoco tienes que preocuparte.

–¿Eres de los que se toman un café bebido y poco más?

Había dado en el clavo. No respondió, y se quedó esperando que le echara un sermón, pero en vez de eso Jo le confesó:

–Igual que yo. Ya sé que dicen que es la comida más importante del día y todo ese rollo –dijo poniendo los ojos en blanco–, pero yo tan temprano no tengo mucha hambre, y si alguien me toca las narices antes de que me haya tomado mi taza de café, no respondo de mis actos.

Mac se rio, pero se cuidó de mantener ligeramente girado el rostro, para que no pudiera ver sus cicatrices. Jo no había dado muestras de que la repugnaran ni nada de eso, pero él sabía qué aspecto tenían, y si podía ahorrarle el tener que verlas, iba a hacerlo.

–Y hablando del desayuno, he preparado café, por si quieres un poco –añadió Jo.

Él asintió, y estaba ya llegando a las escaleras cuando se volvió y la

llamó. Jo asomó la cabeza por la puerta abierta.

–¿Sí?

–No vayas a intentar dejar toda la casa reluciente hoy –le dijo Mac–. Hace tiempo que decidí prescindir del servicio y el tema de la limpieza lo he tenido un poco abandonado –cuando ella enarcó las cejas al oír eso, puntualizó–: Bueno, bastante abandonado.

Jo se limitó a asentir antes de volver al trabajo, y él bajó a la cocina, a tomarse esa taza de café que él también necesitaba para empezar el día.

Cuando oyó a Jo llegar a casa tras su expedición a Forster en busca de víveres, la reacción instintiva de Mac fue seguir escondiéndose de ella en su habitación. Miró la receta a medio escribir en la pantalla del ordenador y se levantó. Tal vez si bajara e hiciese algo distinto durante media hora podría recordar cuánto había que reducir el caldo. Si pudiese verlo físicamente en una cacerola y olerlo obtendría la respuesta al instante…

Maldijo entre dientes y bajó a ayudar a Jo a descargar las cosas del todoterreno.

–¿Has tenido problemas para encontrar el supermercado? –le preguntó mientras llevaban las bolsas dentro, por hablar de algo.

–No, una mujer muy amable me indicó dónde estaba.

Cuando todas las bolsas estaban ya en la cocina, Mac no sabía muy bien qué hacer, así que se sirvió un vaso de agua y se quedó apoyado en el fregadero, tomándoselo a sorbos mientras ella sacaba las cosas.

Había comprado varias bandejas de carne: filetes de ternera, carne picada, pollo…, pero también vio salir de las bolsas unos cuantos precocinados que le hicieron fruncir el ceño: pastel de carne y pizza congelada. ¡Y varitas rebozadas de merluza, por amor de Dios!

–¿Qué diablos es eso? –dijo señalándolos.

–Me imagino que esa pregunta no estás haciéndomela en sentido literal, ¿no? –contestó ella.

Lo había dicho en un tono burlón, como el que una madre emplearía con un niño travieso.

–¿Es un castigo por haberme negado a enseñarte a cocinar?

Jo acabó de guardar los congelados y se volvió hacia él con los brazos en jarras.

–Pues claro que no, ¡qué tontería! He ido a comprar comida y…

–Eso no es comida. ¡Es basura precocinada con un montón de aditivos!

–Si no quieres comer lo que he comprado, no tienes por qué hacerlo. Además, seguro que hasta todos esos precocinados que he traído son mejores que la comida con la que has estado subsistiendo Dios sabe

cuánto tiempo. Porque cuando llegué ayer encontré poco más que latas de alubias, galletas saladas y cereales.

Bueno, en eso tenía parte de razón. Daba igual lo que comiera, y cuanto más insípido o repugnante resultara lo que comiera, mejor. Había sido su búsqueda de la excelencia lo que había provocado aquel incendio que casi le había costado la vida a aquel chico.

Sintió una punzada en el pecho. Alargó una mano temblorosa hacia una silla y se sentó. Tenía que recordar qué era lo que de verdad importaba; tenía que expiar su culpa.

–Mac, ¿estás bien? –inquirió Jo.

Él asintió.

–No me mientas; ¿quieres que llame a un médico?

–No.

–Russ me dijo que físicamente ya estabas recuperado.

–Y lo estoy –Mac inspiró–. Es solo que no quiero hablar de nada que tenga que ver con la cocina, ni de comida.

La expresión de los ojos verdes de Jo cambió, como si comprendiera de repente.

–Es porque te recuerda al accidente, ¿no?

No solo por eso. Le recordaba todo lo que había tenido, y todo lo que había perdido.

Capítulo 3

MAC se tensó de repente cuando le puso la mano en el hombro, y Jo se apresuró a apartarla. Mac parecía tan abatido que lo que habría querido hacer era darle un abrazo y decirle que no se preocupara, que todo se arreglaría. Pero si el solo contacto de su mano lo había puesto así de tenso, un abrazo habría sido aún peor. Y la verdad era que no podía asegurar que todo fuese a arreglarse.

–¿Sabes qué?, al menos puedo prometerte una cosa –le dijo.

Mac alzó la vista.

–Te prometo que no te obligaré a comer varitas de merluza.

Él no se rio. Ni siquiera sonrió. Pero pareció relajarse un poco, y le volvió el color a la cara.

–Bueno, supongo que debería agradecerte que te compadezcas de mí.

–Desde luego. ¿Has almorzado ya?

Cuando Mac negó con la cabeza, tomó una manzana de las que acababa de colocar en el frutero y se la lanzó. Eso tampoco lo hizo sonreír, pero bromeó diciendo:

–Veo que contigo aquí voy a disfrutar de los mejores cuidados.

–Ya lo creo –asintió ella. Tomó las llaves de su todoterreno de la encimera, donde las había dejado–. Voy a meter a La Bestia en el garaje.

Mac no dijo nada; solo le dio un mordisco a la manzana.

En cuanto hubo salido de la casa, Jo dejó caer los hombros y suspiró preocupada. Si Mac se ponía así de mal solo por hablar de comida, probablemente debería perder toda esperanza de que accediera a darle clases de cocina.

La verdad era que había sido muy desconsiderado por su parte habérselo pedido siquiera. «¿Es que nunca piensas antes de actuar, Jo?», se reprendió, y con otro suspiro subió a su todoterreno y rodeó la casa con él para llevarlo al garaje.

Parecía que no podría contar con Mac para solucionar su problema. Necesitaba hacer una pirámide de macarrones dulces, y apenas tenía algo más de dos meses para aprender cómo.

«Es igual», se dijo irguiendo los hombros. Podía aprender sola; seguro que en Internet había recetas y vídeos donde lo explicaran. Tampoco sería tan difícil, pensó mientras detenía el todoterreno delante del garaje y se bajaba.

Levantó una de las dos puertas enrollables del garaje, y al encontrarse con que el interior de esa plaza estaba vacío, por curiosidad subió también la otra, y se quedó boquiabierta al ver la belleza que tenía delante. «¡Oh… Dios… mío!».

Allí aparcado había un deportivo clásico de los ochenta de color azul celeste, el coche de sus sueños hecho realidad. Lo rodeó para admirarlo desde todos los ángulos, pasando una mano por la carrocería. ¡Lo que daría por darse una vuelta en él!

Se apresuró a bajar la puerta, porque había que proteger a una maravilla así de los elementos, que podrían dañarla, y aparcó a La Bestia en la plaza de al lado. Le lanzó una última mirada soñadora al deportivo de Mac antes de bajar también la segunda puerta, y regresó a la casa.

Mac aún estaba sentado en la cocina, pero se había terminado la manzana y estaba tomándose un sándwich. También había puesto agua a calentar para hacer té. Cuando Jo entró, como se quedó mirándolo, debió pensar que había hecho algo mal, porque le dijo:

–No hay problema en que tome lo que quiera de las cosas que has comprado, ¿no?

Ella, que seguía agitada por el descubrimiento que acababa de hacer, ignoró su pregunta y exclamó:

–¡Tienes en el garaje el coche de mis sueños!

–¿Eso es un sí? –inquirió él, flemático.

Jo lo miró contrariada.

–¿Eh? Ah, que te refieres a la comida. ¡Pues claro que puedes! –dijo lanzando los brazos al aire y sacudiendo la cabeza–. Todo lo que hay en esta cocina es tuyo; puedes tomar lo que necesites.

Él se quedó mirándola y sus ojos se oscurecieron. Se pasó la lengua por los labios, y de pronto Jo tuvo la sensación de que no estaba pensando en la comida que había comprado, sino en otra necesidad más básica y primitiva. Una ola de calor la invadió. «¡No seas ridícula!». Los hombres como Mac no encontraban atractivas a las mujeres como ella.

Él apartó la vista, como si hubiese llegado a la misma conclusión, y Jo se frotó la nuca, sintiéndose tremendamente incómoda.

–¿Me estabas diciendo algo de mi coche? –inquirió Mac.

Jo tragó saliva.

–Sí, yo… que es una belleza.

Él la miró y enarcó una ceja, pero no dijo nada. En ese momento el hervidor empezó a silbar. Jo apagó el fuego, e iba a verter el agua hirviendo en la tetera con las hojas de té cuando Mac le dijo:

–Pues cuando quieras puedes darte una vuelta en él.

Jo no se esperaba ese ofrecimiento, y al oírlo perdió la concentración un instante y el hervidor se bamboleó ligeramente entre

sus manos.

Mac se incorporó como un resorte.

–¡Cuidado, no vayas a quemarte!

Jo dejó a un lado el hervidor y le puso la tapa a la tetera.

–Estoy bien; no he derramado ni una gota –respondió, aunque el corazón parecía que fuese a salírsele del pecho–. Aunque debo decirte, Mac, que no deberías ofrecerle a una chica lo que más ansía cuando está manipulando agua hirviendo –añadió sonriendo.

Pero Mac no sonrió, sino que se quedó mirando el hervidor con expresión atormentada.

Jo puso la tetera en la mesa, se sentó como si no hubiese pasado nada, y le preguntó:

–¿De verdad me dejarías dar una vuelta en tu coche?

Mac volvió a sentarse también y se pasó una mano por el rostro antes de encoger un hombro.

–Claro –dijo en un tono despreocupado. Pero se acercó su taza y se sirvió él el té antes de que ella pudiera hacerlo–. No le vendría mal; un par de veces por semana lo arranco, pero nunca lo saco a dar una vuelta.

Ella se quedó mirándolo boquiabierta.

–¿En serio que no te importaría?

Mac volvió a encoger un hombro.

–¿Por qué iba a importarme?

–Pues porque… No sé, ¿y si le doy un golpe?

–El seguro lo cubriría. Jo, no es más que un coche.

–No, no lo es. Es… –Jo intentó hallar la palabra adecuada–. Es una joya, una belleza. Es…

–No es más que un coche.

–Es una pieza de ingeniería alemana que funciona con una extraordinaria precisión.

Jo estuvo a punto de preguntarle cómo podía tener un coche así y no conducirlo, pero se dio cuenta de que sería una falta de tacto por su parte. Había sufrido un terrible accidente que le había dejado cicatrices que tendría de por vida, y los medios habían estado acosándolo. Comprendía que no tuviera ganas de salir. Pero entonces, ¿por qué no lo había vendido? Se quedó mirándolo con los labios fruncidos. ¿Podría ser que no hubiera perdido por completo las ganas de vivir?

Mac, al ver que estaba observándolo, la miró irritado y le espetó:

–¿Qué?

–Imagino que no estarías dispuesto a vender tu coche, ¿no?

Mac parpadeó.

–¿Podrías permitirte pagarme lo que cuesta?

–Bueno, en los últimos ocho años he ganado bastante con el trabajo

que tenía y buena parte la he ahorrado.

–Pero ahora mismo estás ganando bastante poco y, si quieres darle un giro a tu vida, quizá deberías usar ese dinero en formación para conseguir otro empleo.

Yo se rascó la cabeza.

–Ya. Supongo que no sería muy inteligente por mi parte, ¿no?

–Pues no, la verdad es que no.

¡No quería venderlo! Jo reprimió una sonrisa. Parecía que no todo estaba perdido. Mac aún tenía apego por la vida.

–Pero mi ofrecimiento sigue en pie –añadió Mac–. Puedes ir a dar una vuelta con él cuando quieras.

–¿Cuando quiera? Dios, no digas eso o no haré ni una sola de las tareas de la casa. No sabes las ganas que tengo de probarlo.

Mac se rio, y le brillaron los ojos y las facciones de su rostro se suavizaron. Jo no podía apartar la vista.

–¿No querrías…? –se humedeció los labios–. ¿No querrías acompañarme, verdad?

De inmediato, las facciones de Mac se endurecieron de nuevo. Si hubiera podido, Jo se habría pegado a sí misma un puntapié.

–Supongo que no. Estás ocupado con tu libro y todo eso.

–Pues sí, y ahora que lo mencionas… –Mac se levantó, con la evidente intención de volver al trabajo.

Ella lo siguió con la mirada mientras salía de la cocina, y se le cayó el alma a los pies. «Enhorabuena, Jo», se reprendió con sarcasmo.

–¿Seguro que no te importa? –insistió Jo una vez más, cuando Mac le plantó las llaves del deportivo en la mano.

–Pues claro que no. Han pasado dos días desde que te dije que podías llevártelo a dar una vuelta y estás cumpliendo con tu trabajo. Puedes tomártelo como una recompensa.

Jo bajó la vista a las llaves en su mano antes de mirarlo de nuevo.

–No estaré fuera mucho tiempo; veinte o treinta minutos como mucho –le prometió.

Él se encogió de hombros.

–Mientras no te pongan una multa por conducir muy deprisa…

Cuando entró en el garaje y se subió al deportivo, Jo se quedó un buen rato allí sentada, disfrutando del momento y familiarizándose con todos los mandos del salpicadero.

Giró la llave en el contacto, y ronroneó de satisfacción al oír el suave rugido del motor. Sacó el coche del garaje con cuidado, decidida a devolverlo sin un solo rasguño, y cuando salió a la carretera dio un grito de emoción, entusiasmada con su potencia y su

eficiencia.

Exploró los alrededores de la propiedad de Mac, y descubrió dos pueblecitos encantadores, Diamond Beach y Hallidays Point, y pasó por otros lugares con impresionantes paisajes costeros.

De pronto un cartel llamó su atención: *Refugio de animales.* Una sonrisa iluminó su rostro, y dejándose llevar por un impulso tomó aquel desvío.

«¡Mac pondrá el grito en el cielo!», exclamó la voz de su conciencia. «¿Y qué?», le espetó otra voz, insolente. «Pues que es su casa», reconvino su conciencia. Bueno, pensó Jo, no le había dicho que no pudiera tener una mascota…

Cuando aparcó frente a las instalaciones, un anciano se apeó de un sedán a un par de metros, y un collie de la frontera saltó del vehículo detrás de él.

Una mujer vestida con un mono salió del recinto vallado donde tenían a los perros.

–Usted debe ser el señor Cole, ¿no? –dijo dirigiéndose hacia el anciano para estrecharle la mano–. Y supongo que este es Bandit –añadió, bajando la vista al collie–. Enseguida estoy con usted –le dijo a Jo, saludándola con la mano.

Jo cerró la portezuela del deportivo y se quedó esperando.

El señor Cole posó la mano en la cabeza del animal y sus ojos se llenaron de lágrimas.

–Tener que dejarlo aquí me parte el corazón.

A Jo se le hizo un nudo en la garganta.

La mujer miró a la pareja que estaba sentada en el interior del sedán.

–¿Su familia no puede hacerse cargo de él? –le preguntó.

El señor Cole sacudió la cabeza y Jo tuvo la sensación de que el problema no era que no «pudieran».

–Por favor, encuéntrenle un buen hogar. Es tan buen chico… y ha sido tan buen amigo para mí todos estos años… Si no fuera porque me llevan a una residencia, yo…

Jo no podía seguir ahí plantada mirando sin hacer nada.

–Por favor, deje que me lo quede yo –dijo yendo hacia ellos–. Es precioso, y le prometo que lo querré muchísimo.

Se acuclilló frente a Bandit para acariciar su suave pelaje, y el animal le lamió la cara.

–Pasaba por aquí y vi el cartel y pensé… bueno, se me ocurrió de repente que estoy en un punto en mi vida en el que podría ofrecerle un buen hogar a un perro que lo necesite –dijo–. Y quizá… –tragó saliva–. Quizá podría llevar a Bandit a visitarlo a la residencia –añadió, girándose hacia el señor Cole.

Mac no hacía más que pasearse de arriba abajo por el porche. Hacía más de una hora que Jo se había marchado. ¡Una hora!

Podría haberle ocurrido cualquier cosa, pensó, y el estómago se le revolvió de solo pensarlo. Podía estar malherida en una cuneta, o haberse empotrado contra un árbol. ¿Cómo podía haber dejado que se fuera sola? ¿Habría conducido siquiera antes un coche de esas características?

Y además, desde que se había recluido allí no había llevado el coche a revisión. ¿Y si había tenido una avería? ¿Y si se había quedado tirada en medio de una carretera? ¿Se habría llevado el móvil con ella? Sacó el suyo del bolsillo para ver si tenía algún mensaje. Nada.

Justo entonces se oyó el ruido de un coche, y tuvo que sentarse en los escalones del porche porque el alivio que lo invadió hizo que le flaquearan las piernas. Cerró los ojos y dio gracias a Dios. Era responsable de Jo y…

¿Responsable de ella? ¿Desde cuándo? Desde que había empezado a trabajar para él, se respondió. Sí, se había convertido en responsabilidad suya, y también en una china en su zapato.

Sin embargo, cuando Jo aparcó frente a la casa tuvo que contenerse para no levantarse corriendo, sacarla del coche y darle un abrazo.

Jo se bajó del deportivo con una sonrisa que le pareció algo nerviosa.

–Perdona, no pretendía estar tanto tiempo fuera. Espero no haberte preocupado –dijo ella, mirándolo vacilante–. Tu coche es increíble.

–Ya. Bueno, me alegro de que haya estado a la altura de tus expectativas.

–Ya lo creo; las ha superado con creces. Aunque tengo que confesarte que mientras conducía ocurrió algo… inesperado y por eso he tardado un poco.

Mac frunció el ceño y se puso en pie como un resorte. ¿Le había rayado el coche? ¿Se lo había abollado?

–¿Qué quieres decir con que…?

Fue entonces cuando la vio abrir la puerta del asiento trasero y del deportivo se bajó…

–¡¿Has metido a un perro en mi coche?!

–Bueno, sí, pero… Puse una manta para que no estropeara la tapicería. Se llama Bandit.

Mac la miró boquiabierto.

–¿Has metido a un chucho pulgoso en mi coche?

Jo contrajo el rostro.

«Tampoco es para tanto; no te lo tomes así», le dijo a Mac la voz de su conciencia. ¿Que no era para tanto? ¡Aquel coche era su posesión más preciada! Era… De pronto acudió a su mente Ethan, el chico que

por su culpa estaba hospitalizado, y tuvo que volver a sentarse en los escalones del porche. Se desprendería del coche sin pensárselo si con eso pudiera volver atrás en el tiempo y evitar aquel accidente, pero no podía. Así que, ¿qué importancia tendría si los asientos de su deportivo se hubiesen llenado de pelos de perro?

–Bueno, ya me imaginé que no te haría gracia que lo subiera en el coche –balbució Jo, aturullada, yendo hacia él–, pero…

–¿Se puede saber que hace aquí ese perro?

Los ojos de Jo se posaron en las cicatrices de su rostro, y Mac giró la cabeza para ocultarlas, fingiendo que miraba el mar.

–¿Es un intento solapado de terapia con animales de compañía? –inquirió.

Jo resopló.

–No, claro que no –se volvió hacia el perro, que se había quedado junto al coche, y lo llamó dándose palmadas en la rodilla–. ¡Ven, Bandit! –pero el can no se movió–. Es para mí, no para ti –le explicó a Mac–, aunque me parece que no le gusto demasiado.

–¿Pero de dónde lo has sacado?

–Cuando iba conduciendo vi el cartel de un centro de acogida de animales y paré. Había un señor mayor que había ido a dejar allí a su perro –dijo Jo señalando a Bandit–. Su familia lo llevaba a un asilo y no querían hacerse cargo de él. Se me partió el corazón al verlo llorar mientras se lo contaba a la empleada del centro, y me ofrecí a adoptarlo. Y, la verdad, creo que ese pobre hombre habría recelado de mí si le hubiese dicho que tenía que venir por La Bestia para traerme a Bandit porque no podía montarlo en La Bella. Habría pensado que me importaba más el coche que su perro.

¿La Bella? ¿Le había puesto nombre a su deportivo? Bueno, la verdad era que le iba al pelo. Igual que a ella.

–Lo entiendes, ¿verdad?

Mac suspiró y asintió. Jo alargó el brazo y le apretó la mano.

–Gracias –murmuró, y le soltó la mano y se volvió de nuevo para mirar al animal.

Mac se quedó mirando su mano, y la cerró, como si así fuera a poder contener la sensación cálida que amenazaba con expandirse por todo su ser.

–¿Crees que no le gusto porque parezco una giganta?

–¡No pareces una giganta!

Jo parpadeó, como sorprendida por la vehemencia de su respuesta. Mac se levantó, chasqueó los dedos y llamó al perro, que acudió de inmediato y se sentó a sus pies.

–¿Lo ves? Yo soy más alto que tú y no le importa.

–Pero es que tú eres un hombre. Yo soy muy alta para ser una mujer. Supongo que los animales notan esa clase de cosas.

–Tonterías.

–Tú, en cambio, parece que le gustas.

Por la expresión alicaída de Jo supo que era verdad que había adoptado al perro para sí, y no para intentar sacarlo del profundo pozo negro de depresión en el que pensaba que se encontraba.

–Bueno, si su anterior dueño era un hombre, es lógico que esté más acostumbrado a los hombres. Además, seguro que lo echa de menos y no entiende qué está pasando.

–Es verdad, pobrecito –murmuró ella, acuclillándose para abrazar al perro y darle un beso.

Por alguna extraña razón, Mac sintió una punzada de celos. Se aclaró la garganta y le dijo:

–Cuando vea que le das de comer y lo cuidas, te ganarás su cariño y su lealtad incondicionales.

–¿Tan simples son los perros? –inquirió ella, y con una mueca divertida, como algo avergonzada, añadió–: Es que nunca había tenido uno.

–Sí, no tienes más que darles de comer y tratarlos con amabilidad. Eso es todo. Solo tienes que darle un poco de tiempo para que se adapte. Te sugiero que pongas su colchoneta en la cocina o en el cuarto de la colada. Así evitarás que se escape de noche para ir en busca de su antiguo amo –le dijo Mac. Cuando ella se quedó mirándolo sorprendida, añadió encogiéndose de hombros–: Russ y yo tuvimos varios perros de niños.

–Gracias –contestó Jo–. Oye, ¿y cómo es que estás aquí fuera? ¿Estabas esperando a que volviera? Espero no haberte preocupado.

–No, claro que no. Es que… iba a dar un paseo –mintió.

–¡Qué alivio! –dijo ella, llevándose una mano al pecho–. Temía que hubieras creído que me había largado con tu deportivo –añadió. Luego se mordió el labio y le preguntó vacilante–: ¿Te importaría que te acompañáramos Bandit y yo?

¿Cómo podría negarse?

–No, por supuesto que no.

–Estupendo –dijo Jo con una sonrisa–. Aunque creo que deberías ponerte al menos un sombrero para protegerte las… –se llevó la mano a la mejilla izquierda, para darle a entender que se refería a las cicatrices de las quemaduras–. Del sol, quiero decir.

Tenía razón.

–Mientras vas por uno, meteré a La Bella en el garaje –dijo Jo incorporándose.

Se subió al coche, y una enorme sonrisa iluminó su rostro cuando lo puso en marcha. Luego pisó el acelerador solo por diversión, y el motor respondió con un suave rugido.

Mac se dio la vuelta y subió las escaleras del porche para que no lo

viera reírse.

–Bandit, espero que un día tu dueña tenga su propio deportivo –le dijo al perro, que lo siguió dentro–. Porque lo disfrutará de lo lindo.

Al llegar a su habitación empezó a abrir cajones, buscando un sombrero.

–No me mires así –le dijo a Bandit, que estaba mirándolo absorto y meneando la cola–. No soy tu dueño; tu dueña es ella.

Pero Bandit se limitó a menear la cola con más vehemencia y Mac sacudió la cabeza mientras se aplicaba protector solar.

Cuando volvió fuera, Jo estaba esperándolo, con una gorra de béisbol en la cabeza y las manos entrelazadas tras la espalda.

–Siempre llevo una gorra en la guantera de La Bestia –le explicó, y cuando pasó las manos al frente Mac vio que tenía una pelota de tenis.

Bandit, al verla, empezó a ladrar con entusiasmo. Jo la lanzó, y el perro echó a correr tras ella. Jo hizo ademán de seguir al animal, pero como vio que él no se movía, le preguntó:

–¿Qué?, ¿no vienes?

Mac vaciló un momento antes de echar a andar, pero justo en ese momento regresaba Bandit, que había atrapado la pelota, y la depositó a sus pies. Cuando Jo gimió de desesperación, no pudo sino reírse.

–Anda, deja de reírte y lanza tú la pelota para que la atrape ese saco de huesos desagradecido –masculló Jo.

Mac volvió a reírse, la lanzó, y descendieron tras Bandit por el terreno en pendiente que bajaba hasta la playa. Mac intentó ignorar el olor del mar, la brisa y la sensación de calma que lo invadió. No se había dado cuenta, pero estaba entumecido de haber pasado las últimas semanas encerrado en la casa, y el simple hecho de estar caminando era como exhalar un suspiro que hubiera estado conteniendo.

No se merecía disfrutar nada de aquello, se dijo parándose en seco. Pero si quería mantenerse sano tenía que hacer ejercicio. Y se lo debía a Jo por haber salvado a su hermano.

–¿Estás bien? –inquirió ella, deteniéndose también–. No te habrás cansado ya, ¿no? –lo picó.

–Por supuesto que no –replicó él, echando a andar de nuevo. Jo lo siguió–. Es solo que… estoy intentando encontrar la manera de disculparme por mi comportamiento del lunes, cuando llegaste –mintió Mac.

–Ah, eso –murmuró ella, comenzando a descender por las dunas.

Mac se quedó rezagado; no quería llegar hasta la playa, donde podrían encontrarse con alguien. Jo, como si supiera qué le ocurría, se detuvo y se sentó en un claro de arena entre los matojos de flores moradas que crecían en las dunas, a observar a Bandit correteando por la orilla y persiguiendo las olas.

Mac dudó un instante antes de sentarse a su izquierda, para que no pudiera ver sus cicatrices.

–Pero sabías que llegaba el lunes, ¿no? –le preguntó Jo.

–Sí.

–Y entonces, ¿por qué te pusiste de tan mal humor? ¿No esperarías en serio que, viviendo bajo el mismo techo fueras a poder evitarme por completo?

La verdad es que en ese momento la idea se le antojó ciertamente irrisoria.

–Bueno, es evidente que he caído en unos cuantos malos hábitos; pero en cualquier caso puedo asegurarte que no fue deliberado, y que desde luego no era el objetivo del ejercicio.

–Con «ejercicio» imagino que te refieres a haber estado encerrado aquí durante semanas –dedujo ella–. ¿Y cuál es el objetivo?

–El objetivo es escribir ese condenado libro de cocina. Y el lunes estaba teniendo un día particularmente horrible.

Jo suspiró.

–Y llegué yo, como un…

–Como un ciclón.

–Sembrando el caos y la destrucción –bromeó Jo.

–Pero también has traído a mi vida una bocanada de aire fresco – replicó él.

Jo se volvió para mirarlo. A Mac se le secó la boca, pero se obligó a continuar.

–Tienes razón: he estado aquí encerrado durante días y días, sin apenas salir fuera de la casa, y algunos días apenas he probado bocado. Si no hubieras aparecido tú y no me hubieras «zarandeado» como hiciste, podría haber caído gravemente enfermo. Y te aseguro que no es eso lo que quiero –le dijo. El suicidio no entraba en sus planes.

Jo se quedó mirándolo en silencio, y al cabo le preguntó:

–¿Por qué es tan importante ese libro de cocina?

Capítulo 4

–POR dinero –contestó Mac, girando la cabeza hacia ella.

–¿Has firmado un contrato con un editor?

Él asintió brevemente antes de girar la cabeza de nuevo y quedarse mirando el mar.

–Y, si tanto lo detestas, ¿no podrías… no sé, disculparte con él y devolverle el dinero que te haya adelantado? –le preguntó ella encogiéndose de hombros. No tenía muy claro cómo funcionaban esas cosas.

–No lo entiendes; necesito ese dinero.

Jo tuvo que hacer un esfuerzo para no exteriorizar su sorpresa.

–Pero… debiste ganar un montón de dinero con el programa de televisión, ¿no?

¿En qué se lo había gastado? A menos que hubiese llevado un tren de vida desorbitado, dándose caprichos caros y rodeándose de lujos. Sea como fuera, no era asunto suyo.

–Perdona, lo mismo he dicho una tontería; pensaba que por trabajar en televisión estarías forrado.

–Y lo estaba.

Jo no entendía nada. Entonces, ¿qué había hecho con el dinero? No iba a preguntárselo, pero de nuevo cruzaron por su mente algunas posibles respuestas aparte de un gasto desmedido, como malas inversiones, o quizá incluso que lo hubiese dilapidado en juegos de azar.

–Se me ha ido todo en facturas médicas.

Jo parpadeó confundida.

–Pero el accidente que sufriste fue un accidente laboral y fue en tu lugar de trabajo –había ocurrido mientras grababan el programa–. El seguro debería haber cubierto los gastos médicos.

–No me refiero a mí, Jo.

De pronto Jo creyó comprender. ¿Podría ser que hubiese pagado los gastos médicos del joven aprendiz que también había resultado herido en el accidente?

–¿Te refieres a Ethan? –inquirió en un susurro.

Él no dijo que sí, pero tampoco lo negó. Jo frunció el ceño.

–Pero… el seguro de la productora también debería haber cubierto los gastos médicos de él, ¿no?

Cuando Mac se volvió hacia ella, sus ojos relampagueaban.

–Aún sigue ingresado –le espetó–. Su familia quería trasladarlo a una clínica privada donde estaría mejor atendido, pero no podían permitírselo.

¡Y pensar que ella había creído que Mac había estado dándose a la gran vida sin pensar en nada! ¡Qué equivocada había estado!

–Mac, no tenía ni idea… –murmuró, poniéndole una mano en el hombro.

Él apartó el brazo y se levantó. Dolida, Jo entrelazó las manos en su regazo. Probablemente Mac pensaba que sentía lástima de él y no quería su compasión.

–Era lo mínimo que podía hacer –dijo Mac, volviéndose hacia ella con el gesto torcido–; es culpa mía que esté hospitalizado con quemaduras de segundo y tercer grado en el sesenta por ciento del cuerpo. He arruinado su vida.

–¡Qué montón de sandeces!–le espetó ella, levantándose también–. Si quieres buscar culpables, son los productores y el director del programa quienes deberían pagar por lo que os pasó.

Encontronazos en la cocina, que era como se llamaba el programa, había seguido el día a día de Mac y su equipo durante cada comida que tenían que preparar: un almuerzo benéfico, un banquete de boda, la cena de unos prestigiosos premios… Y en cada episodio se había retratado a Mac como un chef extremadamente exigente y perfeccionista, que se impacientaba y gritaba a los miembros de su equipo.

Era tan exagerado que, aunque ella no hubiese sabido por su hermano que Mac no era así, tampoco lo habría creído. Sin embargo, la prensa había criticado duramente su comportamiento, asegurando que aquel accidente se había visto venir. Tonterías. Pero esa clase de comentarios eran los que hacían que se vendiesen más periódicos, igual que el dramatismo y los conflictos hacían que subiese la audiencia de un programa de televisión.

Mac no dijo nada, sino que se volvió a sentar en la arena con los hombros caídos, como derrotado. A Jo le partía el corazón verlo así. Se volvió a sentar ella también, se humedeció los labios y le dijo:

–Russ me contó que en el programa interpretabas un papel, que era lo que te pedían los productores. Y me contó que las reacciones del resto del equipo también eran fingidas. Tú no tuviste la culpa del accidente. No fuiste tú quien dejó caer esa bandeja de marisco con hielo en un perol con aceite hirviendo –había sido a Ethan a quien le había pasado–. Fue un accidente; un trágico accidente.

–¡Por amor de Dios, Jo, estaba gritándole para que se diera prisa! Tiene diecinueve años y era solo la segunda vez que salía en el programa, así que estaba hecho un manojo de nervios. Se quedó petrificado.

–Estaba actuando, igual que tú.

–No –le espetó Mac tajante, atravesándola con la mirada.

Jo lo observó en silencio, admirando sus atractivas facciones, su cabello rubio, del color de la arena, sus ojos azules como el mar, y la piel aceitunada, que aún estaba demasiado pálida.

–Se quedó petrificado de verdad –insistió Mac–. Pero para cuando me di cuenta ya era demasiado tarde.

Jo sacudió la cabeza.

–Por lo que yo he oído, si tú no hubieras reaccionado con la rapidez con que lo hiciste para sofocar el fuego, Ethan ahora estaría muerto.

Los otros miembros del equipo lo habían calificado de «héroe».

–Pues a mí él no me ha dado las gracias por salvarle. ¿Sabes lo doloroso que es el tratamiento al que están sometiéndolo? –le espetó Mac–. Es un tortura.

–Es muy joven –acertó a decir ella en un murmullo–. Un día todo esto no será para él más que un mal recuerdo.

–Pero quedará desfigurado de por vida. Y todo porque yo hice lo que los productores esperaban de mí; todo porque quería que subiera la audiencia, porque estaba hambriento de éxito y de aplausos. En cualquier momento podría haberme negado a entrar en ese juego, podría haber exigido que se tratara con cortesía y respeto a todo el mundo en el plató.

Pero si lo hubiera hecho probablemente el programa no habría seguido en antena más de una temporada, pensó Jo.

–Y no lo hice. Escogí no hacerlo –murmuró Mac.

No había nada de malo en querer triunfar, se dijo ella.

–Y mi ambición ha arruinado la vida de ese chico.

Era muy duro consigo mismo; estaba haciendo todo lo que estaba en su mano para ayudarlo, y aun así seguía flagelándose.

En ese momento apareció Bandit corriendo, con la lengua fuera y el pelaje mojado por las olas, y se echó a los pies de Mac. Era la viva imagen de un perro feliz. ¡Si consiguiera ver a Mac también así de feliz…!

Se giró hacia él. Los ojos de Mac estaban fijos en sus caderas, y siguió mirándola un buen rato antes de darse cuenta de que lo había pillado. Dio un respingo y se puso colorado.

¿Había estado mirándole el trasero? Incómoda, Jo se pasó las manos por las perneras de los vaqueros. No, imposible; aquello era ridículo… pero estaba rehuyendo su mirada.

–Bueno, ¿y qué problema tienes con el libro? –le preguntó.

–Que las recetas son complicadas.

–Pero ese es uno de los motivos por los que tu programa de

televisión era tan impactante, ¿no? La preparación de cada plato tenía que seguir un orden preciso porque si no el resultado sería completamente distinto.

–Sí, y le prometí al editor que incluiría un apéndice de soluciones de problemas en cada receta. ¡No soy escritor! –se quejó Mac–. Lo de explicar las recetas no me sale natural; no sé si las indicaciones que doy se entienden bien o no, y menos si podría seguirlas una persona que no tenga mucha idea de cocinar.

Jo entendía lo que quería decir. Siempre se describía a sí mismo como un chef que se dejaba llevar por su instinto, así que recordar de memoria el orden de los ingredientes, las cantidades exactas y otros detalles debía ser una pesadilla para él. Y como encima se negaba a cocinar, tampoco podía dilucidar esas cosas en la práctica.

Se le ocurrió una idea con la que podría ayudarlo, y él a ella de paso. Se humedeció los labios y le propuso:

–¿Y si me dejaras ver los borradores de las recetas para que yo intentara prepararlas? Ya has visto que no sé mucho de cocina; así podrías comprobar si soy capaz o no de hacerlas con tus indicaciones.

–¿Harías eso por mí? –inquirió él sorprendido.

Había esperanza en sus ojos, y algo más que Jo no acertó a descifrar. Asintió y le dijo:

–Claro. Siempre y cuando estés dispuesto a comerte lo que prepare, aunque no salga como debiera.

–Bueno, ¿qué demonios? Si el resultado es incomestible siempre nos quedarán las varitas de merluza.

Jo se rio.

–¿Qué te parece si empezamos mañana? –le propuso Mac.

Jo asintió.

–Y hablando de comida… debería volver dentro y empezar a preparar la cena.

–Y yo debería trabajar un rato más –dijo él.

Jo iba a tenderle la mano para ayudarlo a levantarse, pero la apartó al recordar cómo la había rechazado cuando le había puesto la mano en el hombro.

Mac entornó los ojos y se echó hacia atrás, apoyando las manos en la arena y mirándola por debajo del ala de su sombrero.

–¿Te ha incomodado mi mirada lasciva de antes?

Jo casi se cayó de espaldas. ¡¿Su qué?! ¿O sea que sí había estado mirándola…? ¿Estaba diciendo que…? No, imposible…

–Por supuesto que no –mintió.

Mac se levantó y, de inmediato, Bandit se incorporó.

–Como te he dicho, eres una mujer llamativa.

Jo resopló.

–Me parece que llevas aquí solo demasiado tiempo –dijo dándose la vuelta y echando a andar hacia la casa.

Sin previo aviso, Mac la asió del brazo, haciendo que se detuviera.

–Y yo creo que no te valoras –añadió él.

No, eso no era verdad. Lo que pasaba era que tenía muy claro que no era la clase de mujer cuya belleza hacía que los hombres se girasen para mirarla.

–Pero supongo que debería tranquilizarte a ese respecto –dijo él, acariciándole el brazo antes de soltarla–. Quiero que sepas que conmigo no tienes nada que temer; no voy a abalanzarme sobre ti ni nada de eso; pienso comportarme como un perfecto caballero.

Jo no pudo evitar sonrojarse, pero se irguió y le dijo:

–Ni se me había pasado por la cabeza que fueras a intentar algo conmigo.

–Bien –contestó él, con un brillo travieso en los ojos.

Jo lo ignoró y echó a andar de nuevo.

–Aunque eso no significa que no disfrute de la vista –añadió Mac a sus espaldas.

Jo se tambaleó al oír eso, y aunque él se rio siguió andando, muy digna, mientras la adelantaba Bandit, corriendo y ladrando.

Al día siguiente, Mac escogió para empezar una receta de entrecot de ternera con salsa bearnesa. No se había atrevido a quedarse en la cocina mientras Jo preparaba la salsa. Temía impacientarse con ella y empezar a gritarle. Si la ponía nerviosa podría quemarse o algo así, y el solo pensamiento hacía que se le revolviesen las entrañas.

Por eso se había quedado fuera, lanzándole la pelota a Bandit para mantenerse ocupado y no pensar. En ese momento se abrió la puerta de la casa y salió Jo con una bandeja, en la que lleva un par de sándwiches cortados en dos mitades, dos vasos y una jarra de agua.

–¿Tienes hambre? –le preguntó mientras colocaba las cosas en la mesa que había al fondo del porche.

La verdad era que no tenía ni pizca, pero Mac se acercó y se sirvió un vaso de agua.

–¿Qué tal vas?, ¿has tenido algún problema con la receta? –le preguntó tras beber un sorbo.

Ella se sentó en el banco de madera que había junto a la pared, le dio un mordisco a su sándwich, y encogió un hombro.

Mac bajó la vista a su sándwich y parpadeó.

–¿Le has puesto mantequilla de cacahuete y miel?

–Sí –contestó ella mientras masticaba.

Mac se quedó mirándola.

–¿Qué? –le espetó Jo–. Me gusta el sabor de la mantequilla de

cacahuete con miel. Y no pongas esa cara de asco; el tuyo lo he hecho de rosbif y pepinillos.

Mac tomó una mitad del sándwich que había en el otro plato.

–Bueno, cuéntame cómo vas con la receta –insistió antes de darle un mordisco.

Jo lamió una gota de miel que le había caído en el dedo. Aunque inconsciente, aquel gesto resultó tremendamente sensual y seductor. Mac se obligó a apartar la vista y trató de concentrarse en masticar y tragar.

–Pues estoy teniendo problemas con algunos términos que utilizas. No sé, por ejemplo, lo de «reducir el caldo a un tercio» no es algo que uno lea todos los días.

–¿Crees que debería explicar qué significa «reducir»?

–No, he deducido que es una forma de decir «consumir», pero no entiendo por qué hay que hacerlo así. ¿Por qué no echar menos vinagre y agua desde un principio?

–Porque dejar que los ingredientes hiervan juntos a fuego lento intensifica el sabor de la salsa.

–¡Aaah! Vaya, pues eso es interesante; deberías ponerlo en el libro.

–¿Tú crees?

–Bueno, sí, aunque, no sé, puede que tenga menos idea de cocina que la media de tus lectores potenciales.

–No, eres perfecta.

Jo alzó la vista, visiblemente sorprendida por su respuesta. Se quedaron mirándose un momento, y apartaron la vista al mismo tiempo. A Mac el corazón le palpitaba con fuerza. ¿Por qué tenía Jo ese efecto en él?

Al mirarla vio que la vena de su cuello palpitaba también, y que su respiración se había tornado agitada, pero sin duda no de deseo, sino de temor porque él, un monstruo con el rostro desfigurado, fuera a tocarla o a intentar besarla. Aquel pensamiento le dejó un sabor amargo en la boca.

–En fin –dijo Jo aclarándose la garganta–. He dejado el caldo reposando y enfriándose, como dice tu receta, y luego iré a colarlo para preparar la salsa. Si quieres puedes ir a echarle un vistazo.

Mac se dirigía hacia la puerta cuando Jo lo llamó.

–¿Sí? –inquirió volviéndose hacia ella.

–No, nada, solo que, como no tenía vinagre de estragón, he usado vinagre normal, del blanco. Y una cosa más: la receta se llama «entrecot de ternera con salsa bearnesa», pero no dices qué debe llevar de guarnición.

–Patatas al horno y judías verdes cocidas y rehogadas.

–Pues eso deberías incluirlo también en la receta.

Buena sugerencia. Mac entró en la casa y se lavó las manos antes de

ir a la cocina. Se acercó a la hornilla y miró la cacerola. De un solo vistazo se dio cuenta de que Jo le había echado demasiada cebolla. Se inclinó para olisquear el caldo. Era una lástima que no tuvieran vinagre de estragón, pero dentro de un orden Jo no lo había hecho del todo mal, pensó, sintiendo que parte de su tensión se disipaba.

–¿Y bien? –le preguntó Jo cuando volvió fuera.

–Has hecho un buen trabajo. No es exactamente lo que yo quería, pero me da una idea de qué partes de la receta tengo que afinar.

Habría tomado asiento al lado de ella para acabar de comerse el sándwich, pero Jo ocupaba el extremo izquierdo del banco, y eso implicaba que al sentarse junto a ella le mostraría el lado izquierdo de su cara, así que prefirió apoyarse en la barandilla del porche, frente a ella.

–Tuviste una idea brillante, Jo –le dijo–. No sé cómo darte las gracias. Si hay algo que pueda hacer por ti a cambio…

Jo alzó la vista hacia él.

–¿Lo dices en serio?

–Pues claro.

–No te muevas de aquí –le dijo ella levantándose–. ¡Y no cambies de idea! –añadió antes de entrar en la casa.

Reapareció momentos después con un recorte de revista, y a Mac se le cayó el alma a los pies cuando lo desdobló y se lo tendió. Era una foto de una pirámide de macarrones dulces. La condenada pirámide que había mencionado días atrás.

–Mira, Jo… Los macarrones son difíciles de hacer.

–Lo sé, pero podrías escribirme una receta indicando los pasos.

Mac suspiró.

–Los macarrones son repostería avanzada.

–Pero con la práctica se consiguen las cosas, ¿no?, y yo tengo tiempo de sobra.

–¿Y se puede saber por qué quieres hacer una pirámide de macarrones? –inquirió él, devolviéndole el recorte. Se le ocurrían cien postres más ricos que ese.

Jo se quedó mirando la foto un momento.

–Mi abuela cumple ochenta y cinco dentro de poco, y le prometí que le haría esto –le explicó doblando el recorte y guardándoselo en el bolsillo del pantalón–. Quería tener un detalle con ella.

Tener un detalle sería llevarle unas flores o invitarla a almorzar en un restaurante.

–No me mires así, Mac, no creo que te esté pidiendo un imposible, ¿no? Tampoco soy tan patosa en la cocina.

–No es que no crea que no puedes hacerlo, pero me sorprende que quieras tomarte la molestia de hacerlo cuando podrías hacer otras cosas.

–Quiero mucho a mi abuela; estoy muy unida a ella –Jo se puso a su izquierda y se apoyó también en la barandilla–. Y por eso quiero hacer algo que la agrade –añadió después de darle otro mordisco a su sándwich.

Mac se dio la vuelta, como si solo lo hiciese para mirar el mar, aunque lo que en realidad pretendía, una vez más, era ocultarle sus cicatrices.

–Me criaron mi abuela y mi tía abuela –le explicó Jo–. Tienen una relación un tanto… tempestuosa. Mi abuela siempre me ha mimado y animado, mientras que mi tía abuela, en cambio, siempre ha sido más estricta. Hay una disputa entre ellas por un collar de perlas que perteneció a su madre, mi bisabuela. Mi tía abuela se burló cuando dije que iba a hacerle a mi abuela una pirámide de macarrones, y me temo que mi abuela se ha apostado con ella el collar a que sí seré capaz de hacerla. Le agradezco que me apoye, porque no se trata solo de que sea o no capaz de preparar un postre, ¿sabes?, y no pienso defraudarla.

Mac la rodeó para ir hasta la mesa por la otra mitad de su sándwich, y cuando volvió junto a ella se apoyó en la barandilla mirando hacia la casa, pero colocándose a su izquierda.

–¿Por qué haces eso? –le preguntó ella de repente–. No dejas de hacerlo.

–¿El qué?

–Estar todo el tiempo pendiente de ponerte siempre del lado derecho hacia mí. ¿No te resulta agotador?

Capítulo 5

NO SABÍA si a él le resultaría agotador o no, pero a ella estaba empezando a preocuparle que estuviese todo el tiempo tratando de ocultarle sus cicatrices. Sabía muy bien lo que era sentirse acomplejado por el físico, pero no podía pasar el resto de su vida ocultándole a la gente un lado de su cara.

–No puedes seguir así –le dijo.

–No sé de qué hablas.

A pesar del tono impávido que había empleado, Jo sabía que por dentro no estaba así de sereno.

–¿Ah, no? –le espetó, rodeándolo para ponerse a su izquierda y mirarle las cicatrices.

La vena del cuello de Mac palpitaba, y se había puesto tenso, como si le estuviese costando un esfuerzo tremendo quedarse quieto y permitir que lo escrutara. Finalmente se volvió hacia ella con ojos relampagueantes, y los labios apretados.

–¿Satisfecha?

Ella se quedó mirándolo y tuvo que tragar saliva porque Mac, cuando estaba furioso resultaba aún más varonil y atractivo. Y si creía que ese ceño fruncido, la mirada furibunda y las mandíbula apretada harían que se echase a temblar, estaba muy equivocado. Estaba temblando por dentro, sí, pero de deseo, pensó humedeciéndose los labios.

Mac se giró, apoyó las manos en la barandilla, y se quedó mirando el mar.

–¿No te parecen repulsivas mis cicatrices?

Jo sacudió la cabeza.

–No, por supuesto que no. ¿Acaso te lo parecen a ti cuando te miras en el espejo?

Mac encogió un hombro.

–Me he acostumbrado a verlas.

–¿Y no crees que los demás podrían acostumbrarse a ellas también? ¿Crees que nadie es capaz de ver más allá de tus cicatrices?

Mac no dijo nada.

–Mira, yo he conocido a gente guapa que, cuando han resultado ser detestables, o unos esnobs, o unos egoístas, han perdido todo el atractivo para mí. Y en cambio tengo amigos que no encajan con los rígidos cánones de belleza de la sociedad en que vivimos, pero que

tienen tan buen corazón que para mí son las personas más bellas del mundo.

–Jo, yo…

–No, escucha lo que tengo que decirte. Si solo te valoras a ti y a los demás por el aspecto físico, te mereces sufrir todos los tormentos imaginables por pensar que has perdido tu belleza exterior, pero si me preguntases a mí, te diría que tu rostro no ha perdido ni un ápice de atractivo.

Mac se quedó muy quieto, y luego se volvió hacia ella y se quedó mirándola un buen rato en silencio.

–¿Lo dices de verdad?

Jo asintió.

–Bueno, yo estoy de acuerdo en que el atractivo de una persona no reside solo en la apariencia física –comenzó a decir Mac–, pero… no se puede negar que la apariencia física también tiene un impacto muy importante en cómo percibimos a las personas.

–Si a alguien le repeles por tus cicatrices, es que no merece la pena –dijo ella cruzándose de brazos–. De hecho, puede que lo de las cicatrices hasta tenga su lado bueno: ahora puedes saber quién te aprecia de verdad, y quién se acerca a ti solo por el interés.

Mac soltó una carcajada.

–¡Venga ya!

–Piensa lo que quieras, pero si me permites un consejo, no dejes que nadie se dé cuenta de que te acomplejan esas cicatrices. Algunas personas lo verán como una debilidad, y hay gente por el mundo que disfruta machacando a quienes tienen esa clase de inseguridades para sentirse más fuertes.

–Lo dices como si te hubiera pasado a ti.

Jo se encogió de hombros.

–¿Tú me has visto bien? –dijo señalándose de arriba abajo con la palma de la mano.

–Si quieres que te sea sincero, estoy haciendo un esfuerzo para no mirarte, porque te prometí que iba a comportarme como un caballero, pero cada vez que te miro…

Jo puso los ojos en blanco.

–Si vas a burlarte de mí…

Mac avanzó hacia ella y la atrapó contra la pared de la casa, plantando ambas manos sobre las tablas de madera. A Jo se le secó la boca, y el corazón parecía querer salírsele por la garganta.

–¿Qué crees que estás…?

–Cállate o te besaré.

Jo casi se tragó la lengua al oírle decir eso.

–¿Tienes la cara de echarme un sermón, prácticamente acusándome de superficial, con todo eso de la verdadera belleza y el valor de cada persona, y sigues empeñándote en creer que no tienes el menor atractivo? –le espetó Mac, bajando la vista a sus labios–. Cuando te dije que eres una mujer llamativa lo que quería decir es que te encuentro atractiva, y que, cuando te miro, me cuesta un esfuerzo tremendo ocultar el deseo que siento por ti.

Jo lo miró con unos ojos como platos.

–Y no es porque haya estado aislado del mundo los últimos cuatro meses.

Jo se sintió tentada de llamarlo «mentiroso», de decir cualquier cosa que lo hiciera cumplir con su amenaza y besarla. Una sensación cálida afloró en su vientre y descendió por sus muslos de solo imaginarlo.

Sin embargo, si la besara, ella sería incapaz de no responder al beso, y entonces Mac se daría cuenta de que hasta qué punto lo deseaba y eso la haría vulnerable ante él, pensó tragando saliva.

–Y en cuanto a esa obsesión tuya de que eres demasiado alta para ser mujer… –murmuró Mac, acercándose un poco más a ella.

Jo sintió el calor de su cuerpo. Olía a jabón y a ropa recién planchada.

–A mí no me lo parece –le dijo Mac–. De hecho, creo que nuestros cuerpos encajarían a la perfección, como las piezas de un puzzle.

De pronto Jo tuvo la sensación de que él fuera un gigante, o de que ella hubiera menguado.

–Podría pasarme el día entero mirándome en esos ojos verdes tan preciosos que tienes… –murmuró Mac.

Su voz aterciopelada, el suave tono que estaba empleando y las palabras que estaba pronunciado podían tejer un auténtico embrujo sobre una mujer.

–Y tampoco puedes decir que no seas femenina, con esa figura tan curvilínea… –añadió Mac, echándose un poco hacia atrás para mirarla.

Jo se sintió como si estuviera desnudándola con los ojos, y por el brillo que había en ellos parecía de hecho que estuviera imaginándola desnuda. Mac se pasó la lengua por los labios, y a ella el pulso volvió a disparársele.

–Y aunque tu constitución sea atlética, me muero por explorarlo, despacio y a conciencia –dijo Mac con voz ronca–. Pero eso es solo el envoltorio, es verdad. Lo que de verdad me atrae es la mujer que hay tras esa fachada: una mujer apasionada, que no me da tregua, y que es increíblemente generosa. Y todo eso hace que ansíe aún más hacer el amor contigo.

¿Cómo habían acabado teniendo aquella conversación? Durante años había trabajado rodeada de hombres, y siempre había sido capaz

de mantener su relación con ellos dentro del ámbito estrictamente profesional.

En cambio, aquel era solo el quinto día que pasaba con Mac, y el aire estaba tan cargado de tensión sexual que parecía electricidad estática.

–Y, como he dicho, te prometí que me iba a comportar como un caballero, pero empiezo a hartarme de oírte decir que no eres atractiva. Eres preciosa, y una mujer muy deseable.

Sus palabras la asustaban. Quería creerlo, pero en el fondo de su corazón sabía que no era cierto.

Sacudió la cabeza y le dijo:

–Mac, no te confundas: sé que tengo cosas buenas, como que soy lista, y fuerte, y me considero una buena amiga. Pero los hombres como tú no besarían jamás a una mujer como yo.

No a menos que fuera parte de una apuesta, o que estuvieran intentando manipularla.

Los ojos de Mac relumbraron de un modo extraño, y sus labios se curvaron en una media sonrisa.

–Eso crees, ¿eh? –murmuró, inclinándose un poco más hacia ella.

Jo levantó las manos.

–¡No te atrevas a…!

Mac besó sus labios antes de que pudiera acabar la frase, empujándola contra la pared, y se tomó su tiempo para explorar cada rincón de su boca. Luego, sin dejar de besarla, tomó su rostro entre ambas manos, y apretó su cuerpo, duro como una roca, contra el de ella. Su pecho le aplastaba los senos, y había introducido una pierna entre sus muslos, presionando contra el punto más sensible de su anatomía. Un gemido escapó de su garganta, y él emitió una especie de ronroneo mientras continuaba enroscando su lengua con la de ella.

«¡Para!, ¡para!, ¡para!», le ordenó mentalmente, pero Mac no dejó de besarla, sino que continuó saboreando su boca, apretándose contra ella, y haciéndola sentir hermosa y deseada.

A Jo se le escapó un nuevo gemido, y estrujó entre los dedos su sudadera de algodón mientras respondía a sus besos con fruición. Subió las manos a sus hombros y enredó los dedos en su cabello, pero quería más, mucho más.

Mac le rodeó la cintura con un brazo, y la atrajo aún más hacia sí. Un escalofrío de placer le recorrió la espalda, y los besos se tornaron todavía más apasionados. Así, en los brazos de Mac, que era más alto y más fuerte que ella, se sentía muy femenina, y casi hasta delicada.

Cuando la mano de él se deslizó por debajo de su blusa y se cerró sobre uno de sus senos, Mac gimió, y eso la hizo estremecer. ¡Estaba gimiendo por ella! ¡La deseaba de verdad!

Mac le acarició el pezón con la yema del pulgar a través del

sujetador de algodón, y una ola de calor la sacudió. Se frotó contra él, buscando alivio, buscando…

¡No!, si continuaban aquello solo podría acabar de una manera. Se quedó quieta, y él se detuvo también. Sin embargo, no apartó la mano de su pecho, y el calor de esta siguió abrasándola y atormentándola. Claro que ella tampoco le quitó los brazos de su cuello.

Los dos jadeaban, como si hubiesen corrido un maratón.

–No estoy de acuerdo –dijo Mac.

Jo lo miró, y parpadeó contrariada.

–Me refiero a que no es verdad que los hombres como yo no besemos a mujeres como tú –le aclaró él–. Y ¿sabes qué?, que he disfrutado cada momento de este beso.

Tal vez, pero un beso no podía borrar las burlas de toda una vida, todas las veces que se había sentido como un bicho raro por lo alta que era.

Tragó saliva. Mac la había besado como si de verdad la encontrase preciosa, pero ella seguía sin creérselo, y recelaba de los motivos por los que lo había hecho. Desenganchó los brazos de su cuello, pero atrapada como estaba entre él y la pared no podía ir a ningún sitio.

–Deja que me vaya, Mac.

Él quitó de inmediato las manos de su cintura y se apartó de ella. Fueran cuales fueran las razones por las que la había besado, no podía dejar que aquello fuera más lejos.

–Mac, no hace ni cinco días que te conozco. No tengo por costumbre acostarme con alguien a quien apenas conozco –le dijo. ¿Era ese el estilo de él?

Mac fue hasta la barandilla y se apoyó en ella.

–Y yo tengo cuarenta años, Jo. Hace tiempo que dejé atrás los días en que pensaba que los romances de una noche eran algo divertido –le contestó Mac–. En cuanto a lo del beso de ahora… se me ha ido un poco de las manos.

Jo contrajo el rostro al oír esa disculpa, pero luego dejó escapar un suspiro y le respondió:

–Ya, bueno, yo también me he dejado llevar; la culpa no ha sido solo tuya.

Mac se irguió y se quedó escrutándola en silencio antes de decir:

–Yo ya no estoy para ir de flor en flor. A los veinte años pensaba que uno podía tener relaciones pasajeras, sin complicaciones, pero ya no lo veo así, y tampoco estoy interesado en una relación seria. Mi vida ya es bastante complicada, y una relación la complicaría aún más –tragó saliva y bajó la vista a sus pies–. Espero… espero que lo comprendas.

Los hombres eran las criaturas más arrogantes sobre la faz de la tierra. Jo se irguió y le dijo:

–Puede que te sorprenda oír esto, pero yo tampoco estoy buscando una relación, y no alcanzo a imaginar qué puede haberte dado esa idea.

Mac le lanzó una mirada irritada.

–Has decidido que había sitio en tu vida para un perro, así que parece lógico pensar que lo próximo será una pareja.

Jo se quedó boquiabierta al oír eso. Sacudió la cabeza y abrió la boca para responderle, pero lo pensó mejor y la volvió a cerrar.

–Vuelvo dentro; seguro que hay por ahí algo que limpiar –masculló mientras iba hacia la puerta.

–Entonces… ¿todo bien entre nosotros? –le preguntó Mac, cuando ya tenía la mano en el pomo.

Jo se volvió hacia él y se cruzó de brazos.

–No sé a qué te refieres con «nosotros», pero sí hay una cosa que puedo decirte: si quisiese una relación, desde luego no sería con un hombre como tú.

Él puso unos ojos como platos. Probablemente estaba acostumbrado a que las mujeres cayesen rendidas a sus pies.

–Este sitio es precioso –le dijo Jo, señalando a su alrededor con un ademán–. Es un lugar paradisíaco, pero tú ni siquiera pareces darte cuenta. Estás escondiéndote, negándote a vivir la vida, y la vida es demasiado corta. Yo pienso vivir la mía a tope, y no voy a renunciar a ella por ningún hombre.

Ni siquiera uno tan atractivo como él.

–¿Y entonces qué estás haciendo aquí? –le espetó él.

–Estoy haciendo un alto en mi camino; no escondiéndome como tú –respondió Jo–. Disfruto de estas magníficas vistas cada momento que puedo, estoy aprendiendo a cocinar tus recetas, le he dado un hogar a un perro, y he conducido el coche de mis sueños. Sospecho que he vivido más en estos cinco días que tú en los últimos meses.

Mac volvió a mirarla boquiabierto, indignado, pero Jo, que ya le había dicho todo lo que le tenía que decir, entró en la casa y no se detuvo hasta llegar a la cocina. Tenía que haber algo que pudiera hacer para mantenerse ocupada, pensó mirando a su alrededor. Se acordó de que la bandeja con los platos de los sándwiches y los vasos se había quedado en el porche, pero lo último que le apetecía en ese momento era volver allí, donde seguía Mac.

Se entretuvo ordenando los armarios, y pasados unos minutos se aventuró a ir, sin hacer ruido, hasta la puerta principal. Escudriñó a través de la mosquitera, y como Mac ya no estaba allí, salió por la bandeja. Lo vio a lo lejos, en la playa, jugando con Bandit.

Apenas había entrado en la cocina y había dejado la bandeja en la mesa, cuando sonó el teléfono. Russ, sin duda, pensó, yendo a contestar.

–¿Diga?
–¿Quién es usted? –inquirió al otro lado de la línea una voz de mujer, entre sorprendida y enfadada.
Jo parpadeó y se aclaró la garganta.
–Perdone, pero… ¿con quién hablo?
–Soy la señora Devlin.
Jo se apoyó en la pared y se le hizo un nudo en la garganta.
–Puede que haya oído hablar de mi hijo, Ethan Devlin.
Sí, sabía quién era. Era el joven ayudante de Mac que tan mal parado había salido del accidente. Jo cerró los ojos un instante y respondió:
–Sí, por supuesto. Lamento muchísimo lo que le ocurrió a su hijo, señora Devlin.
–Dígale a ese gusano inmundo de Malcolm que se ponga.
La agria expresión con que se había referido a él dejó descolocada a Jo.
–Perdone, pero en este momento no se encuentra aquí. ¿Quiere dejarle un mensaje?
–¿Cómo que no está? ¡Debería estar trabajando! ¿Y quién diablos es usted? ¿Una de sus amiguitas?
Jo no podía dar crédito. Aquello ya pasaba de castaño a oscuro.
–Me llamo Jo Anderson, y soy la empleada del hogar de Mac, no su «amiguita». Sus insinuaciones me molestan, y no merezco que me trate de un modo tan grosero.
La mujer se quedó callada un momento.
–Él tampoco se merece el lujo de tener una empleada del hogar –le espetó, aunque en un tono bastante menos beligerante–. No merece tener ni un momento de paz.
Jo se pasó una mano por el cabello. Si Mac había estado tragando con el rencor de aquella mujer, no le extrañaba que se hubiese tratado con tanta dureza. De pronto comprendió: había estado castigándose a sí mismo. Se había estado negando incluso los placeres más pequeños, como disfrutar de las hermosas vistas cerrando las cortinas, el pasear por la playa, conducir su coche… y hasta el cocinar, que era su pasión. Pobre Mac…
–Tiene que enviarnos más dinero, dígaselo –añadió la señora Devlin–. Y de todos modos, ¿se puede saber a dónde ha ido?
–Ha salido a pasear al perro –contestó Jo, aunque no era de su incumbencia.
–¿Que se ha comprado un perro? –inquirió la mujer airada.
–No, el perro es mío. Y, señora Devlin… Mire, Mac está tan volcado en escribir ese libro que corre el riesgo de enfermar.
–¿Y qué? ¡Pues que enferme! –le gritó la mujer–. ¡Se merece sufrir por el sufrimiento que nos ha causado!

¿Cómo podía alguien destilar tanto veneno? Comprendía que estuviese dolida por lo ocurrido y que estuviese luchando por que su hijo tuviese los mejores cuidados, pero… ¿culpar a Mac de esa manera? Aquello estaba mal, muy mal.

Claro que decirle eso a aquella mujer no serviría de nada. La señora Devlin no atendería a razones. A menos… a menos que temiese que la gallina de los huevos de oro fuera a dejar de poner huevos.

–Si Mac enferma, señora Devlin, se quedarán sin el dinero que les da para el tratamiento de Ethan.

–¿Cómo se atreve a…?

–Lo único que estoy haciendo es exponerle los hechos. Quiere que Mac sufra, eso me ha quedado claro, pero si enferma no podrá terminar el libro y el editor no le pagará. Su hermano me ha enviado para que me asegure de que come tres veces al día y de que sale regularmente a tomar un poco de aire fresco y a hacer ejercicio.

–¿Qué está intentando decirme? –inquirió la mujer en un tono tirante.

–Lo que estoy diciéndole es que, al menos por el momento, tendrá usted que decidir entre sus deseos de venganza y el bienestar de su hijo. Y si escoge lo segundo, entonces le sugiero que rebaje un poco las dosis de veneno.

La señora Devlin colgó el teléfono.

–Bueno, no ha ido tan mal… –murmuró Jo con una mueca, y colgó también.

Capítulo 6

MAC encontró a Jo en la cocina, y abrió la boca para compartir con ella el sorprendente descubrimiento que acababa de hacer, pero ella se le adelantó.

–Te han llamado por teléfono –le dijo sin más preámbulos.

Estaba muy seria, y un sudor frío perló la nuca y el labio superior de Mac. Solo había una persona que lo llamaba al teléfono fijo.

–Era la señora Devlin –le confirmó Jo.

–¿Cómo…? –Mac tragó saliva–. ¿Cómo está Ethan? –inquirió preocupado.

–No me lo ha dicho.

Mac sintió como si alguien le hubiese colocado un pesado yunque sobre los hombros. Acercó la silla más próxima y se dejó caer en ella.

–¿Quería que le devolviera la llamada?

–Tampoco me lo ha dicho.

Mac se quedó mirándola, y Jo, que estaba acabando de enjuagar unos platos, colocó el último en la rejilla y se volvió por fin hacia él.

–Me colgó –dijo encogiéndose de hombros.

Mac cerró los ojos y maldijo para sus adentros. Imaginaba la conclusión que habría sacado Diana Devlin al ver que una mujer contestaba el teléfono. Cuando volvió a abrir los ojos se encontró con que Jo le había puesto delante, sobre la mesa de la cocina, un vaso de agua. Bebió hasta apurarlo.

–No es un dechado de simpatía, ¿eh? –comentó ella.

–Jo, ha pasado los últimos meses temiendo por la vida de su hijo, y ahora teme por su futuro. No tiene muchos motivos para estar alegre.

–Tonterías –replicó ella mientras secaba los platos con un paño–. Su hijo está vivo, ¿no? Eso ya es algo por lo que puede estar agradecida. Y se está recuperando, ¿no? Otro motivo por el que también debería estar agradecida.

–Sí, pero le quedarán cicatrices de por vida.

–¡Por amor de Dios!, no vamos a volver a tener esta discusión. Su familia y sus amigos lo seguirán queriendo tenga el aspecto que tenga –le espetó Jo.

Mac suspiró, y se levantó. Tenía que llamar a la señora Devlin. Subió arriba y entró en la habitación que usaba como estudio para telefonearla.

Mientras esperaba, sentado frente a su escritorio a que contestara,

sus ojos se posaron en las cortinas descorridas. Iba a levantarse a correrlas, pero se detuvo. No era un crimen que entrara un poco de luz y de sol, y la señora Devlin tampoco iba a enterarse de si tenía las cortinas abiertas o cerradas.

–¿Sí?

–Señora Devlin, soy Mac. ¿Cómo está?

La mujer no contestó. Normalmente habría hecho un comentario sarcástico, como «¿Cómo quiere que esté, sentada todo el día junto a la cama de mi hijo convaleciente?». Mac agradeció su silencio, y añadió:

–Creo que ha llamado usted antes.

Estaba seguro de que iba a exigirle explicaciones de quién era la joven que había contestado al teléfono y qué estaba haciendo en su casa. Incluso se imaginó su respuesta sarcástica cuando le dijese que era su empleada del hogar. Algo como: «Ya, claro, algunos pueden permitirse pagar a alguien que les friegue y les guise».

Sin embargo, lo único que dijo fue:

–Sí, llamaba para decirle que ya nos han llegado las facturas del hospital de este mes.

Mac cerró los ojos con fuerza. Cuando hubiese pagado esas facturas su cuenta corriente se quedaría tiritando, y para recibir el adelanto que le había pedido al editor, este le había dicho que tendría que mandarle una parte sustancial del libro. Después de eso… Tragó saliva. Bueno, si fuese necesario podía vender su coche, su apartamento de Sídney y aquella casa.

–¿Malcolm?

La voz de la señora Devlin lo sacó de sus pensamientos, y de pronto se dio cuenta de que, si bien seguía sin denotar simpatía hacia él, era la primera vez que no sonaba estridente.

–Sí, la he oído. Envíeselas a mi abogado como siempre, por favor; yo me encargaré de pagarlas. ¿Cómo está Ethan? –le preguntó vacilante, y con el corazón palpitándole con fuerza.

–Tan bien como puede estar, dadas las circunstancias.

Era la respuesta que le daba siempre. Mac no le pidió que le mandara saludos a Ethan de su parte. Nunca lo hacía; la señora Devlin le había dejado muy claro que su hijo no quería tener trato alguno con él después de lo ocurrido.

–¿Y cómo…? –la señora Devlin se aclaró la garganta–. ¿Cómo está usted?

A Mac casi se le cayó el teléfono de la sorpresa. Hasta entonces jamás le había preguntado cómo se encontraba.

–Pues… pues estoy esforzándome por sacar adelante el libro –contestó vacilante.

–Ya. Adiós, Malcolm.

–Eh… adiós.

Mac se quedó atónito mirando el teléfono. Normalmente la señora Devlin le colgaba sin despedirse. ¿Qué estaba ocurriendo allí? Dejó el teléfono en la mesa y se pasó una mano por el cabello. ¿Podría ser que Jo le hubiese dicho algo? Tal vez, como las dos eran mujeres, había surgido un entendimiento entre ellas y… De pronto Mac recordó el comentario de Jo: «No es un dechado de simpatía, ¿eh?» y maldijo para sus adentros.

Volvió abajo, a la cocina, pero Jo no estaba allí. Se puso a buscarla y finalmente la encontró fuera, arrodillada en el césped junto al porche, arrancando con un pequeño rastrillo hierbas de un arriate con rosales.

–¿Qué le dijiste a la señora Devlin?

–¿Que qué le dije? –repitió ella sin mirarlo–. Pues le dije que se metiese el mal genio por donde le cupiese.

–¡¿Que tú qué?! –Mac se dejó caer en el primer escalón del porche y apoyó la cabeza en sus manos–. ¿Pero en qué estabas pensando, Jo? Esa pobre mujer lo ha pasado fatal con todo esto y…

–Se lo dije de buenas maneras.

Mac levantó la cabeza.

–No se lo dije exactamente con esas palabras –matizó Jo–. Dio por sentado que era una de tus «amiguitas», y como no me gustó nada esa insinuación, le puse los puntos sobre las íes. Y luego, cuando empezó a meterse contigo, diciendo que no te merecías el lujo de tener una empleada del hogar, yo… –se encogió de hombros.

–¿Tú qué?

–Pues le dije que estabas trabajando tanto que corrías el riesgo de caer enfermo, y que si eso pasaba se quedaría sin la gallina de los huevos de oro.

Mac contrajo el rostro.

–Por favor, dime que no se lo dijiste con esas palabras.

–Bueno, creo que no –Jo interrumpió su tarea para mirarlo–. Ha estado enfocando las cosas de una manera equivocada, igual que tú.

A Mac se le secó la boca. ¿Qué más le habría dicho a aquella pobre mujer?

–Le dije que tenía que escoger entre sus deseos de venganza y lo que es mejor para su hijo –añadió Jo.

Mac apretó la mandíbula.

–Preferiría que hubieses mantenido la boca cerrada.

Jo se levantó y puso los brazos en jarras.

–¿Es que no te das cuenta de que te está utilizando como a un saco de boxeo? Y lo que es peor; tú estás dejando que lo haga.

Mac se levantó como un resorte.

–Por mi culpa su hijo está hospitalizado; ¡lo menos que puedo hacer

es ayudarlo! –le espetó enfadado.

–¡No es culpa tuya! Y ahora me dirás que también eres culpable de que haya hambre en el mundo, ¿no?

–No seas ridícula.

–A ver, ¿qué es lo que hiciste que fuera tan grave? Le gritaste a un ayudante. Y aunque no hubiera sido parte de la dinámica del programa, a todo el mundo le ha gritado su jefe alguna vez. También podríamos acusar a Ethan de ser un miedica sin carácter. Fue él el patoso que dejó caer una bandeja de marisco con hielo en un perol con aceite hirviendo.

Mac no podía creer lo que estaba oyendo.

–Si tú vas bajando las escaleras y yo te grito en ese momento y tropiezas y te tuerces el tobillo, ¿también iba a ser culpa mía? –le espetó Jo–. Yo no lo veo así.

–Eso es distinto, ¡porque tú y yo estamos al mismo nivel! –replicó Mac–. En el plató yo estaba por encima de ese chico y…

–Ah, sí, y esa es otra cosa que está empezando a hartarme: no haces más que referirte a Ethan como «ese chico». Pero tiene diecinueve años; es un hombre A esa edad puede votar, y elegir en qué quiere trabajar. Y eligió trabajar contigo. Quería ser parte de tu equipo.

Mac alzó la barbilla con obstinación e irguió los hombros. Nada de eso suponía diferencia alguna.

–Pero tú te niegas a tener en cuenta nada de eso, ¿verdad? –continuó Jo–. Para ti es mucho más fácil seguir como hasta ahora.

Algo dentro de él estalló.

–¿Más fácil? –estaba temblando de ira–. ¡Dime en qué sentido nada de esto es fácil para mí! –le gritó–. Cada día, cada condenado día, tengo que luchar contra el impulso de hacer cosas como salir a dar un paseo en mi deportivo, como bajar a la playa y disfrutar de la sensación del agua salada en mi piel, o como ir a la cocina a probar una nueva receta que se me acaba de ocurrir. Y por si eso fuera poco, estoy encadenado el día entero a mi ordenador, escribiendo un libro que no me siento cualificado para escribir, y que es un verdadero tormento para mí.

–Para ti todo eso es más fácil que afrontar las consecuencias del accidente –le respondió Jo.

Un sudor frío perló la frente de Mac.

–Y es más fácil que intentar rehacer tu vida –añadió Jo.

No tenía una vida, y mientras Ethan continuara hospitalizado, tampoco se la merecía.

Jo soltó una risa amarga, como si le hubiese leído el pensamiento.

–¿De verdad te sientes responsable hasta ese punto por lo que le

pasó a Ethan?

Mac no se dignó a contestar esa pregunta.

–Pues te diré que el haberte encerrado aquí, el haberte cerrado al mundo, también es mucho más fácil que encontrarte cara a cara con Ethan, que ser testigo de su lucha por recuperarse, que ofrecerle el verdadero apoyo moral que le daría un amigo.

Mac tragó saliva y respondió:

–Sé de buena tinta que Ethan no quiere ni verme.

–Su madre no es una fuente fiable, y si crees que lo es, es que eres tonto. ¿Has hablado siquiera con Ethan?

No, no lo había hecho. Su madre le había exigido que lo dejase tranquilo. Y tal vez fuera un cobarde, pero la verdad era que tampoco se atrevía a hablar con él. No se veía capaz de afrontar las recriminaciones que sin duda le haría.

–Hay otra cosa más que quiero preguntarte –le dijo Jo, subiendo los escalones del porche. Se detuvo al llegar arriba y se volvió–. ¿Qué clase de calamidad crees que ocurriría si te dieses una vuelta en el coche, o fueses a darte un chapuzón en el mar, o te metieses en la cocina y preparases una comida deliciosa? No, no contestes; solo era una pregunta retórica –murmuró.

Y entró en la casa, dejándolo allí plantado.

Suerte que no esperaba de él una respuesta, pensó Mac, porque no habría sabido qué responderle.

–Llegas justo a tiempo para la cena; siéntate –le dijo Jo a Mac sin mirarlo, cuando este entró en el comedor.

–Con una condición.

Jo dejó en la mesa las dos fuentes que tenía en las manos, una con patatas al horno y otra con judías verdes rehogadas, y se volvió hacia él.

–¿Cuál?

–Que a partir de este momento firmamos una tregua, y que los dos prometemos no gritar al otro durante la próxima hora.

La tensión se disipó de los hombros de ella.

–Que sean dos y cerramos el trato.

Mac esbozó una media sonrisa y tomó asiento.

–¿Has tenido algún problema con las indicaciones de mi receta?

–Creo que no, aunque hasta que no pruebes el resultado no lo sabrás.

Jo fue por los entrecots, y le puso delante el plato con un nerviosismo inusitado en ella.

Mac se sirvió patatas y judías, mientras Jo, cortó un trozo de entrecot, aderezado con la salsa bearnesa y se lo llevó a la boca.

«Umm…». Cerró los ojos mientras lo paladeaba. La salsa estaba para morirse; en cuanto el libro saliese a la venta ella haría cola para comprarlo.

–Tu entrecot está demasiado hecho –observó Mac.

–Prueba el tuyo –le dijo Jo.

Mac lo probó.

–¿Y bien?

–Está perfecto.

–Para ti, tal vez –contestó Jo arrugando la nariz–. A mí me gusta muy hecho; no poco hecho, como parece que a ti te gusta.

–No está poco hecho; es el punto exacto que debe tener un entrecot.

–¿Y qué te parece la salsa?

Mac frunció el ceño.

–La has calentado demasiado tiempo y por eso ha empezado a desligarse.

¿En serio? Jo se quedó mirando la salsa en su plato.

–Es una lástima que no tuviéramos vinagre de estragón, y le has puesto demasiada cebolla, pero solo un gourmet se daría cuenta.

Miró otra vez su entrecot y volvió a fruncir el ceño, pero Jo no iba a dejarse desanimar.

–Relájate, Mac –le dijo alcanzando la fuente de las judías–. La verdad es que estoy bastante satisfecha con mis esfuerzos, y creo que ese era el objetivo, ¿no? Quiero decir que la gente que pruebe tus recetas las ajustarán a sus propios gustos, como he hecho yo con mi entrecot.

Mac se irguió en el asiento, como si sus palabras lo hubiesen sacudido.

–Supongo que tienes razón –concedió–. Nadie va a juzgar sus platos dándoles una puntuación ni nada de eso.

Jo asintió mientras intentaba no fijarse en sus seductores labios, y trataba de ignorar el olor a coco de su pelo, aún húmedo por la ducha que acababa de darse. Ese pelo que le había parecido tan suave al enredar los dedos en él, cuando se habían besado.

Tomó su vaso de agua y se lo bebió entero.

–Sí, mientras la gente que compre el libro se quede satisfecha, todo lo demás no importa –añadió Mac, sonriendo de repente.

El corazón de Jo dio un brinco, y comenzó a latir deprisa y con fuerza. ¿Por qué, por qué tenía ese efecto en ella?

–Bueno, ¿y cómo va tú búsqueda de vocación? –le preguntó Mac–. ¿Tienes ya alguna idea de qué es lo que quieres hacer?

Aquello se había convertido en una costumbre. Durante la cena Mac le hacía esa pregunta, y le lanzaba alguna que otra sugerencia.

–No, sigo sin decidirme.

–¿Qué tal chef?

Jo arrugó la nariz.
–Para eso tendría que gustarme la cocina.
–¿Y no te gusta?
–Es demasiado compleja para mi gusto.
–¿Y qué tal jardinera?
–Es agradable pasar una o dos horas trabajando en el jardín, pero… ¿un día entero? ¿O la semana entera mes tras mes? No, gracias.
Bandit entró en el comedor en ese momento y una sonrisa enigmática asomó a los labios de Mac.
–¿Y criadora de perros? –le sugirió–. Por cierto que esta mañana, cuando bajé a la playa, descubrí algo: Bandit, en realidad, es «Bandita».
–¿Eh?
–Que es una perra, no un perro.
Jo se quedó boquiabierta.
–¿Me estás tomando el pelo?
–No, hablo en serio. Acababa de lanzarle la pelota y me la había traído. Estaba acariciándole el pelo y diciéndole: «¡Buen chico, Bandit», cuando se echó en la arena boca arriba para que le rascara la tripa. Y fue entonces cuando me di cuenta. Supongo que no se te ocurrió comprobar si era perro o perra cuando la trajiste.
Jo se quedó mirando al animal de hito en hito.
–Pues no, la verdad es que no. En fin, tiene tanto pelo que no es algo que… bueno, que salte a la vista –se cruzó de brazos y frunció el ceño–. Y ese pobre anciano me dijo que era un perro.
–Sospecho que ese «pobre» anciano te ha embaucado.
–¿Pero por qué? ¿Qué más da que sea perro o perra? A mí desde luego me da igual y…
Jo se calló cuando Mac se echó a reír. Parecía alguien completamente distinto cuando se reía.
–¿De qué te ríes?
–Me río porque además de haber descubierto que no es perro sino perra, sospecho que también está preñada.
–¿Eeeeh?
–Sí.
–¿O sea que su dueño solo estaba intentando cargarle el mochuelo a algún incauto?
–Bingo.
Y ella había sido la incauta. Miró a Bandit y luego a Mac.
–Entonces… ¿vamos a tener cachorritos?
–Eso parece.
Cachorritos… Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Jo, pero un pensamiento cruzó por su mente y se puso seria.

–¿Y si me mintió en algo más? A lo mejor no le han puesto todas las vacunas que tienen que ponerle –soltó los cubiertos y dijo–: Mañana mismo voy a llevarla a un veterinario para que le haga un chequeo completo.

–Será lo mejor –asintió él.

Jo sonrió satisfecha, pensando de nuevo en los cachorritos, y continuó comiendo.

–Bueno, creo que no lo he hecho mal del todo, ¿no? –le preguntó a Mac, señalando su plato.

–No, por supuesto que no –respondió él, pero rehuyó su mirada al decirlo.

Jo suspiró e intentó animarse pensando que aún tenía mucho tiempo por delante para aprender a hacer la pirámide de macarrones. «No se hizo Roma en un día».

–¿Qué diablos estás intentando hacer?

Jo se volvió al oír a Mac. Bandit se escabulló de entre sus brazos y se alejó. Jo gruñó de pura desesperación.

–Estoy intentando subirla a La Bestia para llevarla al veterinario –dijo señalando el todoterreno–, pero no hay manera. Y si vas a burlarte diciendo que manda más ella que yo, te pondré varitas de merluza para cenar.

Mac levantó las manos.

–No iba a burlarme. Y te iba a proponer que hicieras un soufflé de queso; te he dejado la receta en la encimera de la cocina.

–Ah. ¿Hace falta algún ingrediente que no tengamos?

–No, pero necesitarás estos para otras recetas que pienso darte en los siguientes días –dijo Mac, tendiéndole una lista. Luego se volvió y llamó a Bandit chasqueando los dedos–. ¡Ven, bonita!

La perra acudió de inmediato, y Jo frunció el ceño cuando Mac le dijo «¡Arriba!», dando unas palmadas en el asiento trasero del vehículo y Bandit saltó y se echó allí sin protestar.

–Ya está –dijo volviéndose hacia ella–. Bueno, pues hasta luego.

Pero apenas echó a andar cuando Bandit se bajó del todoterreno y lo siguió.

Jo carraspeó y Mac se volvió.

–No, Bandit –dijo sacudiendo la cabeza–. Tienes que ir con Jo, venga.

Esa vez, cuando la perra hubo subido al vehículo, Mac cerró la puerta, pero nada más darse la vuelta empezó a aullar de un modo lastimero.

–No llores, preciosa –dijo Jo, metiendo el brazo por la ventanilla para darle unas palmaditas–. No pasa nada.

Pero Bandit siguió gimiendo y aullando. Jo se giró hacia Mac.

–Está preñada, y supongo que igual que pasa con una mujer embarazada, no le conviene estresarse.

Mac se encogió de hombros.

–¿Y qué esperas que haga yo?

–Bueno, creo que es evidente.

–¿El qué?

–Que vas a tener que venir con nosotras.

El rostro de Mac se ensombreció. No quería que lo viera la gente.

–Eso es imposible.

Jo se quedó mirándolo, suspiró, y abrió la puerta para que Bandit bajara. La perra saltó aliviada del vehículo.

–Lo siento, preciosa –murmuró Jo, alargando la mano para acariciarla.

El animal se apartó, yendo a refugiarse junto a Mac, y a Jo le entraron ganas de llorar.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó él.

Jo sacudió la cabeza.

–No voy a hacerle pasar un mal trago en su estado –respondió–. Podría hacerse daño, o tener un aborto, y no quiero ser responsable de eso.

Pasó junto a Mac, en dirección a la casa, intentando mantener la cabeza alta.

–Pero… Pero… –balbució él.

Jo se detuvo y se volvió, pero él no dijo nada.

–¿Estás esperando que me meta contigo? Porque si es eso lo que estás esperando, vas a tener que esperar bastante. Ya eres mayorcito, Mac. Tú sabes lo que está bien y lo que está mal –le espetó Jo–. Voy a reservar mis energías para cuando me marche y tenga que bregar no solo con Bandit sino también con los cachorros.

Con lo que se había encariñado con Mac eso sería aún más traumático para Bandit, se dijo, y ese pensamiento la hizo sentirse aún peor.

–No puedes llevártela –murmuró Mac, yendo tras ella cuando echó a andar de nuevo hacia la casa–. Este sitio le encanta y… Mira, Jo, sé que es injusto, pero se ha formado un vínculo muy fuerte entre nosotros. Yo no pretendía que pasase, pero… Hagamos un trato: tú te quedas con los cachorros y Bandit se queda aquí conmigo. Te prometo que la cuidaré.

–¿Que la cuidarás? –le espetó Jo parándose en seco y volviéndose hacia él. Sus ojos relampagueaban–. ¡Si no eres capaz siquiera de llevarla al veterinario! Bajo mi conciencia no puedo dejarla aquí, por más que te adore y a mí apenas me tolere.

Mac dio un paso atrás y apretó los labios.

–No sé por qué esperaba algo más de ti –añadió Jo–. Ni siquiera fuiste capaz de visitar a tu hermano cuando estuvo en el hospital.

Mac se quedó de piedra, pero Jo no retiró sus palabras. Era evidente que no había sitio en su vida para la compasión, ni para el cariño o la responsabilidad hacia su hermano. Lo copaba todo ese sentimiento de culpa que él mismo había fabricado. Jo se dio la vuelta y entró en la casa, sin saber por qué le dolía tanto el corazón.

Capítulo 7

JO ESTABA contando los huevos que necesitaba para hacer el soufflé cuando oyó voces fuera. ¿Voces? Levantó la cabeza y frunció el ceño. Imposible. Mac no había recibido ni una sola visita desde el día en que había llegado.

Abandonó la cocina y siguió las voces hasta la puerta principal, que estaba entreabierta, y a través de la rendija vio a Mac de pie frente a la casa, con Bandit a su lado, mientras charlaba con un desconocido. No parecía incómodo en absoluto, a pesar de sus cicatrices. ¿Podría ser que fuese un viejo amigo?

Se fijó en que el hombre llevaba un maletín, como el de un médico. ¿Un médico? De pronto cayó en la cuenta: ¡no era un médico, era un veterinario! ¡Mac había llamado a un veterinario!

Reprimió el impulso de correr a abrazarlo, se alisó la blusa, y salió al porche como si lo que estaba ocurriendo fuese lo más normal del mundo. Tal vez fuese el comienzo, tal vez Mac estuviese empezando a enfrentarse al temor de que los demás lo rechazasen por su aspecto.

–Me pareció oír voces –dijo bajando los escalones de la entrada.

–Jo, este es Daniel Michener, el veterinario de la zona. Ha venido a hacerle un reconocimiento a Bandit.

–No sabe cómo se lo agradezco –dijo ella estrechándole la mano.

–Tengo entendido que la adoptó y que no sabe nada sobre su historial médico –dijo el hombre.

Jo torció el gesto.

–Sí, bueno, me dijeron que era un macho de siete años, que tenía implantado su microchip correspondiente, que estaba vacunado y esterilizado, pero luego nos hemos dado cuenta de que es hembra, así que ya no me creo nada.

El veterinario se rio.

–Ya. Bueno, vamos a echarle un vistazo.

Mac hizo las veces de ayudante, calmando a Bandit y convenciéndola para que ayudase al veterinario y se dejase hacer. Jo se estremeció por dentro cuando lo vio acariciar con esa mano grande y fuerte la espalda del animal, mientras le hablaba en un tono suave y tranquilizador.

Después de examinarla, el veterinario confirmó que estaba completamente sana.

–Por sus dientes yo diría que tiene unos tres años –les explicó

mientras cerraba su maletín–. Tendrá los cachorros dentro de un mes más o menos, y no es su primera camada, así que probablemente será una buena madre.

–¿Y se puede saber cuántos cachorros tendrá? –le preguntó Jo.

–Esta raza de perro suele tener entre cuatro y ocho cachorros por camada.

¡Ocho! Jo no podía creer lo que estaba oyendo. El perro que había adoptado había resultado ser una perra, y cabía la posibilidad de que vinieran en camino ocho cachorros…

El veterinario le dio la factura y se despidió de ellos.

–¿No vas a dejar que Bandit se quede conmigo? –le pidió Mac sin preámbulos cuando se quedaron a solas–. Te prometo que cuidaré de ella, de verdad.

Lo de llamar al veterinario en cierto modo había sido trampa, pero era un primer paso.

–Está bien –claudicó Jo con una sonrisa.

Mac sonrió también y le quitó la factura de la mano.

–Como ahora es mía, la pagaré yo –dijo–. Pero los cachorros, como acordamos, serán todos para ti –añadió antes de entrar en la casa, con Bandit tras él.

Jo se llevó las manos a la cabeza. ¿Qué iba a hacer con tantos cachorros? Bueno, tal vez Russ querría quedarse con uno cuando se hubiese recuperado de la operación. Se suponía que las mascotas tenían un efecto terapéutico en las personas, ¿no? No, lo que necesitaba Russ era que su hermano lo visitara, pensó con un suspiro.

Mientras examinaba el soufflé de queso que Jo había puesto en la mesa del comedor, la mente de Mac estaba en otras cosas. Al día siguiente haría ya una semana que Jo estaba allí, y no podía dejar de preguntarse qué iba a decirle a su hermano de él.

Cuando alzó la vista hacia ella, Jo se secó las manos en las perneras del pantalón.

–¿Y bien?, ¿me das el aprobado?

Mac volvió a centrar su atención en el soufflé.

–A primera vista sí; tiene buen color.

Jo se cruzó de brazos y entornó los ojos, como si supiese que no estaba siendo sincero.

–Está bien, está bien –la apaciguó levantando las manos–. Si fueras uno de mis aprendices esperaría que te hubiese salido más alto y esponjoso, pero no lo eres. Además, es la primera vez que preparas un soufflé, ¿no?

–Sí.

–Pues entonces desde luego tienes mi aprobado.

Jo se sentó y le indicó con un ademán que hiciera los honores. Mac aspiró el aroma del soufflé caliente.

–Huele bien.

Les sirvió a los dos, pero ella se quedó esperando a que lo probara.

–¿Y bien? –le preguntó impaciente, cuando hubo tomado un bocado.

De acuerdo, sería sincero con ella.

–Un soufflé bien hecho habría quedado más ligero. Probablemente tendrías que haber batido las claras un poco más. Pero para ser tu primer intento lo has hecho muy bien.

Jo se acercó su plato para probarlo también y se encogió de hombros.

–No acabo de entender la diferencia entre batir, batir a punto de nieve y todas esas tonterías.

No eran tonterías.

–¿Crees que ayudaría que pusiera un glosario definiendo esos términos en el libro?

–Sí, ya lo creo que sí; a mí desde luego me vendría muy bien.

Hecho.

–Y a lo mejor también podrías concretar cuánto tiempo hay que batir las claras.

–Bueno, es que eso depende del tamaño de los huevos, de la temperatura ambiente, de la humedad del aire y otros cuantos factores más.

Jo se quedó mirándolo, como si le estuviese hablando en chino, y los ojos de Mac se posaron en sus tentadores labios. Ojalá pudiera ignorarlos… Ojalá pudiera olvidar los suaves que eran y el fuego que habían desatado en su interior…

–¿Mac?

Al oír su nombre, él dio un respingo.

–¿Eh? ¿Qué?

–Te estaba diciendo que a lo mejor también podrías incluir una foto del aspecto que deberían tener unas claras batidas a punto de nieve.

Mac estaba anotándolo en su libreta cuando se dio cuenta de que Jo se había quedado mirándolo.

–¿Qué? –inquirió, levantando la vista hacia ella.

–¿No quieres saber qué voy a decirle a Russ mañana, cuando hable con él?

Mac no pudo fingir que no le importaba. Le importaba, y mucho. Tragó saliva y le preguntó:

–¿Qué vas a decirle?

Jo esbozó una sonrisa traviesa.

–Pues voy a decirle que eres uno de los hombres más cabezotas que

he conocido. Y que cada cosa que te digo me la rebates. Y que cuando estás trabajando y te interrumpen te pones de muy mal humor. Y que me has robado a mi perra.

Nada relativo al estado de absoluta dejadez en que lo había encontrado. Mac respiró aliviado.

–Gracias. Ahora mismo te daría un beso.

–Eso… mejor no se lo diré –bromeó ella.

Los recuerdos del beso que habían compartido asaltaron a Mac, y supo que Jo también estaba pensando en eso, porque sus pupilas se dilataron como aquel día. «No lo hagas, no la beses otra vez», se ordenó, pero Jo tenía entreabiertos los labios y su respiración se había tornado ligeramente entrecortada.

Apartó la vista de él y tomó un sorbo de agua, pero, a pesar de la tenue luz, a Mac no le pasó desapercibido el rubor en sus mejillas. Intentó buscar algo que decir.

–¿De verdad te molesta que me quede con Bandit?

–Me da rabia que te prefiera a ti –admitió Jo mientras seguían comiendo–, pero estoy muy ilusionada con lo de los cachorros –se quedó callada un momento–. ¿Puedo hacerte una pregunta?

–Solo si me dejas que a cambio te haga una yo también.

–Hecho.

Mac se tensó un poco, porque estaba seguro de que la de Jo no iba a ser una pregunta fácil. Pero bueno, tampoco lo era la que él quería hacerle.

–Dispara.

–¿Por qué te niegas a visitar a Russ?

Debería haber imaginado que le preguntaría eso, pensó pasándose una mano por la cara.

–Le prometí a la señora Devlin que me mantendría al margen, alejado de los medios hasta que a Ethan no le diesen el alta, y los reporteros me perseguirían como una jauría de perros a una presa si fuera a Sídney y lo descubrieran.

Jo abrió la boca para llevarle la contraria, pero Mac la interrumpió.

–Se enterarían; por mucho que intentara llevarlo en secreto.

–¿Y por qué le hiciste una promesa así?

–Porque todo el revuelo mediático que había en torno a mí y el accidente estaba disgustando a Ethan.

–Y tú querías hacer lo que pudieras para que estuviese tranquilo.

Mac asintió.

–Bueno, ¿y qué querías preguntarme tú a mí? –inquirió Jo.

–Pues… –Mac se irguió en su asiento–. Lo que quiero saber es… ¿Por qué estás tan convencida de que no tienes ningún atractivo? ¿Quién o qué te hizo sentir así?

Jo apartó la vista y jugueteó con el dobladillo de su mantel.

–Cuando estaba en el colegio, y luego en el instituto, mis compañeros se burlaban de mí y me llamaban «giganta» –comenzó a explicarle, rodeando con las manos su vaso–. Lo de ser alta tenía sus cosas buenas, como cuando me elegían la primera para jugar al baloncesto, pero cuando había un baile siempre era de las que me quedaba sin pareja. Ningún chico quería ir al baile con una chica más alta que él.

Mac contrajo el rostro. Los niños y los adolescentes podían ser muy crueles.

–A los diecinueve años, cuando ya estaba en la universidad, me enamoré perdidamente de un chico que estudiaba Química. Pensé… pensé que él también sentía algo por mí –los nudillos se le habían puesto blancos de la fuerza con la que estaba apretando el vaso–. Pero al final resultó que solo estaba conmigo por una apuesta que había hecho con sus amigos: el que llevase a la chica más fea a la fiesta de Navidad, ganaría.

Mac no podía dar crédito a lo que estaba oyendo.

–¿Me estás diciendo que él…?, ¿que te…? –no podía acabar ninguna frase; estaba temblando de ira por dentro.

–Algunas de las otras chicas y yo nos enteramos de lo que tramaban y los dejamos plantados antes de la fiesta, pero…

Pero habían hecho que dudara de su atractivo. Y había estado dudando desde entonces, concluyó Mac para sus adentros.

–No quiero seguir hablando de esto –le dijo Jo–. Ya he contestado a tu pregunta, así que si no te importa preferiría que dejáramos aquí la conversación.

–¡No! –estalló él, levantándose de su silla–. No puedo creer que permitieras que un puñado de imbéciles inmaduros te hicieran sentir fea, que te hicieran creer que no valías nada. Eres preciosa y vales mil veces más que todos ellos.

–Cuando vayas a visitar a Russ podemos seguir hablando de esto todo lo que quieras; pero hasta entonces… me gustaría que dejaras el tema.

Jo se levantó también y se llevó los platos a la cocina. Mac habría querido seguirla, zarandearla por los hombros y convencerla de que estaba equivocada, pero sabía que si lo hiciera acabaría besándola de nuevo, y esa vez ninguno de los dos sería capaz de parar.

Salió al porche, seguido de Bandit. ¡Si en ese momento tuviera delante a esos canallas…! ¡O si pudiera al menos demostrarle lo guapa que era…!

«Puedes hacerlo; ve a ver a Russ. Hazlo por ella», le dijo la voz de su conciencia. Mac se sentó en los escalones con la cabeza entre las manos. ¿Ir a ver a Russ? Quería hacerlo, con todas sus fuerzas, pero

no podía romper la promesa que le había hecho a la madre de Ethan.

* * *

Al día siguiente, cuando Mac le entregó una nueva receta, de pollo al vino, Jo escrutó su rostro, buscando algún signo de lástima por ella, pero no vio ninguno.

Sin embargo, la desconcertó que sus ojos se posasen en sus labios, y la ola de calor que esa mirada provocó en ella. ¿Por qué reaccionaba así su cuerpo? No quería sentirse atraída por él. ¡Y ojalá no le hubiera contado aquella historia tan humillante la noche anterior!

«Vamos, piensa en algo medianamente inteligente que decir», se ordenó, bajando la vista a la receta.

–O sea que… ¿tengo que tenerlo hirviendo a fuego lento durante al menos una hora y media?

–Sí, pero siéntate un momento –le dijo Mac, señalándole la mesa de la cocina con un ademán–. Es muy temprano; no tienes que empezar ya a cocinar.

–Bueno, tengo que cortar todas las verduras, ¿no?

Mac puso encima de la mesa su ordenador portátil y se sentó.

–Ni siquiera tú necesitas cinco horas para trocear el pollo y cortar las verduras. Siéntate, ¿quieres?

Jo obedeció finalmente.

–Muy bien, ya estoy sentada. ¿Qué quieres?

Mac enarcó una ceja. Jo sabía que estaba siendo descortés, pero es que estaba de mal humor y se sentía frustrada.

–Voy a hacerte un test que te dirá cuál puede ser tu vocación.

Jo se entristeció. ¿Tanta prisa tenía por que se fuera de allí? Pero Mac fijó sus claros ojos azules en los de ella y le dijo:

–Tú me estás ayudando, y yo también quiero ayudarte a ti.

Entonces… ¿no estaba ansioso por librarse de ella?

–¿Lista?

Jo se encogió de hombros.

–Supongo que sí.

Mac abrió el portátil y bajó la vista a la pantalla para empezar a leerle las preguntas del test.

–¿Te motivan más los logros o el reconocimiento?

Jo parpadeó.

–Pues… –disfrutaba viendo el resultado de sus esfuerzos, así que respondió–: los logros.

Mac se echó hacia atrás y frunció el ceño.

–¿Estás segura?

Jo lo miró irritada.

–Pues claro que lo estoy.

–¿Y entonces por qué quieres hacer esa pirámide de macarrones para tu abuela? ¿No estás intentando ganarte su reconocimiento y ayudarla a ganar la apuesta con tu tía abuela?

Lo que en realidad quería era poner fin a las diferencias entre ellas. Sabía que se querían; ¿por qué no podían demostrarlo?

–De acuerdo, pues marca «el reconocimiento» –le dijo a Mac.

Él frunció el ceño de nuevo.

–Tienes que tomarte esto en serio.

–Lo estoy haciendo –se defendió ella levantando las manos.

Mac no parecía muy convencido, pero continuó.

–¿Tiendes a confiar en tu experiencia, o en corazonadas?

Jo se sintió tentada de sacar una moneda de su bolso y lanzarla al aire para contestar.

–Eh… En corazonadas.

Mac marcó esa casilla justo cuando estaba a punto de cambiar su respuesta. En fin… Siguió haciéndole preguntas… ¡y había como sesenta! Al final, le dijo la puntuación que había obtenido.

–Y eso significa que podrías ser… ¿exploradora? ¿Qué tontería es esta?

–No sé, el test lo has buscado tú.

–Espera, también dice que serías una buena científica.

–Ya lo soy, y estoy cansada de ser científica, ¿recuerdas?

–No, estás cansada de ser geóloga –la corrigió él–. Podrías volver a la universidad y estudiar una rama distinta.

–Pues ¿qué quieres que te diga?, la idea no me entusiasma demasiado. Además, quiero vivir en la ciudad.

–¿Por qué?

–Para poder ir al cine, a la biblioteca, a centros comerciales… todos los sitios que echaba de menos cuando estuve trabajando en el Outback.

–Bueno, aquí dice que también podrías ser una buena enfermera.

No tenía ningún problema con ver sangre ni nada de eso, pero…

–Odio los hospitales.

Mac palideció de repente y se estremeció, sin duda recordando la experiencia por la que él había pasado.

–Yo también.

A Jo le entraron ganas de abrazarlo, de consolarlo, pero temía que una cosa llevara a otra y acabaran besándose de nuevo.

–Bueno, pues me ha dado unas cuantas ideas –dijo entrelazando las manos en su regazo.

–¿Qué dices?, ¡si es una birria de test!

–Es igual, la intención es lo que cuenta –le dijo ella con una sonrisa.

Y Mac le sonrió.

Capítulo 8

JO SACÓ la bandeja de macarrones del horno y los miró con ojo crítico brazos en jarras. No habían quedado bonitos, como los de la foto que había visto en Internet. Habían quedado agrietados, deformes y planos. ¡Por amor de Dios!, ¿cómo podía ser tan difícil hacer aquellos condenados dulces?

Se inclinó sobre la mesa para releer en su portátil las instrucciones de la receta que había buscado en Internet, pero no lograba averiguar qué había hecho mal. Apretó los puños. Había pasado una semana preparando las recetas de Mac, y le habían salido medianamente bien, así que había pensado que estaba lista para probar suerte con los macarrones. Pero a la vista estaba que no, se dijo llena de frustración, mirando de nuevo la bandeja.

Preparó té y sacó otro cartón de huevos. Lo intentaría todas las veces que fueran necesarias hasta que le salieran bien.

Mac entró en la cocina en ese momento, releyendo un papel que llevaba en la mano y que Jo supuso que sería la receta para esa noche. ¡Yupi, más cosas que cocinar!, pensó con sarcasmo. Sin embargo, ese pensamiento pasó a un segundo plano cuando sus ojos se posaron en los vaqueros gastados de Mac y en lo bien que le sentaban.

Mac levantó la vista, se paró en seco al ver la bandeja de macarrones, y se dio la vuelta para irse.

–¡Ni se te ocurra! –le increpó Jo. Mac se giró y enarcó una ceja–. Siéntate –le ordenó señalándole una silla. Y al ver que no parecía muy por la labor, añadió–: Si es necesario te obligaré a sentarte y te ataré a ella.

Mac parpadeó, y de pronto sus ojos se oscurecieron y descendieron a sus labios.

–Casi me siento tentado de ver si cumplirías esa amenaza –murmuró acercándose a la mesa.

Jo tragó saliva. La verdad era que a ella también se le antojaba tentadora la idea de obligarlo a sentarse y atarlo a la silla. Tomó la bandeja de macarrones y fue junto a él.

–Échales un vistazo.

Mac lo hizo y contrajo el rostro, así que Jo dejó la bandeja en la mesa, sirvió una taza de té y la plantó frente a la bandeja, para ver si así conseguía que se sentara.

–¿Te apetece un macarrón para acompañar? –le preguntó con

sarcasmo.

Mac reprimió una sonrisilla, pero continuó de pie.

–No, gracias.

Jo resopló.

–Por favor, Mac, necesito tu ayuda. ¿No podrías decirme qué he hecho mal? –le suplicó mientras empezaba a cascar huevos, separando las yemas de las claras.

Mac se sentó finalmente y mientras escudriñaba la bandeja Jo sintió un cosquilleo de nervios en el estómago. Tal vez podría matar dos pájaros de un tiro: si conseguía que la ayudase, no solo aprendería a hacer aquellos condenados macarrones, sino que quizá también podría lograr vencer la resistencia de Mac a volver a cocinar.

–Sospecho que no has batido las claras lo suficiente.

Genial, había vuelto a tropezar con la misma piedra.

–O puede que no le hayas echado suficiente azúcar glas. O que la temperatura del horno fuese demasiado alta.

Demasiadas variables. Jo gimió, y le llevó el bol con las claras y la varilla.

–Enséñame cómo debe hacerse –le pidió–. Debe ser que yo no estoy haciéndolo bien.

Mac se tensó y se echó hacia atrás.

–Jo, sabes que yo no…

–Soy capaz de ponerme de rodillas e implorarte –le insistió Jo–. Además, esto no es cocinar; solo te estoy pidiendo que batas unas claras.

Mac claudicó y tomó el bol y la varilla.

–¿No sería más fácil con una batidora eléctrica? –le preguntó Jo, mientras observaba su técnica.

Mac le lanzó una mirada asesina, y Jo levantó las manos diciendo:

–Perdona, perdona… ¿es alguna manía rara de purista o algo así?

Los ojos de él brillaron con humor.

–No. Y sí, sería más fácil con una batidora eléctrica.

–¿Pero?

–Pero la que tengo aquí no tiene varilla para batir claras.

¡Pues eso tenía arreglo! «Mañana mismo a primera hora iré a comprar una», pensó Jo.

–Toma, prueba tú ahora –le dijo Mac, tendiéndole el cuenco y la varilla.

Jo intentó imitarlo y él no torció el gesto al ver su torpeza, pero sospechaba que estaba conteniéndose.

–Solo hace falta un poco de práctica –le aseguró.

Ojalá eso la consolara, pensó ella desanimada, mientras seguía

batiendo.

–¡Por amor de Dios, Jo! –explotó Mac al cabo de un rato–. Es una varilla lo que tienes en la mano, no un martillo.

Jo le tendió el bol y la varilla.

–Enséñame otra vez cómo lo haces tú.

Mac apretó la mandíbula y tomó de nuevo el bol y la varilla.

–Fíjate bien, así es como tienes que hacerlo.

Se le veía tan profesional y tan seguro de sí mismo…, pensó Jo. Podría pasarse el día viéndole batir claras.

–¿Por qué te criaron tu abuela y tu tía abuela? –le preguntó de repente, sin dejar de batir.

–Había una diferencia de edad de veinte años entre mi padre y mi madre. Cuando yo tenía cinco años, ella se fue de casa. Supongo que estaba cansada de pasarse el día con gente mucho mayor que ella. Cuando nos dejó, mi abuela y mi tía abuela Edith se vinieron a vivir con nosotros.

–¿Y sigues viendo a tu madre?

–De cuando en cuando. Vive en el Reino Unido. ¿Aún no están listas? –le preguntó, echándole un vistazo al bol.

–No; compruébalo tú misma –dijo tendiéndole la varilla mientras seguía sosteniendo el bol.

Jo movió la mezcla un poco con la varilla.

–¿Lo ves? Todavía no están lo bastante espumosas.

Jo le devolvió la varilla, y mientras él seguía batiendo, fue a echar el azúcar en el vaso medidor y lo colocó en la mesa, al alcance de Mac.

–¿Y tu padre? –le preguntó él.

Jo arrugó la nariz.

–No estamos muy unidos. Un año después de que nos abandonara mi madre y mi abuela y mi tía abuela se mudasen con nosotros, él se fue también, a un piso de alquiler. Es geólogo. Yo me hice geóloga porque pensé que así tal vez tendríamos algo de lo que hablar. Pero me he dado cuenta de que lo de la geología no es lo mío. Y si mi padre tiene un problema con eso, ¡que se aguante!

Mac dejó de batir y se quedó mirándola.

–Las relaciones no son algo unilateral –le explicó Jo–. Si quiere que tengamos una verdadera relación padre-hija, él también debería hacer un esfuerzo.

Mac asintió y le tendió la varilla de nuevo.

–Toma, comprueba la textura ahora.

Jo hizo lo que le decía.

–¿Notas cómo ahora tiene mucho más cuerpo?

Jo asintió, y al ver que parecía tener intención de marcharse, le

devolvió la varilla para que siguiera batiendo.

–La verdad es que a mi padre lo he dado por perdido. Mi abuela y mi tía abuela Edith son quienes de verdad me criaron, me dieron su cariño, y quienes han estado a mi lado, aun estando enfrentadas.

–¿Y de verdad crees que hacer una pirámide de macarrones pondrá fin a ese enfrentamiento?

–Por probar no pierdo nada.

–No, supongo que no –Mac le tendió el bol–. Ya lo tienes: unas claras a punto de nieve –dijo levantándose.

¡No!, ¡no podía irse! Jo se apresuró a tomar el vaso medidor con el azúcar, e hizo como si fuera a vaciarlo a las bravas sobre las perfectas claras de Mac.

–¿Pero qué haces? –exclamó él, agarrándola por la muñeca para detenerla.

Parecía escandalizado. Jo se hizo la tonta y lo miró con los ojos muy abiertos.

–Iba a añadir el azúcar.

–Pues no se hace así; debes incorporarlo poco a poco –dijo Mac, procediendo a mostrarle cómo se hacía.

Tal vez se había pasado un poco exagerando haciéndose la tonta, pero había merecido la pena; había conseguido que Mac hiciera el siguiente paso de la receta.

–Ya está –dijo Mac, devolviéndole el bol al acabar–. Te dejo –añadió levantándose.

Jo lo miró desesperada.

–No te vayas –le pidió–. Yo estoy ayudándote con lo del libro, ¿no? Lo menos que podrías hacer es quedarte aquí y darme indicaciones.

Mac se cruzó de brazos y un brillo travieso relumbró en sus ojos.

–Lo haré… a cambio de algo.

Jo enarcó una ceja.

–¿De qué?

–De un beso.

El estómago de Jo se llenó de mariposas. Mac sonrió, como si aquello lo divirtiera. ¿Qué se creía, que iba a amilanarse?, se dijo Jo, alzando la barbilla.

–Hecho.

Además, como no había dicho qué clase de beso, se lo daría en la mejilla, se dijo muy ufana, reprimiendo una sonrisa.

–Un beso en los labios –puntualizó él entonces, como si le hubiera leído el pensamiento.

Jo entornó los ojos.

–Creía que pensabas que lo de besarnos no era una buena idea.

–Estaba equivocado; me muero por besarte. De hecho, querría hacer mucho más que besarte.

Sus palabras la hicieron titilar por dentro. Sabía que debería salir corriendo de allí, pero las piernas le temblaban.

–Muy bien, pues un beso en los labios, entonces. Pero las manos quietas. Y no podrás besarme hasta que los macarrones estén en el horno.

–Hecho.

Jo retiró los macarrones fallidos de la bandeja y puso sobre ella otro papel de hornear. Luego tomó una cuchara.

–Te tiembla la mano –observó Mac.

Jo apretó los dientes y le tendió la cuchara.

–Porque cocinar me pone nerviosa. Enséñame cómo haces la forma de los macarrones, ahora que ya tenemos la mezcla.

–No se hace con una cuchara, sino con una manga pastelera.

Mac abrió un cajón, sacó una bolsa de congelados y le cortó con una tijera la punta de uno de los extremos. Jo observó cómo llenaba la bolsa con la mezcla, y luego procedía a formar una hilera de montoncitos redondos sobre el papel de hornear.

–Nos turnaremos –le dijo tendiéndole la manga–. Tú haces la siguiente hilera.

A él no le temblaban las manos y a ella sí. Ese debía ser el motivo por el que sus montoncitos no quedaron tan bien como los de él. Y aunque se reprendió, diciéndose que debería estar atendiendo a sus indicaciones mientras él hacia la siguiente hilera, no pudo evitar admirar sus bonitas manos, y lamentarse por haberle dicho que esperaba que las mantuviese quietas cuando la besara. ¡Con lo maravilloso que habría sido sentir sus dedos recorriéndola!

–Ya está, listos para hornear –anunció Mac cuando ella hubo terminado otra hilera.

A Jo se le disparó el pulso y le flaquearon las rodillas. «No te muestres débil», se dijo tomando la bandeja.

Mac abrió la puerta del horno, ella introdujo la bandeja, y cuando cerró la puerta y se volvió, una enorme sonrisa de satisfacción adornaba el rostro de él.

–Y ahora, me debes un beso.

Nerviosa, Jo puso los brazos en jarras y le espetó:

–No pienso dártelo. No está bien que me hayas chantajeado para conseguir un beso.

–No haber accedido –contestó Mac–. Además, si no me lo das tú, me lo cobraré yo. Y más vale que no me pongas a prueba en eso –añadió divertido–, porque no sabes qué podría pedirte a cambio la próxima vez.

–¿Qué te hace pensar que habrá una próxima vez? Si estos macarrones salen bien, ya no necesitaré más tu ayuda.

–Sí que la necesitarás –replicó él con una sonrisa perversa–, porque todavía tienes que aprender a hacer el relleno… y a montar la pirámide.

Probablemente nada lo había satisfecho nunca tanto como la expresión patidifusa de Jo en ese momento, pensó Mac.

–Eres preciosa, y no te imaginas hasta qué punto te deseo –murmuró dando un paso e inclinándose hacia ella.

–¿Quieres parar de decir eso? Sé que no es verdad; ni siquiera soy bonita.

–Si lo quieres es que me calle, ya sabes cómo hacerlo: no tienes más que besarme –la picó Mac–. Tienes un rostro tan hermoso que ni un poeta podría haberlo imaginado. Y hablando de imaginar… ¿Sabes con qué no puedo dejar de fantasear? –le preguntó en un murmullo–. Con desabrocharte la blusa, liberar tus hermosos pechos, y devorarlos con los ojos hasta que ya no pueda resistir más y tenga que acariciarlos y besarlos y…

De pronto Jo siguió su consejo y atrapó sus labios con los suyos para imponerle silencio. Su mente se quedó completamente en blanco, como si hubiese perdido la capacidad de razonar y ya solo pudiera sentir.

Tomó su rostro entre ambas manos, pero ella se las apartó de inmediato.

–Las manos quietas –le recordó, murmurando las palabras contra sus labios, antes de besarlo de nuevo.

En cambio, fue ella quien lo asió por la nuca con ambas manos para atraerlo hacia sí, e hizo el beso más profundo, enredando su lengua con la de él.

Mac no quería que aquel beso acabase nunca. Besar a Jo lo hacía sentirse vivo; lo hacía sentirse libre.

Cuando ella se apartó finalmente de él, un gemido de protesta escapó de su garganta. Jo se quedó mirándolo, con el pecho subiendo y bajando y las yemas de los dedos apoyadas en sus labios hinchados. Mac alargó una mano hacia ella, pero Jo retrocedió y sacudió la cabeza.

–¿Te he hecho daño? –inquirió él con voz ronca.

Jo dejó caer su mano.

–No, por supuesto que no. Es que… –intentó lanzarle una mirada irritada, pero no resultó muy convincente–. ¿No me habías prometido que te comportarías como un caballero conmigo?

Sí, se lo había prometido.

–Perdona, he perdido la cabeza. Pero es que… lo de que besarnos es

una mala idea… ¡es una chorrada! Me gusta besarte; me encanta besarte. Y creo que deberíamos hacerlo más a menudo.

–No.

–¿Por qué no?

Jo lo miró furibunda.

–Tú mismo dijiste que una relación no haría sino complicar las cosas –le espetó.

Fue a la nevera y sacó un par de latas de Coca-Cola. Puso una en la mesa, que Mac supuso que era para él, y la otra la abrió y tomó un largo trago. Mac no podía apartar los ojos de su garganta, y cuanto más la miraba, más sed tenía, sed de ella.

–Mac, ¿quieres dejar de mirarme así?

–No puedo evitarlo.

Y tampoco quería evitarlo. Fuera o no fuera correcto, quería volver a besarla, y desnudarla, y hacerle el amor.

–Te deseo y me encanta mirarte.

Jo sacudió la cabeza y se pasó una mano por la cara.

–Lo haces a propósito, ¿no? Hacer esto más difícil de lo que ya es.

–Me vuelves loco, Jo, y si de verdad quieres que echemos el freno, por mí bien, pero tienes que saberlo, tienes que saber cuánto te deseo.

–Ya. Pues entonces quien se va de la cocina soy yo.

–No puedes irte; tienes los macarrones en el horno.

–Pues vete tú; llévate a Bandit a dar un paseo, o vuelve al trabajo.

Mac sacudió la cabeza.

–Esta es mi casa; no tengo por qué irme.

Jo alzó la barbilla desafiante.

–Entonces, ¿estás decidido a quedarte conmigo aquí, en la cocina?

Por toda respuesta, Mac se sentó, tomó la lata y la abrió para beber de ella. Jo dejó su lata en la mesa y se sentó también.

–Muy bien. Pues en ese caso te diré algo que he estado pensando acerca de Ethan.

¿Estaba intentando molestarlo para que se fuera? Pues no le iba a resultar tan fácil.

–¿Ah, sí?, ¿el qué?

Jo se quedó callada un momento, escrutándolo, antes de responder.

–Imagina por un momento que tu situación y la de Ethan estuvieran invertidas, que él fuera el jefe, y tú el aprendiz. El otro día, pensando en ello, se me ocurrió que es posible que Ethan esté tan atormentado por la culpa como tú.

Mac se quedó paralizado al oír eso.

–Al fin y al cabo –añadió Jo–, fue él quien vertió esa bandeja de marisco con hielo en el aceite hirviendo. Él fue el causante directo del fuego. Tú sabes que fue un accidente, y yo también, pero… ¿y Ethan?

¿Crees que lo ve del mismo modo? ¿O se sentirá responsable por lo que ocurrió?

La sola idea espantó a Mac.

–No, ¡él no puede pensar eso!

–¿Que no? ¿Cómo te sentirías tú en su lugar? –le espetó ella, señalándolo con el dedo.

A Mac se le secó la boca. ¿Que cómo se sentiría si hubiera sido él el que hubiese dejado caer el marisco con hielo en el aceite hirviendo? Horriblemente culpable. Sus dedos apretaron con tal fuerza la lata de Coca-Cola que llegaron a estrujarla, y el líquido salió a borbotones, derramándose por su mano y por la mesa.

Apenas conocía a Ethan. No habrían cruzado ni veinte palabras, y había tenido la sensación de que, como a la mayoría de los nuevos aprendices, su presencia lo intimidaba.

–Tú quieres que crea que soy guapa –le dijo Jo, pasándole una bayeta húmeda para que se limpiase la mano y secase la mesa.

–Porque lo eres, eres preciosa –insistió él.

–Pues igual que tú, yo quiero que te des cuenta de que no fuiste responsable de aquel accidente.

El corazón de Mac palpitaba con pesadez, le latían las sienes, y le estaba entrando dolor de cabeza.

–Ethan tampoco.

–No, por supuesto que no. No fue más que un horrible accidente. Solo espero que no esté fustigándose por ello como tú –le dijo Jo–. Mira, Mac, acabas de ayudarme a hacer los macarrones. No –se corrigió sacudiendo la cabeza–, haciendo honor a la verdad, has sido tú quien los ha hecho. Y el mundo no se ha venido abajo, ¿verdad?

Mac tragó saliva.

–¿Qué estás intentando decirme?

–Te estoy diciendo que lo llames.

Aquello lo preocupaba demasiado como para dejar las cosas como estaban. Tenía que averiguar si Ethan se culpaba por el accidente, como estaba haciendo él, y si así era tendría que calmarlo y hacerle ver que se equivocaba. Pero su madre había dicho…

–¿Mac?

–No quiero empeorar las cosas.

En ese momento sonó la alarma del horno, y los dos dieron un respingo.

Jo sacó la bandeja del horno y la puso sobre la encimera.

–Mira –dijo señalándola–, los tuyos han quedado perfectos.

Mac se levantó para verlos, y no pudo evitar sentir un cierto orgullo.

–Los míos, no tanto.

–Lo único que necesitas es práctica, Jo.

Ella se encogió de hombros, y señalando la bandeja y a su alrededor con un ademán, le respondió:

–Cocinar es tu vida, Mac; lo adoras.

No podía negarlo. En cuanto Jo le había puesto la varilla en la mano y había empezado a batir las claras se había sentido como si pudiera volar.

–Y estoy segura de que para Ethan es igual.

Se quedaron callados, y Mac recordó entonces qué habían estado haciendo justo antes de empezar esa conversación.

–Casi has hecho que me olvide de lo del beso. Eres muy astuta –murmuró enarcando una ceja. No sabía si estaba enfadado con ella, o si debería estarle agradecido.

Jo suspiró.

–Yo… no imaginé que fuera a surgir esa chispa entre nosotros. Y nunca había experimentado algo tan intenso con alguien a quien he tratado durante un periodo de tiempo tan corto.

Mac se frotó la cara con la mano y Jo se irguió y le dijo, un poco a la defensiva:

–Y no vayas a interpretar que estoy enamorada de ti o alguna tontería semejante, porque no es de eso de lo que estoy hablando. Lo que hay entre nosotros es… No es una amistad, pero tiene parte de eso. Y no es algo puramente sexual, aunque también hay parte de eso –sacudió la cabeza–. Quizá sea porque pasamos todo el día juntos, y porque estamos prácticamente aislados del resto del mundo –alzó la barbilla–. ¿Sabes a lo que me refiero o…?

–Sí, lo sé, sé a lo que te refieres –respondió él, no sin cierta frustración–. Yo tampoco puedo explicarlo, pero es evidente que hay una conexión entre nosotros.

Y no era algo que entrase en sus planes, aunque Jo le gustara.

Jo bajó la vista a sus manos entrelazadas.

–Cuando pienso en algunas de las cosas que te he dicho me avergüenzo de mí misma. Pero es que es como si estuviésemos en una burbuja; es como si no estuviéramos en el mundo real.

Mac se rascó la nuca.

–¿Hay alguna otra cosa que quieras decirme… y que no me dirías si estuviésemos en el mundo real?

Ella se quedó pensativa un momento y asintió.

–Creo que deberías ayudar a Ethan a que se diese cuenta de que tiene futuro, que tiene que intentar mirar hacia delante. A los dos os apasiona cocinar y he pensado que… bueno, a lo mejor a Ethan le gustaría ayudarte con el libro.

–Pero aún está hospitalizado; sigue convaleciente.

Jo hizo como si no lo hubiera oído y añadió:

–Quizá si trabajáis bien juntos podríais hacer vuestro propio programa de cocina en la tele, como tú creas que debería ser.

El corazón de Mac palpitaba con fuerza.

–Nos verían como a un par de personajes deformes salidos de un circo, como el hombre elefante.

–¿Tú piensas eso de Ethan, o de ti, o de otras personas que han sufrido quemaduras?

–No, por supuesto que no, pero la gente puede ser muy cruel.

–Mira, Mac, no haces más que decirme que soy preciosa, y esperas que me lo crea, pero tú en cambio te ves como a un monstruo por más que te diga que no lo eres.

Sus cicatrices eran horrendas; eso no podía negarlo. Y, sin embargo, a Jo su aspecto no parecía repelerla. La miró a los ojos y tragó saliva. Tal vez, igual que ella, otras personas serían capaces de ver más allá.

–Llama a Ethan, Mac. Llámalo para ver cómo está, y dale un motivo para vivir.

Al ver que él no decía nada, se cruzó de brazos y se quedó mirándolo. Pero es que no podía decir nada, porque se le había hecho un nudo en la garganta.

–Prométeme que al menos lo pensarás –le pidió Jo.

Mac asintió.

–Y mañana creo que deberíamos probar algo distinto –añadió Jo–. Mañana bajarás aquí, a la cocina, y prepararás una de tus recetas, me irás dictando los pasos mientras la haces, y yo los iré anotando.

Mac no estaba seguro de si sería capaz de hacerlo. Ella, como si hubiese notado su vacilación, le dijo:

–Creo que ha llegado el momento de que decidas qué es más importante para ti: ese castigo que te has autoimpuesto, o acabar de escribir el libro.

Capítulo 9

AL DÍA siguiente Jo se pasó toda la mañana limpiando para mantenerse ocupada, pero aun así no podía dejar de acordarse del beso del día anterior. Cuando ya no le quedaba nada más por hacer, se sentó fuera, en las escaleras del porche, a mirar el mar, y al poco apareció Bandit y se sentó a su lado.

–¿A ti también te está evitando Mac? –le preguntó, rascándole entre las orejas.

No lo había visto en toda la mañana y eran ya..., miró su reloj, casi las tres. Lo había oído bajar cuando estaba tendiendo la ropa, y por las pruebas del delito que se había encontrado al volver a la cocina, parecía que se había hecho unos sándwiches y había vuelto arriba.

–Como no baje pronto a cocinar una de esas recetas suyas como le dije ayer, Bandit, esta noche le pondré varitas de merluza para cenar.

–Eso sería peor que la muerte.

Al oír la voz de Mac, Bandit se levantó y corrió hacia la puerta. Jo se volvió, pero no de inmediato.

–Buenos días, Jo –la saludó Mac mientras acariciaba a la perra–. ¿Cómo va tu mañana?

–Bien; productiva. Estaba esperando que bajases. ¿No te parece buena idea lo que te propuse ayer?

–No, sí que es buena idea, y vamos a hacerlo.

¡Sí! «Y mañana le daré la lata hasta que me enseñe a hacer el relleno de los macarrones y a montar la pirámide», pensó Jo.

–Sabia decisión –le dijo–; te has salvado de las varitas de pescado.

Mac sonrió levemente, pero luego se puso serio y se sentó a su lado.

–Antes quería que aclaráramos lo del beso de ayer. O al menos de intentar explicarme.

A Jo se le encogió el estómago. Apartó la vista de él y miró al frente. Sabía lo que iba a decirle, el típico discurso a modo de disculpa, para decirle que en realidad no estaba interesado en ella.

–A pesar de lo que te dije ayer, no quiero que te lleves una impresión equivocada.

Lo sabía, lo sabía..., se dijo Jo con amargura. Pero permaneció en silencio. No tenía ánimos para tomar parte en la conversación.

–Me gustas, Jo; me gustas mucho. Y sí, te deseo, pero te mereces mucho más que una relación pasajera.

Sí, claro. Bla, bla, bla.
–Yo quiero más que eso.
Jo frunció el ceño. Eso no solía ser parte del discurso. ¿Dónde quería ir a parar?
Mac golpeó su hombro suavemente contra el de ella y le dijo:
–Quiero más que eso contigo, Jo.
Ella parpadeó.
–¿Es que no vas a mirarme?

Finalmente Jo giró la cabeza hacia él y vio una expresión sincera y vulnerable en sus ojos azules. Tuvo que tragar saliva antes de hablar.
–¿Estás diciéndome…? ¿Estás diciéndome que quieres una relación seria conmigo?
–Sí.
El corazón de Jo empezó a elevarse, como si tuviera alas.
–Pero…
El corazón de Jo se detuvo por un instante. Apartó de nuevo la vista de él.
–¡Por amor de Dios, Jo! –exclamó Mac–. No te estoy rechazando ni nada de eso. Lo que estoy intentando decirte es cómo querría que fuesen las cosas a partir de este punto. Yo… entiendo que puede que no haya sitio para mí en tu futuro. Sé que el que quiera una relación contigo no implica que tú quieras lo mismo.
Jo giró la cabeza hacia él, anonadada, y vio que tenía la cabeza gacha y los puños apretados. Estaba… estaba tenso por lo que ella le fuera a responder. Tragó saliva.
–Tú sabes que yo también te deseo –le dijo.
Mac alzó la vista hacia ella.
–Y sospecho que también sabes que me gustas, ¿no? –añadió Jo.
Mac asintió vacilante.
–Pues entonces sigue hablando, porque soy toda oídos.
Mac se irguió, sonrió, y tomó su mano entre las suyas.
–Hay algunas cosas que debo poner en orden para poder ser libre de seguir lo que me dice el corazón.
–¿Te refieres a Ethan?
–Sí, tengo que asegurarme de que está bien, como tú dijiste. Debo ir a verle.
Jo estaba impresionada del cambio de actitud que estaba produciéndose en él.
–He pensado salir mañana. No sé cuánto tiempo estaré fuera –Mac le apretó la mano–. No estoy seguro de si…
–¿De qué no estás seguro? –lo instó ella, al verlo vacilar.
–Pues de si estarías dispuesta a esperar –murmuró él, bajando la vista a sus manos entrelazadas–. Y no me refiero solo a esperar a que

vuelva de Sídney; me refiero a que no sé si querrás ser paciente conmigo y darme tiempo: mi vida todavía está patas arriba. Antes del accidente habría podido ofrecerte la luna, pero ahora… ahora no tengo nada sólido que ofrecerte.

–Por supuesto que esperaré a que vuelvas –le dijo Jo, y añadió con una sonrisa–: alguien tiene que vigilar a Bandit. Y después iremos paso a paso; ya sabes que yo tampoco tengo claro qué quiero hacer con mi vida. La incertidumbre no me asusta.

Mac se llevó su mano a los labios y le besó la palma con ternura.

–Gracias, Jo.

–¿Qué has pensado decirle a Ethan?

–Lo que me comentaste de proponerle algún tipo de proyecto conmigo cuando esté repuesto. Creo que es buena idea. Me mudaré a la ciudad para que no tenga que desplazarse. Y así podré verte. Como me dijiste que quieres vivir en la ciudad…

–Será estupendo –dijo Jo apretándole la mano.

Mac se la besó y murmuró mirándola a los ojos:

–¡Bendito el día en que viniste aquí, Jo! Me has abierto los ojos a posibilidades que ni siquiera había considerado –se inclinó y la besó con dulzura–. Y aunque sé que no acabas de creértelo, eres preciosa.

Jo no lo contradijo, sino que respondió:

–Tú haces que me sienta preciosa.

Mac sonrió de oreja a oreja, se puso de pie, y la hizo levantarse a ella también.

–Vamos, es hora de cocinar.

–¿Qué vamos a hacer?

–Macarrones. Conozco una receta mejor que esa que sacaste de Internet. Además, necesitas practicar.

Jo se rio y lo siguió hasta la cocina, casi flotando.

Jo se sacó el móvil del bolsillo por decimonovena vez, pero seguía sin tener ningún mensaje. Hacía dos días que Mac se había ido, y en ese tiempo ella le había mandado cinco mensajes.

Miró a Bandit, que estaba echada en su cesta, en un rincón de la cocina, con el hocico entre las patas. Era evidente que ella también echaba de menos a Mac.

–¿Tú crees que cinco mensajes son muchos, Bandit? ¿Le pareceré muy desesperada?

Se dejó caer en una silla y empezó a contar con los dedos de la mano:

–Uno preguntándole «¿Has llegado ya?». Dos, en el que le decía «Me acuerdo mucho de ti». Tres, en el que le puse «¿Qué tal por ahí? Por aquí todo bien». Cuatro, el mensaje en el que le decía: «Te echo de

menos», y… ¡Ay, Bandit, sí que son muchos!

Dejó caer la mano en el regazo y suspiró. El último, que le había enviado el día anterior, había sido simplemente un mensaje de buenas noches antes de irse a dormir.

No podía ser tan patética, se dijo levantándose.

–Venga, Bandit, vamos a dar un paseo.

El animal se levantó de mala gana y la siguió con la cabeza gacha.

–Anímate –le dijo Jo inclinándose para acariciarla–, Mac volverá pronto, ya lo verás.

Apenas había abierto la puerta del vestíbulo cuando de repente Bandit se puso como loca, como si hubiera oído algo, y salió corriendo al porche y bajó las escaleras. ¿Qué diablos…?

–¡Bandit, espera! ¡Llevas un montón de cachorritos en la tripa! –la llamó Jo, yendo tras la perra–. ¡Tienes que tener cuidado!

Y entonces ella también lo oyó: el ruido de un motor, de un vehículo acercándose. El corazón le palpitó con fuerza. ¿Podía ser que hubiera vuelto Mac? Sintió deseos de ir corriendo a su encuentro, como Bandit, pero no habría sido muy decoroso.

Cuando salió fuera comprobó que Bandit no se había equivocado. Su todoterreno, con Mac al volante, estaba deteniéndose frente a la casa. Se lo había prestado para el viaje porque habían pensado que así le resultaría más fácil pasar desapercibido ante los paparazzi.

Estaba ansiosa por saber de qué posibles proyectos habían hablado Ethan y él. Era lo que Mac necesitaba: llenar su futuro con esperanzas, planes y sueños, se dijo bajando las escaleras del porche.

Sin embargo, cuando Mac se bajó del vehículo, se quedó espantada al ver lo pálido que estaba y las ojeras que tenía. Cuando llegó junto a ella lo asió por el brazo, y le habría dado un abrazo, pero él la apartó.

–Ahora no, Jo.

Ella intentó no tomárselo como algo personal. Era evidente que las cosas no habían ido bien en Sídney.

–No tienes buen aspecto. ¿Quieres que llame a un médico?

Mac sacudió la cabeza.

–Entonces, ¿por qué no te tumbas en el sofá? Te prepararé un sándwich y te lo llevaré con una cerveza.

–Voy a darme una ducha.

Ni siquiera había acariciado a Bandit, pero al menos dejó que lo siguiera cuando entró en la casa. Tenía más suerte que ella.

Aturdida, Jo se sentó en los escalones del porche. «Ten paciencia con él», se dijo. Le dejaría que se duchara y que descansara un poco sin molestarlo. Y luego le prepararía algo rico de comer. Tal vez para entonces ya estaría de mejor humor para hablar.

Espaguetis con albóndigas, eso era lo que iba a cocinar. A ella siempre le levantaban el ánimo. Se puso de pie y entró en la casa.

Mac apoyó los brazos en los azulejos y cerró los ojos mientras el chorro de la ducha caía sobre él, pero no podía borrar de su mente la imagen de Ethan. Había quedado grabada en ella para atormentarlo toda la eternidad.

Después de seis meses aún tenía que llevar el traje de compresión, una prenda diseñada para las víctimas con quemaduras graves en la mayor parte de su cuerpo. Después de seis meses todavía tenía dolor. Y nada más verlo aparecer se había puesto muy alterado y le había gritado que se marchase. Por más meses y años que pasasen, nunca podría deshacer el daño que le había hecho.

Y luego había aparecido su madre y había montado un escándalo tremendo. Había sido un completo error ir allí.

Por lo menos el médico de Ethan había tenido la amabilidad de dedicarle unos minutos. Le había explicado que se estaba recuperando mejor de lo que habían esperado. De hecho, según parecía había tenido intención, hacía varias semanas, de mandarlo a casa. Sin embargo, Ethan no había querido. No se lo había dicho con esas palabras, pero se lo había dado a entender.

Le había explicado que estaban haciéndole un «seguimiento psicológico», esas habían sido sus palabras exactas, lo cual, según le había dicho, no era un procedimiento inusual en sus circunstancias.

Mac cerró el grifo y salió de la ducha, pero mientras se secaba no pudo dejar de seguir dándole vueltas al asunto. Por lo que veladamente le había dado a entender el médico, temían que Ethan estuviese pensando en suicidarse. No le extrañaba que su madre lo detestase.

Se vistió, colgó la toalla y echó la ropa sucia en el cesto. No podía quedarse arriba eternamente; en algún momento tendría que bajar y hablar con Jo.

Al llegar, cuando la había visto al pie de los escalones del porche, bañada por la luz del sol, se le había hecho un nudo en la garganta. No se la merecía. Hasta que Ethan no se hubiese recuperado por completo él no merecía ser feliz. Además, ella se merecía a alguien mejor que él.

* * *

A la hora de la cena, Mac se obligó a bajar. No tenía el más mínimo apetito, pero estaba seguro de que si no hacía acto de presencia Jo subiría como una furia a exigirle una explicación.

La preocupación que vio en su mirada cuando entró en la cocina se le clavó en el corazón como una daga.

–Estoy bien –le dijo, antes de que pudiera preguntar.

Se llevó la jarra de agua y los vasos al comedor, y ella lo siguió poco después con una suculenta fuente de espaguetis con albóndigas. Les sirvió a ambos y se sentó frente a él, pero no empezó a comer, sino que tomó su vaso con la mano temblorosa, y tomó un trago antes de decir:

–Deduzco que tu visita no ha ido como esperábamos, ¿no?

Él sacudió la cabeza.

–Ethan está hecho polvo, Jo.

–Bueno, lo que ha pasado es algo traumático.

–Y que yo fuera a verle no ha ayudado en absoluto; no hice sino empeorar las cosas.

–¿Cómo? –inquirió ella en un susurro.

Mac tuvo que inspirar antes de continuar.

–Me detesta. No quiere ni verme, tal y como decía su madre.

Jo se quedó callada, como si no supiera qué decir.

–¿Y qué piensas hacer? –inquirió finalmente.

Mac tomó su tenedor y removió con desgana los espaguetis.

–Volver al plan inicial. Tengo que centrarme en ganar el suficiente dinero para que Ethan siga teniendo la mejor atención.

–Pero… pero entonces… ¿qué pasa con nosotros? –inquirió Jo con voz queda.

Mac sintió un resquemor amargo en la garganta.

–No puede haber un «nosotros», Jo. Al menos no en un futuro inmediato.

Ella se quedó mirándolo durante unos segundos que se le hicieron largos y dolorosos, como si no lo hubiera oído bien. Luego dio un respingo, al comprender, y palideció. Mac se sentía como un canalla y quería rogarle que lo perdonara, pero no le salían las palabras.

Jo apretó los labios y, saliendo del estado de aturdimiento en el que estaba, le espetó con ojos relampagueantes:

–¿Vas a rendirte solo porque el primer golpe te ha derribado? ¿Vuelves a casa corriendo con el rabo entre las patas, como un perro asustado?

Mac no dijo nada. Si Jo necesitaba desahogarse, dejaría que lo hiciera. Se merecía todo lo que pudiese decirle.

–¿Es que siempre lo has tenido todo tan fácil que nunca has tenido que luchar por nada? –lo increpó Jo. Se rio con amargura y añadió–: Russ solía alardear diciendo que eras algo así como una especie de genio, que ibas de triunfo en triunfo –se puso de pie–. Pero la realidad es que todo lo que has conseguido, lo has conseguido tan fácilmente que te has convertido en un… ¡en un perdedor!

Las palabras de Jo eran cortantes como latigazos, pero continuó callado.

–Cuando de verdad te importa algo, Mac, sigues luchando hasta que vences, por más veces que te caigas. Si de verdad te importara Ethan, te esforzarías más.

Lo que estaba diciendo en realidad, era que si ella le importaba, lucharía por ella. Y tenía razón, porque Jo merecía que luchara por ella. En cuanto a Ethan… No quería verlo; no había vuelta de hoja. Y bastante daño le había hecho ya.

–Pero no vas a hacerlo, ¿verdad? –añadió Jo. Su voz estaba teñida de decepción, y la idea de defraudarla era peor que el que se enfadara con él.

Jo sacudió la cabeza y se marchó, y Mac se sintió como si su corazón hubiera dejado de latir.

Capítulo 10

MAC apenas durmió, pero se obligó a levantarse con los primeros rayos. Se duchó, se vistió, y fue a su estudio y encendió el ordenador. Todavía tenía una docena de recetas sin terminar o por escribir.

Eso serían por lo menos doce días de trabajo con la ayuda de Jo, cocinando una al día mientras ella tomaba notas de los pasos. Y además de eso tenía que terminar el glosario de términos y técnicas y las guarniciones recomendadas para algunos platos.

Hizo un horario para planificarse, e imprimió una hoja con los ingredientes que iban a necesitar para que Jo los comprase. Esa tarde podrían hacer una receta, y luego le explicaría el siguiente paso de la pirámide de macarrones.

Dejó la lista en la mesa de la cocina, y salió con Bandit a dar un paseo hasta la playa. El sol del amanecer asomaba por la línea del horizonte, trazando un sendero entre anaranjado y dorado sobre las aguas del océano.

Cuando volvieron a casa, le llegó un olor a beicon nada más entrar. Al llegar a la cocina se quedó un momento apoyado en el marco de la puerta y devoró a Jo con los ojos, admirando la gracia de sus movimientos, su oscuro cabello, y la fuerza que irradiaba.

–Eso huele bien –dijo.

Jo, que estaba de espaldas a él, friendo el beicon, no se volvió.

–El beicon siempre huele bien –respondió.

Ni el tono de su voz ni su postura dejaban entrever su estado de ánimo. Mac se frotó la nuca y comentó:

–Creía que habías dicho que nunca solías desayunar gran cosa.

Claro que la noche anterior no había probado la cena.

–Y así es, pero hago una excepción cuando tengo que conducir un largo trayecto.

Fue a sacar las tostadas que acababan de saltar en el tostador, y fue cuando Mac, al girar la cabeza, vio sus maletas junto a la pared. Un escalofrío le recorrió la espalda.

–¿Te marchas?

–Sí.

El corazón de Mac palpitó con fuerza.

–¿Hoy?

–Sí, hoy.

Finalmente se volvió hacia él. Sus marcadas ojeras hicieron a Mac

contraer el rostro. Jo señaló con un movimiento de cabeza la lista sobre la mesa y añadió:

–Así que me temo que tendrás que comprar todo eso tú mismo.

Mac se sintió como si le hubiera asestado una puñalada. ¡No, no podía irse! Jo puso en la mesa dos platos con las tostadas, y otros dos con beicon y huevos revueltos. Cuando le indicó con un ademán que se sentara, Mac obedeció aturdido.

Comieron en silencio, y cuando hubo acabado Mac, que no podía permanecer callado por más tiempo, le preguntó en un tono quedo por qué se marchaba.

Jo no respondió de inmediato, sino que se levantó y llevó los platos al fregadero para enjuagarlos. Los vaqueros que llevaba le sentaban como un guante, y Mac se preguntó si se los habría puesto para atormentarlo. Apuró su zumo de naranja, pero no alivió en absoluto la sed que estaba azotándolo en ese momento.

Jo cerró el grifo y se volvió hacia él.

–Me voy porque me niego a ver cómo te sacrificas en el altar de la culpa y de una responsabilidad mal entendida.

Tal vez Jo no comprendiera por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo, pero no tenía que irse por eso, se dijo Mac, presa del pánico.

–No he acabado de enseñarte a hacer la pirámide de macarrones.

Jo se encogió de hombros.

–Anoche volví a hacer ese test de Internet que dice que te ayuda a descubrir tu vocación. Contesté cada pregunta con la mayor sinceridad que pude, ¿y sabes qué? Que me dio la respuesta que estaba buscando. Ya sé qué clase de trabajo quiero hacer.

Mac se sentía como si un puño helado estuviera estrujándole el corazón.

–¿Y qué trabajo es? –inquirió.

–Técnico en emergencias sanitarias, para ayudar a salvar vidas.

Bueno, desde luego había salvado la vida de Russ, y probablemente la de Bandit. Y había hecho que él diese a su vida un giro de ciento ochenta grados. Además era una persona práctica, fuerte psicológicamente, rápida en reaccionar… Sí, era el trabajo perfecto para ella.

Jo se merecía seguir adelante con su vida, pero nunca hubiera imaginado que pudiera ser tan dolorosa la sola idea de dejarla marchar.

–El servicio de ambulancias de NSW empieza dentro de poco el proceso de preparación de nuevos técnicos, así que he pensado que debería apuntarme cuanto antes.

Mac se levantó y fue junto a ella. Le puso una mano en la mejilla y le imploró que se quedara.

–Por favor; solo una semana más –le rogó con voz ronca.

Los ojos de Jo se humedecieron, pero parpadeó para contener las lágrimas.

–No pienso conformarme con ser la segunda en tu vida, Mac. Sé que siempre antepondrás a Ethan –tragó saliva y añadió–. Creo que me merezco ser lo primero para el hombre con el que elija compartir mi vida.

Mac retrocedió un paso. No podía negar que para él ahora Ethan era la prioridad, y que seguiría siéndolo hasta que se recobrase por completo, y no sabía cuánto tiempo llevaría eso. No podía culpar a Jo por no querer sentarse a esperarlo, tal vez años.

Jo fregó todo lo del desayuno y recogió la cocina mientras él permanecía a un lado, taciturno.

–¿Y qué pasa con Bandit? –le preguntó.

Jo se llevó una mano a la sien y se la masajeó con los dedos, como si le doliese la cabeza.

–Pensaba que querías quedártela.

Mac sacudió la cabeza.

–Lo decía por los cachorros.

Jo se secó las manos con el paño y lo colgó en su sitio.

–Cuando estén destetados vendré a recogerlos. Y si tuvieras algún problema, ponte en contacto conmigo. Te he dejado una nota junto al teléfono del pasillo con mi número de móvil, mi dirección de correo electrónico y la dirección de la casa de mi abuela –contestó sin mirarlo a los ojos.

–¿Es ahí donde vas a alojarte? –inquirió Mac.

–Al menos por una temporada –respondió ella aún sin mirarlo, mientras se colgaba el bolso del hombro.

De pronto a Mac le costaba trabajo tragar saliva. Se quedó mirando el bolso de Jo. ¿De verdad iba a marcharse?

–Adiós, Mac.

¡Aquello no podía terminar así! Se había hecho tantas ilusiones y…

Jo alargó la mano, como si fuera a tocarlo, pero la dejó caer y murmuró:

–Te deseo lo mejor.

Parecía tan calmada, tan distante…, como si no le importara, cuando a él estaba destrozándolo.

–¿De verdad es esto tan fácil para ti? –las palabras escaparon de sus labios antes de que pudiera contenerlas–. ¿No sientes la más mínima duda ni…?

–¿Fácil? –repitió ella, contrayendo el rostro–. ¿Fácil alejarme y dejar atrás los sueños que tú me hiciste creer que eran posibles? –le espetó con una mirada cargada de dolor.

Mac habría querido abrazarla, disipar ese dolor y la desesperación que notaba en su voz, pero a la vez quería esconderse de sus ojos acusadores, de la angustia que veía en ellos… la angustia que él había causado.

–Lo siento, Jo. Yo…

De pronto ella lo agarró por el cuello de la camisa y apretó sus labios contra los de él. El mundo se tambaleó. Jo lo besó con pasión, como si le fuera la vida en ello, y Mac respondió con idéntico fervor, pero de repente lo apartó.

–He intentado jugar limpio, Mac, comportarme de un modo civilizado, pero tú no pones nada de tu parte. Espero que este beso te atormente cada noche mientras continúes aquí encerrado.

Lo atormentaría, de eso no había duda, igual que las lágrimas en sus ojos y la expresión de dolor en su rostro.

–Se ha terminado, Mac. Lo nuestro se ha acabado.

Jo tomó las maletas y salió de la cocina. Cuando Mac llegó fuera ya había metido las maletas en el todoterreno y estaba sentada al volante, colocándose el cinturón. Puso en marcha el motor y, sin volver la vista atrás, se alejó.

Bandit, que lo había seguido fuera, gimió de un modo lastimero y aulló. Mac se volvió hacia ella.

–Demasiado tarde, perra boba; deberías haberle demostrado que la querías cuando tuviste ocasión.

Tomó una piedra del suelo y la arrojó con todas sus fuerzas contra un poste de la valla, pero no lo liberó de la frustración que sentía. Se había acabado; Jo se había ido. Era culpa suya, y no podía hacer nada para solucionarlo.

Capítulo 11

MAC acabó el libro de cocina en quince días en vez de en un mes, como había calculado que le llevaría sin la ayuda de Jo.

Durante esas dos semanas, a pesar de que se obligaba a dar un paseo por la mañana y otro por la tarde, y a tomar tres comidas al día, le quedaba mucho tiempo libre, así que se había volcado en el trabajo. No había dormido demasiado, pero había terminado el libro.

Le había enviado el texto al editor, y luego había limpiado la casa de arriba abajo. Después de haber descuidado la limpieza desde la marcha de Jo, le llevó dos días.

Al tercer día tras haber acabado el libro ya no tenía nada con lo que ocuparse. Se había hecho una tortilla para desayunar, pero no tenía apetito. Irritado, tomó su café y salió al porche. ¿Cuándo tendría una respuesta del editor?, se preguntó exasperado, sentándose en los escalones. Se obligó a admirar la vista, y se dijo que debería sentirse afortunado por poder disfrutar de algo así, pero la belleza del océano no alivió ni un ápice el resquemor que había en su alma, ni la oscuridad que amenazaba con engullirlo por completo. Echaba de menos a Jo cada segundo del día, y también cada noche. Todo le recordaba a ella.

Lo único bueno de que no pudiera dejar de pensar en ella era que pensaba menos en Ethan y en lo culpable que se sentía. Las últimas palabras de Jo resonaron en su mente: «¿Vas a rendirte? Si de verdad te importara Ethan, te esforzarías más».

¿Y qué más podía hacer? ¿Cómo iba a ayudarlo si no quería ni verlo? ¿Cómo podría sacarlo del estado depresivo y apático en el que se encontraba si…?

Mac se quedó paralizado. Ethan no quería ni verlo, igual que le había ocurrido a él con Jo el día que había llegado. Y el único método que le había funcionado a Jo con él había sido hacerle chantaje, amenazándole con contarle a Russ en qué estado lo había encontrado, y hacerlo sentirse culpable porque sabía que con eso preocuparía a su hermano.

Jo lo había obligado a mirar fuera de sí. Le había recordado que necesitaba alimentarse y hacer ejercicio, además de la luz del sol y el aire fresco. Lo había obligado a reconocer que el dedicar parte de su tiempo a disfrutar de esas cosas no significaría desatender la tarea de escribir el libro. De hecho, le había hecho ver que necesitaba esas

cosas para poder cumplir esa tarea.

Había llegado allí y había puesto su mundo patas arriba. A él no le había gustado, y había intentado resistirse, pero le había hecho bien. Lo había devuelto a la vida.

¿A quién tenía Ethan que quisiese ayudarlo y estuviese dispuesto a ser duro con él si hacía falta? ¿Su madre? No, Diana Devlin tenía demasiado miedo por el futuro de su hijo y estaba condicionada por el rencor.

Tamborileó con los dedos en el muslo antes de erguirse con decisión. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón, y buscó en la agenda el número del médico de Ethan.

* * *

Jo cerró el *tupper* de plástico con satisfacción. Contenía una docena de macarrones perfectos. Lo colocó en un estante de la despensa, junto a los otros. En los últimos días había horneado un total de seis docenas. Era el doble de los que iba a necesitar, pero no quería correr riesgos. Todos y cada uno de ellos eran perfectos.

Con los menos perfectos había llenado una caja de lata, de las de galletas, y hasta su abuela, que al principio se había entusiasmado con los pequeños dulces, estaba empezando a cansarse de ellos. Y en lo que se refería a ella, no quería volver a ver un macarrón después de la cena de cumpleaños de su abuela de esa noche.

Volvió a la mesa de la cocina y se acercó el cono de plástico que había sobre ella. Era la base para la pirámide. Tenía otros ocho, por si acaso, guardados en uno de los armaritos. Ya había hecho una prueba, y era un proceso tedioso y laborioso. No entendía que hubiera gente que perdiese el tiempo en un postre así, que luego acababa desbaratado en cuestión de minutos. ¿Qué satisfacción les reportaba? Si volvía a hablar con Mac alguna vez, se lo preguntaría, se dijo mientras iba por el fondant con el que iba a recubrir el cono.

Mac… Se le hizo un nudo en la garganta, como siempre que pensaba en él. Habían pasado ya ocho semanas, pero seguía echándolo muchísimo de menos.

En realidad sí había sabido de él durante ese tiempo. Dos veces. Una por un escueto e-mail que le había mandado, preguntándole si había llegado bien a Sídney. Ella había contestado con otro igual de escueto: «Sí, gracias». La segunda había sido una semana después, cuando él le había enviado otra receta para su pirámide de macarrones. Jo le había dado las gracias, también brevemente, y esa había sido la exigua comunicación que había habido entre ellos.

Sin embargo, esperaba volver a tener noticias suyas pronto, porque Bandit ya debía haber parido. Le extrañaba que no se hubiese puesto

en contacto con ella para decírselo. Pero claro, estaba demasiado ocupado, afanándose en ganar dinero para pagar las facturas médicas de Ethan, se recordó irritada, frunciendo el ceño.

En ese momento sonó el timbre de la puerta, pero lo ignoró. Sería otro ramo de flores para su abuela; ya abriría ella.

Para su sorpresa, sin embargo, su abuela asomó la cabeza por la puerta de la cocina al poco rato y le dijo:

–Jo, cariño, ¿te importaría dejar eso y venir un momento? Tenemos visita.

Extrañada, Jo se limpió las manos en la camiseta antes de seguirla hasta el salón, y se quedó petrificada al ver quién estaba allí.

¡Mac! Se quedó plantada donde estaba, mirándolo anonadada, con el corazón latiéndole como un loco. Tuvo que hacer un esfuerzo para cerrar la boca. De repente se sentía algo mareada.

Miró a su abuela, que esbozó una sonrisa serena, y luego a Mac, que hizo otro tanto.

–Hola, Jo.

Ella tragó saliva y le preguntó:

–¿Qué haces aquí?

–¿No te lo había dicho, cariño? –intervino su abuela, dándole unas palmaditas en el brazo–. He contratado a Mac para que prepare y sirva la cena.

¡¿Que había qué?!

–Pero… ¿Cómo…?

–Llamé para decirte que ya habían nacido los cachorros, pero no estabas en casa.

¡Su abuela ni siquiera se lo había mencionado!

–Tu abuela y yo empezamos a charlar, y me preguntó si podría contratarme para preparar su cena de cumpleaños –le explicó Mac, encogiéndose de hombros.

Jo tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejar que la decisión que había tomado semanas atrás se disolviera como un azucarillo con la cálida mirada de Mac. No iba a cambiar de idea por que se presentara allí por sorpresa. No estaba dispuesta a ser su premio de consolación.

Mac se agachó para meter la mano en una cesta que había en el suelo, junto a él… y lo que sacó fue un cachorrito adorable con un lazo al cuello que tendió a su abuela.

–Feliz cumpleaños, Lucinda.

–¿Para mí? ¡Ay, niña, verás cuando lo vea tu tía abuela Edith; se pondrá verde de envidia! –exclamó su abuela entusiasmada, dando palmadas–. Gracias, Malcolm, ¡qué regalo más bonito! –dijo, y fue a sentarse en uno de los sofás a hacerle carantoñas al perrito.

–Y este es para ti, Jo –dijo Mac sacando otro cachorro de la cesta–. Es una perrita; la he llamado Bella.

Cuando le puso al cachorrito en los brazos el olor de su colonia la envolvió, y Jo tuvo que cerrar los ojos un instante para no sucumbir a su hechizo. Haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas, se apartó de él y fue a sentarse con el dulce y soñoliento cachorrito en el brazo del otro sofá.

–Por cierto, lo creas o no… –comenzó a decir Mac, y ella no pudo evitarlo y alzó la vista–… Bandit te echa de menos.

¿Solo Bandit?, pensó Jo decepcionada. Sacudió la cabeza y le dijo:

–Pues sí, me cuesta creerlo.

Le hizo un ademán para que se sentara a su lado, pero Mac no se movió de donde estaba, pero la devoró con su intensa mirada.

–Todavía no me ha perdonado que te dejara marchar.

Ella sí lo perdonaría; lo perdonaría si le dijese que lo sentía. Y si le pidiera que volviese con él, lo haría. «¡No! ¿Pero en qué estás pensando? ¿Es que no tienes dignidad?».

–¿Cómo está Ethan?

Su pregunta era un dardo envenenado, pero le pareció que debía recordarles a los dos por qué no podían estar juntos.

–Está bien. Los he dejado a su madre y a él en la casa de la playa.

Jo lo miró boquiabierta.

–¿Que tú…? ¿Pero cómo es que…?

Mac miró su reloj.

–¡Vaya, mira qué hora es! –exclamó ignorándola por completo–. Lucinda, creo que será mejor que empiece a preparar la cena si quieres que la sirva, como hemos quedado, a las siete en punto –le dijo a su abuela.

Salió de la casa y volvió a entrar con dos cestas cargadas con los ingredientes más intrigantes y le dijo a Jo con una sonrisa:

–Creo que vas a ser mi ayudante, ¿no?

Ella intentó sonreír también, pero no pudo.

–Yupiii… –dijo por lo bajito, con retintín.

–Vamos, Jo, lo único que quiero que hagas es que montes esa pirámide de macarrones.

Ese era el problema, que no quería nada más de ella. Dejaron a los perritos con su abuela y fueron a la cocina. Mientras Mac sacaba las cosas de las cestas que había traído, Jo se lavó las manos y comenzó a recubrir dos conos de plástico con el fondant.

–¿Por qué dos? –inquirió Mac, apareciendo de repente detrás de ella.

Estaba tan cerca que la caricia de su aliento hizo que se le erizara el vello de la nuca. Quería que la besara; se moría por que la besara, pero ni siquiera le había dado un beso en la mejilla cuando había

llegado, y eso decía mucho. Sin embargo, era lo mejor, pensó apesadumbrada.

–Creo que todavía no te he dicho lo guapa que estás.

¿Guapa? Si llevaba un pantalón de chándal y una camiseta que le quedaba grande… Se volvió hacia él y le preguntó:

–¿A qué has venido, Mac?

Él bajó la vista a sus labios, y una ola de deseo la invadió. Se inclinaron el uno hacia el otro, pero en el último momento Mac se echó hacia atrás.

–Si te beso ahora perderé el control –masculló entre dientes–, y le prometí a tu abuela que tendría lista la cena a las siete. Y tú le has prometido que harías esa condenada pirámide de macarrones –de pronto la asió por los hombros con fuerza y le dijo–: Pero después de la fiesta, hablaremos.

Jo tragó saliva.

–De acuerdo; está bien.

Se pusieron cada uno a su tarea. Cuando hubo terminado el revestimiento del primer cono, Jo fue insertando cuidadosamente en él, ayudándose de palillos de dientes, hileras de macarrones de distintos colores hasta llegar a la punta. Luego añadió unas cintas de color rosa, verde y amarillo limón para decorar.

Al retroceder un par de pasos para admirar el resultado casi se chocó con Mac.

–¿Qué te parece? –le preguntó. «¡Qué patética eres! ¿Acaso dependes de su aprobación?»–. No está mal, ¿eh? –añadió con aire fanfarrón.

–Precioso –murmuró Mac. Pero era a ella a quien estaba mirando.

Se quedaron mirándose a los ojos, embelesados, pero Mac se apartó y Jo reprimió un gemido de frustración. Tomó la pirámide y la colocó con muchísimo cuidado en un estante libre de la despensa.

Luego hizo la segunda pirámide, idéntica a la primera, igual de perfecta, y la puso junto a la otra en la despensa.

Mac volvió a preguntarle por qué dos pirámides, pero ella se limitó a encogerse de hombros.

–Jo, cariño –dijo su abuela entrando en la cocina–. Nuestras invitadas empezarán a llegar dentro de cuarenta minutos, y tú todavía no te has vestido.

–Enseguida voy, abuela. Estaré lista a tiempo para la fiesta, te lo prometo.

Capítulo 12

JO FUE al piso de arriba, se dio una ducha rápida y se puso el vestido que había comprado especialmente para la ocasión junto con unos zapatos de tacón. Con ellos estaría prácticamente a la altura de Mac.

Cuando bajó al salón su abuela le estaba dando unas instrucciones de último minuto a Mac y su tía abuela Edith según parecía acababa de llegar. Al verla aparecer, los tres se quedaron mirándola asombrados.

Jo hizo un giro para que pudieran verla bien.

–Ahora sí que estoy guapa –le dijo a Mac, con una sonrisa traviesa.

Era un vestido sencillo pero con un toque muy chic y un singular patrón geométrico en tres colores: naranja, morado y negro. Le quedaba un par de centímetros por encima de las rodillas. Nunca se había puesto un vestido tan corto, y menos con tacones. También era la primera vez que se alegraba de tener unas piernas interminables, pensó al ver el fuego en los ojos de Mac. Una ola de calor afloró en su vientre en respuesta a esa mirada ardiente.

–Ya lo creo –dijo él con voz ronca.

–¡Por amor de Dios, Jo! ¿Pero qué te has puesto? –la increpó su tía abuela–. Ese vestido es demasiado corto para una chica de tu estatura.

–Pues la dependienta de la tienda me dijo que era perfecto para una chica de mi estatura –replicó Jo.

–Estás muy bonita, cariño –dijo su abuela.

Su tía abuela le lanzó una mirada asesina.

–Sí, ¿pero te parece que va vestida de un modo decoroso?

Jo miró a Mac, que no podía apartar la vista de sus piernas, y ronroneó de satisfacción para sus adentros.

–No, de hecho creo que es bastante indecoroso, tía Edith –le dijo–, pero esa es la idea.

Antes de que su tía pudiese continuar sermoneándola sonó el timbre y Jo fue a abrir, contoneándose un poco para atormentar a Mac. «Mira lo que te has perdido y sufre», pensó.

Las invitadas a la cena eran cinco viejas amigas de su abuela y su tía abuela, y cuando les abrió la puerta todas la miraron como si no la reconocieran.

Jo iba a servir las bebidas, pero Mac se le adelantó y mientras las

mujeres charlaban se paseó por el salón con una bandeja, repartiendo copas de vino.

–¿Quién es ese joven? –le preguntó su tía abuela a su abuela.

–Es Malcolm MacCallum, el famoso chef –le informó Jo–. Estuve trabajando para él como empleada del hogar hace algo más de un mes.

–Hum… Ya me acuerdo. No puedo creer que, con tus estudios, malgastaras tu tiempo con un trabajo tan poco digno.

–¿Qué tiene de malo? –intervino su abuela–. Si ella estaba contenta, eso es lo único que importa.

¿Contenta? Jo dejó caer los hombros.

–Y todavía no puedo creer que le dieras la espalda a la posibilidad de un ascenso en la empresa en la que estabas y que dejaras ese trabajo. Por no mencionar que era un trabajo estable, y que es una locura que quieras cambiar el rumbo de tu carrera a tu edad.

¿A su edad? Jo, que estaba tomando un sorbo de vino, casi se atragantó.

Mac, que estaba cerca, tendiendo una copa a una de las invitadas, reprimió a duras penas una sonrisa divertida. Su tía abuela, que lo vio, entornó los ojos y le preguntó a Jo:

–Exactamente… ¿cómo conoces de bien a ese Malcolm?

Jo esbozó una amplia sonrisa.

–Le conozco muy bien, tía.

Su tía abuela se puso muy tiesa.

–Lo que me gustaría saber es…

–Me temo que no es asunto tuyo –la cortó Jo.

–¡Josephine! –la reprendió su abuela.

–Ni tampoco tuyo, abuela.

Las dos hermanas se miraron, visiblemente perplejas.

Mac se aclaró la garganta.

–Si tienen la amabilidad de pasar al comedor, señoras, serviré el primer plato.

Jo lo bendijo en silencio y entraron todas en el comedor. Su abuela ocupó una cabecera de la mesa y su tía abuela la otra, mientras que las aliadas de la primera se colocaban en el lado derecho de la mesa, donde Jo se había sentado, y las de la segunda a la izquierda. Igual que en un campo de batalla, como si aquello fuera una guerra. Y entonces la lucha comenzó de nuevo.

–¿A ti te parece juicioso ponerte tacones siendo tan alta, Jo? –le espetó su tía abuela.

–Eadie, no seas tan anticuada –le recriminó su abuela–. Nuestra Jo va a la moda, eso es todo.

Las demás mujeres intervinieron también para dar su opinión.

–Pues yo creo que el vestido y los zapatos de Jo son perfectos –dijo Mac mientras les servía el primer plato: mejillones con salsa de ajo.

Las hermanas lo miraron con suspicacia, y Jo se llevó una mano a los labios para ocultar una sonrisa divertida.

Por suerte la delicia que Mac les había preparado entretuvo a toda la mesa durante los próximos minutos, pero más tarde, cuando estaba retirándoles los platos, su tía abuela volvió a la carga.

–Jo, de verdad creo que deberías reconsiderar eso de cambiar el rumbo de tu carrera.

–¡Deja tranquila a la niña, Eadie! –la reprendió de nuevo su abuela–. Si es lo que ella quiere y la hace feliz, que haga lo que quiera.

–Sí, pero… ¡Por todos los santos, Lucinda! ¿Ir de aquí para allá en una ambulancia, atendiendo urgencias? Cualquiera puede hacer eso con un cursillo de formación. Nuestra Jo vale más que eso.

–Su Jo es sencillamente la mejor –intervino Mac, sirviendo de segundo un suculento cordero.

–Además, trabajará como una esclava, a las órdenes de alguien, cuando podría ser ella quien las diese –replicó su tía abuela, como si no lo hubiese oído.

Su abuela sacudió la cabeza.

–Es decisión suya.

–Pues a mí no me importaría ser su esclavo –intervino Mac de nuevo.

Jo casi se tragó la lengua.

–¿Pero quién es este joven? –repitió su tía indignada.

–Es Mac –le respondió Jo, como si con esa explicación bastase.

–Es un admirador de Jo –dijo su abuela.

–Si Jo tuviera lo que hace falta para cazar a un hombre, lo habría hecho hace años –comentó con desdén su tía abuela.

–¡Ja! Jo tiene la cabeza sobre los hombros –le espetó su abuela–. Y la vida es mucho más fácil cuando una no tiene que andar bailándole el agua a un hombre. Aunque tú de eso, que nunca has estado casada, no puedes saber nada.

Jo contrajo el rostro.

–Si Jo se casara conmigo, me consideraría un hombre muy afortunado –intervino Mac.

A Jo el estómago le dio un vuelco. ¿Pero a qué estaba jugando?, se preguntó, apretando los cubiertos en sus manos.

–Bueno, si te casaras con él podríamos comer así de bien todos los días –dijo una de las aliadas de su abuela.

Siguieron cenando, disfrutando de la magnífica cocina de Mac, hasta que su tía abuela Edith apartó su plato y dijo:

–Señoras: no se olviden de dejar sitio para el postre. Porque tengo entendido que hay postre, ¿no, Jo? –dijo con retintín lanzándole a esta

una sonrisa burlona.
–Pues claro –contestó Jo.
–Ah, bien. Pero… ¿será el postre que nos prometiste? –inquirió su tía abuela cruzándose de brazos–. Porque lo que quiero saber –añadió mirando a su abuela–, es si ha conseguido hacer lo que nos dijo que haría. ¿Ha hecho o no ha hecho la pirámide de macarrones?
Su abuela sonrió de un modo benevolente.
–¿Dónde está lo que nos jugamos?
Jo puso los ojos en blanco cuando su tía abuela puso en el centro de la mesa el collar de perlas que se disputaban.
Mac recogió los platos.
–Jo, ¿quieres traer el postre mientras yo sirvo el vino que he elegido para acompañarlo? –le dijo.
De acuerdo. Jo inspiró, se levantó, y fue a la cocina. Una vez allí, con muchísimo cuidado, sacó una de las pirámides de la despensa, y la llevó al comedor. Al verla, todas las mujeres prorrumpieron en murmullos de admiración. Colocó la pirámide delante de su abuela, y respiró aliviada. Misión cumplida.
–Feliz cumpleaños, abuela; te quiero –dijo, y la besó en la mejilla.
Todos le cantaron *Cumpleaños feliz,* pero se dio cuenta de que, aunque a su tía abuela Edith era a quien más se oía, no hacía más que mirar la pirámide, como si no acabara de creerse que la hubiera hecho ella, y vio en sus ojos un cierto anhelo.
Cuando acabaron de cantarle a su abuela, fue a la cocina por la otra pirámide, regresó al comedor con ella y la colocó frente a su tía abuela.
–Esta la he hecho para ti, tía Edith, porque a ti también te quiero.
–Pero… –balbuceó su abuela–… no es el cumpleaños de Eadie.
–Es verdad, pero las dos os merecéis cosas bonitas como esta porque para mí sois las mujeres más maravillosas del mundo, y porque es gracias a vosotras que he llegado a ser quien soy.
Las dos se quedaron mirándola, pero no dijeron nada.
–Y mi auténtico regalo para ti hoy, abuela, es poner fin a esta ridícula disputa vuestra –dijo Jo. Alargó el brazo y tomó el collar de perlas–. Me lo quedo yo. No tengo ninguna prima, y es lo que la bisabuela habría querido. Además… –dijo poniéndose el collar–, van muy bien con mi vestido.
Las dos hermanas se quedaron boquiabiertas.
–Los macarrones que he puesto en las dos pirámides son de vuestros sabores favoritos, y la combinación es perfecta; mucho mejor que si fueran de un sabor o de otro, igual que vosotras dos juntas sois perfectas.
A las dos mujeres se les habían humedecido los ojos.
–Os quiero. Y sé que las dos me queréis. Y también sé que os queréis

la una a la otra, aunque os cueste decirlo con palabras. Tía Edith, creo que ya va siendo hora de que vuelvas a casa. Tu sitio está aquí, y aquí es donde te queremos.

Su abuela, que había sacado el pañuelo, se sonó ruidosamente la nariz.

–Tiene razón Eadie.

Su tía abuela Edith carraspeó; dos veces.

–Lucy, no te imaginas cuánto me alegra oír eso.

–Excelente –interrumpió Mac–, porque ahora que ya han arreglado sus diferencias, voy a robarles a Jo un momento –y antes de que nadie pudiera decir nada, levantó una mano y añadió tomándola del brazo–: No le entusiasman los macarrones, y le he hecho un postre especial.

–¿Jo? –la llamaron al unísono su abuela y su tía abuela.

–No pasa nada. Si necesito que me rescatéis, daré una voz –les dijo Jo. Y dejó que Mac la llevase a la cocina.

Cuando estuvieron a solas, Mac se volvió hacia ella con una sonrisa que hizo que el corazón le palpitara con fuerza.

–Me has dejado impresionado.

–No he estado mal, ¿eh? –bromeó ella, sintiéndose poderosa–. ¿Es verdad que has hecho un postre solo para mí?

Mac sacó un plato del armarito, y de un cajón un tenedor y una paleta de postre. Luego fue a la nevera, de donde sacó una pequeña fuente que colocó sobre la mesa.

–Es una tarta de piña de mi invención –le explicó mientras le servía una porción–; en tu vida has probado nada igual, ya lo verás –dijo tendiéndole el plato.

Jo lo probó y cerró los ojos extasiada. Cuando los volvió a abrir, Mac estaba mirándola con una expresión descarnada de deseo que no trató de disimular, y aquello la hizo sentirse todavía más poderosa, más segura de sí misma, y más audaz.

Alzó la barbilla y le dijo:

–Bueno, ¿y cuándo vas a decirme que me quieres?

–¡Pero si llevo toda la tarde diciéndotelo!

Era verdad.

Justo en ese momento entraron su abuela y su tía abuela en la cocina.

–Cariño –le dijo su abuela–, no está bien levantarse de la mesa y desaparecer.

–Cierto, escucha a tu abuela. Nosotras no te hemos educado así –asintió su tía abuela.

–Lo sé, pero es que… hemos dejado solos a los cachorros –se inventó Jo–. Tenemos que ir a ver cómo están. A menos, claro, que queráis ocuparos vosotras de ellos.

–¿Cachorros? ¿Qué cachorros? –inquirió su tía abuela contrariada.

–¡Ay, unos cachorros preciosos! –exclamó su abuela–. Ven, te los enseñaré. Malcolm me ha regalado uno y… –miró a Jo–. Y el otro es para ti, Eadie.

¡Su abuela acababa de regalarle su cachorro a su hermana!

–No te preocupes –le dijo Mac en un tono confidencial cuando se hubieron ido–. Bandit tuvo más cachorros.

Jo se rio, y antes de que pudieran volver su abuela y su tía abuela tomó a Mac de la mano y lo llevó fuera, al jardín, para que pudieran hablar.

Jo, que se había llevado el plato consigo, condujo a Mac hasta un viejo columpio y se sentó a comerse lo que quedaba de tarta. Mac se apoyó en el tronco del árbol que había al lado y la miró con adoración. Se moría por besarla, pero sabía que Jo tenía preguntas que quería hacerle, y era justo que se las contestara.

–¿Qué hace Ethan en la casa de la playa? –le preguntó ella, sin andarse por las ramas.

Mac se metió las manos en los bolsillos.

–Tenías razón en todo lo que me dijiste la noche antes de irte.

Jo escrutó su rostro en silencio.

–Cuéntame qué pasó después de que me fuera –le pidió.

–Me volqué de lleno en el libro, y conseguí acabarlo en un tiempo récord.

–Enhorabuena.

–Y luego, como no tenía nada que hacer, me encontré con un montón de tiempo para pensar –explicó Mac–. Algunas de las cosas que me dijiste me atormentaban, como lo de que tenía que esforzarme más para ayudar a Ethan, así que empecé a preguntarme qué más podría hacer.

–¿Y? –lo instó ella a continuar cuando se quedó callado.

–Pues que me di cuenta de que necesitaba que alguien lo «zarandease» como hiciste tú conmigo.

Jo se quedó boquiabierta al oír eso.

–Pero primero hablé con su médico, por supuesto –se apresuró a añadir Mac–. No quería presentarme otra vez en la clínica como un elefante en una cacharrería. El médico y yo ideamos un plan para llevar a Ethan a pasar una temporada en la casa de la playa, y conseguimos poner de nuestra parte a su madre para que nos ayudara a convencerlo.

–Seguro que eso no debió ser fácil.

Bueno, probablemente Diana Devlin y él jamás serían amigos, pero habían alcanzado un entendimiento.

–Cuando el médico le dijo que creía que a Ethan le haría mucho bien, apoyó mi plan al cien por cien.

Jo se inclinó hacia él.

–¿Y cómo convencisteis a Ethan?

–Usé el chantaje emocional con él, como hiciste tú conmigo. Por cierto, Russ te manda un abrazo; esta noche me quedo en su casa.

–¿Has ido a ver a Russ?

Mac asintió.

–Ya era hora de que lo hiciera.

–Pero no me ha dicho nada…

Porque él le había pedido que no lo hiciera. No quería que Jo se ilusionase demasiado; aún no sabía cuánto tiempo tardaría Ethan en salir de su caparazón.

Jo, que se había terminado la tarta, dejó el plato en el suelo y fue junto a él.

–Me alegro mucho de que todo haya acabado felizmente –murmuró.

–Yo también –dijo él en un tono quedo–. Le dije que su madre necesitaba unas vacaciones, pero que se negaba a irse sin él, y que si ella no se cuidaba, acabaría enfermando.

Jo esbozó una sonrisa.

–Bien jugado. ¿Y está mejorando?

–Le está costando, pero sí. La brisa marina y ver a su madre relajada están obrando maravillas en él, pero creo que lo que de verdad lo está animando son los cachorros.

Jo parpadeó asombrada.

–Vaya…

–De vez en cuando incluso habla del futuro. Y la semana pasada tuvimos una discusión sobre qué recetas debería incluir en mi próximo libro –le explicó Mac–. No me culpa por el accidente, y está aprendido a no culparse él tampoco.

–Eso es maravilloso.

–Todavía le queda un largo camino por recorrer; van a hacerle más injertos de piel. Pero un día podrá volver al trabajo, y cuando esté preparado lo ayudaré en todo lo que pueda.

Jo dio un paso más hacia él. Mac tragó saliva y apretó los puños.

–No sé… –se le quebró la voz–. No sé si querrás darme otra oportunidad a pesar de eso. Puede que pienses que lo estoy anteponiendo a él.

Jo sacudió la cabeza.

–Lo que pienso es que eres un buen amigo, un amigo de verdad. Y desde luego no lo veo como un sacrificio o un síntoma de culpa.

Mac se quedó mirándola vacilante.

–Y eso es algo bueno, ¿no?

–Es algo muy bueno.

Mac la miró a los ojos y tomó sus manos.

–Te quiero, mi preciosa Jo. Quiero una vida contigo, y quiero luchar por ti. Si me das otra oportunidad, te demostraré durante todos los días de mi vida que eres lo primero y lo más preciado para mí.

Las lágrimas se agolpaban en los ojos de Jo y los labios le temblaban.

–Yo también te quiero, Mac –respondió en un susurro–. Ningún hombre me ha hecho creer en mí misma como lo has hecho tú. Y ningún hombre me ha hecho sentir tan deseada, ni tan hermosa –tragó saliva–. A mí también me gustaría construir una vida contigo.

De pronto los sueños que nunca se había atrevido a soñar se estaban haciendo realidad. Jo se inclinó hacia él, y le susurró con una sonrisa:

–Creo que ahora viene la parte en la que me besas.

Él no perdió un segundo más, y tomó sus labios con un beso que le dijo todo lo que no era capaz de expresar con palabras. La besó dejando atrás los miedos y la frustración que lo habían mantenido paralizado meses atrás, y ella respondió al beso con tal pasión y con tal entrega, que sintió como sanaban por completo las cicatrices de su corazón.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com